AMBROSIO DE MILÁN

TRATADO DE LAS VÍRGENES

|C1

|p1 Si es cierto que Dios ha de pedir estrecha cuenta de las palabras ociosas, y según reza el Evangelio, condenará al siervo infiel, que rehusando negociar con los talentos que le diera, los escondió en tierra por miedo a los ladrones o por avaricia, temeroso de perderlos, mucho debo temer yo que obligado a trabajar con mi pobre ingenio en obsequio de las almas, puestas por el Señor bajo mi cuidado, no las alimento debidamente con el manjar de la divina enseñanza.

Esta consideración me mueve a escribir, confiando a la pluma lo que la lengua no se atreve a declarar; porque el miedo a los oyentes, que a menudo ata los labios del orador, no alcanza a los libros, ni éstos se avergüenzan de publicar su contenido, ni se encogen ante el público, ni a su vista se ruborizan jamás.

De otra parte, la misericordia divina me anima a esta empresa, en la cual demás de mi ángel custodio, me ayudará aquel poder sobrehumano que hizo hablar a la jumentilla de Balaam, siendo como era bestia irracional incapaz de discurso y de palabras; y con tal ayuda se soltará mi lengua, harto tiempo callada y casi muda por los gravísimos cuidados que sobre mí pesan. Porque, quien venció a la Naturaleza en la torpe bestiecilla, ¿no sabrá iluminar a mi rudo ingenio? Antes espero que la divina virtud, animadora del báculo de Aarón en el arca del Testamento, vivifique también este seco y nudoso leño de mi mente, sacándole vistosas flores que amenicen el jardín de la Iglesia, en cuyo seno no ha de negarse a hablar por boca de los hombres el Dios omnipotente, que desde el fondo de la zarza habló con misteriosa voz a su siervo Moisés.

El encenderá la zarza de mi entendimiento ante vosotros, lectores míos, como encendió la del desierto a los ojos del Caudillo de Israel, para iluminar al pueblo escogido.

Y aunque, por ser yo vil instrumento, no deberíais esperar de mi zarza luz que alumbre, ni fuego que caliente, tampoco creo que mi humilde labor sea vana a términos de no mover siquiera algunas almas piadosas, que atraídas por el eco de esta voz, como salida de misteriosa zarza, desnuden sus pies de las miserias de la carne, para entrar por los caminos del espíritu, que es la carrera de los santos y esforzados varones enamorados de la virtud. Porque si es verdad, que hasta hoy me he parecido a la infructuosa higuera de la parábola, símbolo del siervo indolente y perezoso, también es cierto que si yo alcanzo una mirada compasiva de Jesús, me levantaré diligente, animado por ella a vida activa y fecunda, librándome de la maldición lanzada por el Divino Maestro, contra el árbol estéril.

|p2 Y ya me parece sentir sobre mi alma el bienhechor influjo de esta mirada, como feliz augurio de suerte mejor, porque el Divino Labrador, compadecido de mí, acuerda esperar otro año, dándome tiempo de cavar mi tierra y abonarla, antes de condenarme al fuego como a la maldecida higuera. Y puesto que me lo concede, a mi cuenta queda hacer que la viña produzca frutos suaves y copiosos: pues no en vano dice el Rey Profeta, que el Señor levantará de la tierra al necesitado y de la miseria al pobre; y llama felices a los que apacientan sus ganados bajo la vid y el olivo, y encaminan sus pasos por los senderos de la paz y la alegría, huyendo de la sombra del infecundo árbol, en quien se representa la torpe afición a los placeres de la carne, que como crueles tiranos, después de envilecer al alma en la impureza, la inhabilitan para las obras santas de la virtud.

Mas si alguien se maravilla al ver que no sabiendo hablar, me arriesgo a escribir, vuelva los ojos y aprenda en el ejemplo del santo sacerdote y profeta Zacarías, que por tener muda la lengua, traza con el punzón lo que con ella no podía declarar, es a saber, el nombre Juan que había de llevar su hijo, y en gracia de esta escritura recobra el habla.

Pues quien tal milagro hizo en Zacarías, podría si quisiera repetirlo en mí, moviendo mi lengua a cantar la generación de Cristo, aunque el Profeta Isaías la declare inenarrable. Pero yo, humilde criado suyo, no vengo a hablar de El, sino de su sierva, aquella singular criatura, que escogida para sí por el Señor, acertó a vivir en cuerpo humano sin mancharse con las impurezas de la carne; triunfó en el agitado mar de las pasiones que combaten nuestra vida, y pareciendo a los ojos del cuerpo débil navecilla, flota victoriosa sobre las aguas, señoreando el revuelto oleaje de las humanas concupiscencias.

Por esta razón, hoy que celebramos el nacimiento de una virgen, quiero hablar de las vírgenes, tomando de ello exordio para mi libro, y pie para exhortaros a seguir el maravilloso ejemplo de Santa Inés, virgen gloriosa, admiración de varones, dulce confianza del niño, asombro de casadas, espejo de doncellas y dechado de invencible fortaleza, que a todos habla y a todos convida a luchar por Cristo, arrostrando, si fuera necesario, el martirio, como ella lo arrostró con sobrenatural esfuerzo y entusiasmo no visto. Nombrándola he dicho su mejor elogio, porque si miro a su devoción, sobrepuja a la edad; si a su virtud, vence a la Naturaleza, siendo su nombre como feliz augurio de su glorioso martirio, venero inagotable de celestial poesía, digna de ser cantada por las lenguas de los ángeles.

Llamarla virgen es poco, aunque virgen signifique pudor inmaculado. La llamaré mártir, elogio supremo que deja atrás toda alabanza, como el sol vence y eclipsa con los raudales de su luz la de los astros menores.

Ante el himno majestuoso que en honra suya levantaban a una voz los ancianos, los jóvenes y los niños, unidos en armonioso coro, que es la más alta lisonja deseable en esta vida, quiebra sus alas el genio y enmudece asombrada la elocuencia. En cada hombre veo un pregonero cantor de esta prodigiosa criatura, que a los trece años gana

la corona del martirio en sin igual combate, en que por admirable manera vence la fe de la niña a la ferocidad del verdugo; pues faltando sujeto para el tormento en el débil cuerpecito, sobraba espíritu en su alma, para arrostrarlo mayor que el que sufrió, y alcanzar con su debilidad humilde, inaudita victoria sobre la fuerza soberbia. Porque lejos de acobardarse, como niña, ante el airado rostro y espantables amenazas del verdugo, lo contempla valerosa e impávida, y camina alegre al tormento a ofrecer sonriente al hierro sus delicadas carnes, sacrificando amorosamente a Cristo la preciosa vida, apenas comenzada.

|p3 Pero la dócil mansedumbre del cordero truécase en indomable resistencia, cuando el pretor la manda quemar incienso a los ídolos; porque entonces no obedece, sino que levantados ojos y manos al Cielo, déjase arrojar a las llamas, antes que rendir culto a los demonios, y se entrega así en holocausto al Divino Esposo en las mismas aras paganas, asombrando a los verdugos, que incapaces de entender tanto heroísmo, discurren nuevos modos de tormento, porque los grilletes preparados vienen grandes al cuerpecito de la niña. ¡Loco empeño! La débil flaqueza de la doncellita, sostenida por virtud divina, derrota gloriosamente a la bárbara crueldad de los tiranos.

Sin fuerzas para el tormento, triunfa de los más horrendos; sin armas para la batalla, vence a sus enemigos; y aún no llegada a la edad adulta, enseña como doctor anciano la profunda ciencia de la virtud. No caminaría a las bodas más alegre y presurosa que va al suplicio, anhelando la llegada. Pero al revés de las doncellas mundanas, que adornan su cabeza con artificioso peinado y su pecho con flores terrenales, que se marchitan, ella se viste con el vestido de Cristo, engalanando su frente con corona de virtudes, flores celestiales de perpetua frescura e inextinguible aroma. Y mientras el pueblo llora, movido de falsa piedad, al verla camino del patíbulo, donde el verdugo ha de tronchar en flor aquella vida preciosa, la tierna niña sonríe, y sonriente llama alegre a la muerte, despreciando la vida temporal para asegurar la eterna. ¡Maravilloso espectáculo! ¿A quién no asombrará esta angelical doncellita sacrificada por tan glorioso modo en el servicio de Dios? Pero alegrémonos con ella, porque muriendo en el suplicio, da vida espiritual a muchas almas, que vencidas del prodigio, se rinden a la fe de Cristo, y le adoran por Dios verdadero, único soberano, y capaz de realizar tales portentos.

Ni amenazas de verdugos, ni halagos del pretor, ni seductores ruegos de amigos y allegados, que por última vez le ofrecen brillantes matrimonios, son parte, no digo ya a rendir, pero ni a debilitar la férrea voluntad de Inés, en quien se estrellan los esfuerzos del enemigo, como se estrellan las furiosas olas contra la roca inconmovible, asentada en medio del Océano. Firme en su amor al Esposo Divino, responde a todos con sublime intrepidez: "No puedo cambiar mi propósito, ni quebrantar la fe jurada al que me escogió antes que yo lo eligiera. Y tú dice -volviéndose al verdugo-, descarga el golpe sobre mi cuello. ¿Qué te detiene? ¿Esperas que yo zozobre ante la muerte? ¿Piensas que el amor me liga a este cuerpo, tan amable a los ojos de la carne? No es así; antes lo aborrezco".

Y en acabando el discurso, párase, reza y presenta el cuello al acero, que la temblorosa mano del verdugo no acierta a esgrimir, porque horrorizado de su propia crueldad el sacrificador, palidece con palidez de muerte, y retrocede ante la inocente niña, única valerosa en aquel supremo trance, y así está largo rato suspenso, hasta que al fin descarga el golpe, coronando con la victoria el glorioso combate de la mártir.

|p4 ¡Magnífica ofrenda sube al Cielo a nuestros ojos! ¡Una sola hostia lleva en dulce hermandad el martirio del pudor y el de la religión, ciñendo la frente de Inés doble aureola: la hoja del mártir que derrama la sangre por Cristo, y la blanca de la virgen, que como cándida azucena se ofrece al Esposo Divino en holocausto de pureza!

Mi amor a la virginidad, de una parte, y de otra el que te profeso, ¡oh hermana mía!, muévenme a escribir sobre ella, porque pidiéndomelo, más que con palabras, con las razones mudas, pero elocuentísimas de tus virtudes, no sé negarme a tu requerimiento. Y por que no creas que la ensalzo a la ligera, y como por incidente del discurso sobre el martirio, siendo ella virtud tan principal, desde aquí la declaro superior a él, de tal suerte, que lejos de parecerme cortesana suya, pienso que ella da ser a las demás concibiéndolas en su seno como verdadera madre de todas.

¿Por ventura llegará la humana razón adonde no alcanzan las leyes naturales? No hay palabra de hombre poderosa a declarar lo que ignora la misma Naturaleza, y por eso tampoco acierta a definir esta virtud, venida del Cielo, para que la imitemos en la tierra, pero conservando su morada allí donde reside su Esposo.

Más alta que las nubes y los espacios infinitos, más encumbrada que los ángeles, y adelantándose a las estrellas, busca al Verbo Divino en el mismo seno del Padre y en el pecho de éste se sustenta. ¡Dichoso quien descubre tal tesoro! Nunca lo abandonará. "Ungüento oloroso que se derrama es tu nombre, y atraídas por su fragancia van cautivas en pos de ti las doncellas".

Doctrina es esta de la Divina Sabiduría y no de mi seco ingenio, ni fruto de humana elocuencia. Y puesto caso que el mismo Cristo la comentó, cuando dijo, que los que no se casan, ni se casaron, serán como son los ángeles de Dios en el Cielo, bien podemos comparar a ellos las vírgenes, convidadas a igual suerte en la Corte Celestial por el Verbo Eterno, autor de este linaje de vida limpia y altísima, y desconocida en el mundo hasta que El la trajo, cuando se vino a vivir entre nosotros para conversar con los hombres. Entonces la conocimos, cuando el Verbo se hizo carne, para que la carne se hiciera Dios.

Sé que antes que viniese Cristo guardó Elías virginidad, preservando su cuerpo de toda mancha carnal, y que por premio de ello fue arrebatado en un carro de fuego al Cielo, en donde vive con Dios vida gloriosa hasta el último día de los tiempos, en que descenderá como segundo precursor del Señor. Y sé también, que María, la hermana de Moisés, dirigió como capitana los coros de mujeres, que siguiendo al Caudillo de Israel, alababan al Señor, acompañándose de alegres panderetas, para celebrar el paso milagroso del Mar Rojo. Pero uno y otra eran figuras proféticas de lo

que había de suceder después en la ley de Gracia, cuando la Iglesia, verdadera virgen espiritual, congregase en derredor suyo innumerables coros de almas justas, que consagrando a Dios su virginidad, gastarían la vida en incesantes alabanzas del Altísimo. No otra cosa significa la institución de las vírgenes, dedicadas al servicio del templo de Jerusalén, las cuales dice el Apóstol que eran símbolo e indicio claro de lo que vendría después, anunciándose en estos contados casos lo que, andando el tiempo, se convertiría en vida para muchos. Porque al llegar al mundo el Hijo de Dios, hecha una persona de su divinidad y nuestra humanidad con apretado vínculo, sin mancha ni confusión de naturalezas, extiéndese por el orbe un celestial aroma y nuevo modo de vida espiritual, y surgen por doquier coros de vírgenes radiantes de sobrehumana hermosura, que por su limpieza más parecen ángeles que criaturas terrenas. Generación gloriosa de almas privilegiadas, de quien estaba escrito que vivirían en carne como si no la tuvieran, para ofrecer al Señor el sacrificio de sus cuerpos, libres de toda inmundicia terrena.

|p5 Ellas son la celestial milicia prometida al mundo por los divinos mensajeros en el portal de Belén, cuando nació el Salvador. Ellas, las que con el sublime argumento de sus virtudes acreditan plenamente el vaticinio mesiánico. En donde la ventaja de la vida cristiana sobre la de los gentiles y bárbaros, porque aunque se conserve y reproduzca como la suya en lo material, no la regimos como ellos, que el gentil mientras ensalza con discursos la virginidad, la atropella impúdicamente con las obras; el bárbaro, ni en apariencia la respeta; y de las bestias irracionales no digamos, porque son incapaces de conocerla.

¿Qué aprecio hicieron de ella las vestales, ni los sacerdotes de Palas?

¿Ni qué pudor aquel que decretaba la ley sólo para ciertas épocas de la vida, que no influía jamás en las costumbres, ni era perpetuo, sino temporal? ¡Menguada integridad, incapaz de poner freno a la concupiscencia juvenil!

La misma moral pagana le deshonra, al prohibir a sus vírgenes serlo perpetuamente y mandar en cambio a las doncellas ser impúdicas en la edad núbil, haciendo así a todas deshonestas, pues unas lo serán contra la ley y otras amparadas por ella. ¡Nefandos misterios, execrables prácticas, que de una parte prescriben forzosa castidad y de otra dan libertad a la lujuria! De esta suerte, ni es casta la doncella que por miedo guarda continencia, ni la que la guarda por interés; porque no es limpio el pudor que sale al camino de la incontinencia a escuchar sus requiebros y rendirse después a los halagos del vicio. Ni los premios ofrecidos en el paganismo a la virtud sirven para fomentarla, sino para mayor deshonestidad, como precio infame, que más envilece que honra, porque la virtud apreciada en dinero, pierde la estimación, viniendo a valer menos que el metal con que se compra. No sabe apreciar la castidad quien la vende.

¿Y qué diré de los abominables cultos de Cibeles, torpes obscenidades reguladas por un escandaloso ceremonial? ¿Qué de las orgías bacanales, en donde con prácticas religiosas, se incitaba a la lujuria? ¿Qué de la honestidad de los sacerdotes de una

religión que sin vergüenza alaba el estupro nefando de sus dioses? No podía vivir la virginidad entre tales gentes, que ni siquiera la conocían.

Pero si el vulgo pagano era incapaz de apreciarla, ¿podría engendrarla acaso la Filosofía, a quien los gentiles llamaron maestra universal de virtudes?

|p6 Con la misma energía con que afrontara los tormentos. La pitagórica celebra en sus historias encarecidamente a una virgen, que habiendo sido violada se negó a descubrirlo, y no pudiendo defenderse de otro modo de las instancias del tirano empeñado arrancarle el secreto, cortóse la lengua con los dientes, escupiéndosela al rostro, para que no fuese pregonera de su propio deshonor. Pero ¡vano sacrificio! porque lo que no dijo la lengua, descubriólo la hinchazón del vientre profanado. Dio valeroso ejemplo de silencio, pero no de castidad, que sin duda habría salvado, reprimiendo los bajos impulsos de la carne los del tirano.

Negándose a revelar con palabras el secreto, no pudo sin embargo evitar que la preñez la delatase. Y aunque callando venció a la Naturaleza, que le impulsaba a hablar para escapar del tormento, su heroico silencio no la salva del oprobio, ni escuda a su pudor; antes padece sin mérito la humillante deshonra a los ojos del tirano, que descubren en el cuerpo de la supuesta virgen lo que ella con vana insistencia se negaba a confesar.

No se parecen a ella las nuestras, sino que, muchísimo más nobles y dignas de admiración, vencen a los tiranos de la tierra y a los invisibles poderes del infierno, triunfando de la carne, de la sangre y del demonio. Ni hay punto de comparación entre la gloriosa Inés, niña en edad pero gigante en la virtud, y la tan alabada virgen de los pitagóricos, que al lado de nuestra esforzada atleta es como despreciable enano.

La gentil cortase la lengua, para que no la deshonre. Inés, en cambio, suelta la suya para cantar las divinas alabanzas. La gentil corta su lengua temiendo que la difame. Inés conserva la suya, como glorioso trofeo de la victoria, para dar gracias al Señor por habérsela otorgado; que no teme a la deshonra quien vive, como ella vivía, vida limpia en el cuerpo y en el alma a los ojos de Dios y de los hombres.

Por eso, mientras la virgen pagana oculta su deshonor en el secreto, la virgen cristiana confiesa públicamente a Dios a grandes voces, y sobreponiéndose a su tierna edad, pregona con las obras lo que apenas sabía decir con las palabras. Alentado ahora con la contemplación de este maravilloso ejemplo, volveré mi discurso sobre la misma virtud, imitando a los oradores, que para ensalzar a sus héroes se remontan a los antepasados, y de las glorias de ellos sacan alabanzas para los descendientes, al modo que de rico manantial fluyen abundantes arroyuelos. Pues aunque la virginidad no necesite de prestados elogios, porque ella misma se alaba, es bien publicar sus grandezas, para levantarnos del conocimiento de ellas al de su autor y su patria, como de la contemplación de este maravilloso palacio del Universo, que nuestros ojos ven, se remonta la razón a conocer al Arquitecto Divino, que supo fabricarlo tan hermoso.

La patria de la virginidad es el Cielo; allí mora, y de aquella invisible ciudad es cortesana, que no de la tierra, donde está sólo como viajero de paso. Porque, ¿qué es la castidad de la virgen sino integridad corporal, libre de toda mancha? ¿Ni quién puede ser su autor sino el mismo inmaculado Hijo de Dios, cuya limpísima carne, unida estrechamente a la divinidad, no padeció ni pudo padecer contagio de culpa? Por eso amó tanto a esta virtud, que no quiso venir al mundo sino acompañado de ella, naciendo de madre virgen. Por eso, habiendo sido engendrado por el Padre en la eternidad, busca para encarnar en el tiempo un vientre virginal, no profanado por contacto de varón.

|p7 Siendo Dios eterno por su naturaleza, toma ser humano en las entrañas de una virgen, para nuestra salud; siendo eterno como el Padre, se hace hombre temporal en favor nuestro y por obediencia al Padre que lo manda. ¿Qué más? Cristo es virgen y esposo de virgen, y si se admite la frase, diré que es esposo de la castidad virginal, porque la virginidad es propia de El, y no al revés.

Virgen era la esposa que lo concibió y trajo encerrado en su seno; virgen la que le dio a luz y amamantó a sus pechos, y tal virgen, que de ella estaba escrito:

"¡Cuán grandes cosas no hizo la virgen de Israel! Gracias a ella, no faltarán las riquezas a la tierra ni las nieves al Líbano."

¿Y quién es esta virgen -pregunto con Jeremías- que se riega de las fuentes de la Santísima Trinidad, que de la dura peña saca abundantes aguas, es venero inexhausto de riqueza, y la regalan con dulces panales las industriosas abejas?

La piedra es Cristo, como dice el Apóstol. De Cristo pues, vienen las riquezas; de Dios, la caridad; del Espíritu, las aguas, formando los tres: Padre, Cristo y Espíritu Santo, la Trinidad Santísima, de donde mana el riego divino fecundador de la lglesia.

Pero descendiendo de la madre a las hijas, oigo al mismo Apóstol decir, que sobre las vírgenes no había recibido del Señor ningún precepto, y así es la verdad. Entonces, ¿quién lo habrá recibido? Nadie. Y por eso no lo aduce San Pablo, sino que aconseja con el ejemplo, porque la virginidad no es para mandarla, sino para aconsejarla y desearla, como cosa que sobrepuja las fuerzas humanas y puede ser objeto de voto, pero no materia de precepto.

De donde el mismo Apóstol, dirigiéndose a las vírgenes, las exhorta a desembarazarse de los cuidados de la carne, porque así como el soltero, libre de mujer, se entrega con más generosidad al servicio del Señor, buscando a cada paso nuevas trazas de agradarle, así la virgen consagra enteramente su pensamiento a Dios, para ser santa en el cuerpo y el espíritu, al revés de la casada, que por deberse al marido, tiene su conversación en el mundo y su amor en el esposo.

Lo cual no digo en menoscabo del Matrimonio, sino a gloria de la virginidad, cuyo estado es más excelente que el de los casados.

Tome en buen hora la medicina el enfermo, que la necesite, que yo bien sé lo que el precepto manda, y lo que, siendo materia libre, merece nuestra admiración. Y si al casado se obliga a vivir con su mujer sin apartarse de ella, ¿por qué no ha de ser lícito al soltero abstenerse de tomarla, permaneciendo en libertad?

|p8 Porque el mandato habla con los casados, San Pablo dice a las vírgenes: "Buena obra hace la que se casa; pero la que no se casa, la hace mejor. Aquella no peca escogiendo matrimonio, mas la virgen gozará de la eternidad, brillando perpetuamente en la gloria. El matrimonio es medicina de enfermos; la virginidad es gloria de los castos". No condeno a la casada, pero alabo fervorosamente a la virgen, porque las más puras satisfacciones de aquella son como despreciable barro en comparación de las de ésta.

¿Quién ignora que la bella corona de la maternidad, puesta a la frente de la casada, está tejida de punzadoras espinas, que se multiplican y crecen, y son mas dolorosas cuanto mayor es la fecundidad del vientre? ¿Por ventura se compensan en el matrimonio los duelos con las alegrías? Las de la boda vienen siempre bañadas en lágrimas. A la deleitosa concepción sigue el dolor, como forzoso heraldo del soñado parto, que no llega sino después de la interminable pesadumbre de bascosas molestias del embarazo: en una palabra, cortejado de la triste enfermedad. Pues ¿qué prenda es esta, a quien tales quebrantos amenazan sin poder librarse de ellos jamás? ¿Que es esclava del dolor y sin él no arriba al placer? ¿Que se compra con temor, y no se disfruta en paz?

Y si dominando estos peligros sale a flote la crianza de los hijos, ¿qué de afanes, qué de penas, qué de angustias no rodean a su educación? ¿Cuántos trabajos y desvelos, para formarlos y hacer de ellos hombres útiles? ¡Triste felicidad a quien agobian tales miserias, que como alud aplastante oprimen a la infeliz madre al advenimiento de cada nuevo heredero!

Son tantos y tan recios los cuidados anejos a la familia, que si los hombres se parasen a meditarlos, huirían aterrados de la tremenda carga de la paternidad.

Considera pues, hermana mía, cuán dura cosa es padecer en esta vida lo que no alcanza la lengua a declarar, ni olvides que llegarán días tristísimos, en que se tengan por dichosas las estériles y por afortunados los vientres que nunca concibieron. Las hijas de este mundo serán engendradas y engendrarán; pero la del reino del Cielo, libre de varón y de estímulos carnales, será santa en el cuerpo y en el espíritu.

A lo cual has de añadir la servidumbre que las casadas deben a sus maridos, bajo cuya autoridad las puso Dios con paternal sabiduría, según yo creo: a unas para alentar su obediencia con la esperanza de! premio, si como buenas sirven en su estado; y a otras para que el miedo al castigo dirija sus pasos por el camino del deber; porque las hay tan livianas que, más amantes del vicio que de la honestidad conyugal, se pintan para agradar al marido, y entrando por esta puerta en los senderos del mal, pasan no muy tarde del adulterio del rostro al de la castidad.

¡Vana y execrable torpeza, insensata locura! Los asquerosos afeites con que intentas engañar son pregoneros de tu deshonra. Ellos dicen a gritos lo que tú mañosamente ocultas. Y cuanto más guardas el secreto, más lo publican estos desleales confidentes, que son los primeros acusadores de la mujer deshonesta, cuando logran cogerla en sus diabólicas mallas.

|p9 ¿Acaso, ¡oh mujer liviana!, hallarás juez más severo de tu fealdad que tú misma, que temes parecer fea? Si eres hermosa, ¿por qué te disfrazas? Y si fea, ¿por qué presumes de hermosa; sabiendo que no lo eres, ni el disfraz puede prestarte lo que te negó la Naturaleza? Pero si en disculpa me replicas, que los desdenes de tu marido te incitan a buscar el amor de otro hombre, te condenaré con más rigor, negando derecho a tu queja, pues tu viciosa conducta fue cátedra de adulterio levantada por ti misma en el seno de tu hogar, a los ojos de tu esposo, y tú, maestra del adúltero y causante de tu propia injuria. ¿Cómo ha de creer en engañosas caricias el marido que fue víctima de ellas? Pues aunque las infieles ocultan su vicio en el impenetrable secreto del deseo, no manifiesto en obras, son, sin embargo, poco menos culpables que las adúlteras públicas, manchan su alma tanto como ellas, y envilecen sus cuerpos, dando, aun contra su voluntad, claros indicios de la deshonesta pasión que las domina, en el afán de parecer hermosas, y engalanarse con mil suertes de aderezos, para atraer las miradas de los hombres. Adornan la garganta con vistosos collares, cuelgan de las orejas brillantes arracadas, píntanse las mejillas con vivos y llamativos colores, visten su talle con ricas telas, y se embalsaman con variedad de perfumes, de suerte que apenas si luce nada de su natural a través de semejantes disfraces, dándose a entender las infelices que así aumentan la belleza, cuando la verdad es que la estropean horriblemente, haciéndola repulsiva. Porque, ¿quién apetecerá esta hermosura postiza y falsificada?

Vosotras, en cambio, ¡oh santas vírgenes!, enemigas de tales arreos, que atormentan más que adornan, embellecéis vuestra frente con la aureola del pudor, y vuestro pecho con la banda de la castidad, su más preciado ornamento; y aventajando en discreción a las mundanas, ocultáis vuestra limpia hermosura a las miradas obscenas de la carne, sin atribuiros perfecciones que Dios no os quiso otorgar. Vuestra belleza no es como la corporal, que agostan los años, corrompe el dolor y destruye la muerte, sino de condición más noble, y por eso triunfa en la pelea, siendo juez de la lucha el mismo Dios, que descubre a las almas hermosas a través de cuerpos feos. Sin carga de preñez, ni angustias de embarazo, ni dolores de parto, sois madres de numerosa prole de santos pensamientos, verdaderos hijos vuestros, argumentos vivos de espiritual fecundidad, y corona esplendorosa, que ilumina vuestra frente, alegrando vuestro corazón, sin miedo a que la muerte os la arrebate. Sois, en una palabra, imagen acabada de la Iglesia, que es pura en el concebir, fecunda en la descendencia, virgen por su castidad y madre gloriosa de innumerables hijos, formados en su seno, no por obra de varón, sino espiritualmente, por virtud divina. Los cuales somos nosotros, a quienes ella da a luz sin dolor, regocijando a los ángeles con nuestro nacimiento, y criándonos luego a sus pechos, no con leche material, sino con aquella leche de celestial doctrina en que el Apóstol amamantaba al pueblo como niño en la

infancia del Cristianismo. ¡Oh, esposa santa! No hay en el mundo esposa que se te pueda comparar, porque siendo virgen por tus sacramentos, eres al mismo tiempo madre de numerosas gentes, tal como te vaticinó Isaías, al decir: "La abandonada tendrá más hijos que la que conoció varón". Tú no lo has conocido, pero eres esposa del mismo Verbo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, que te unió a sí en divino matrimonio, para engendrar a los pueblos cristianos, como el alma unida al cuerpo engendra los actos vitales, y por eso eres fecunda con fecundidad inagotable en santas obras, sin contagio de pecado.

Aprended de ella, ¡oh padres de familia!, las virtudes en que debéis formar a vuestros hijos, y las doctrinas con que debéis instruirlos, si queréis que os honren y aun os alcancen del Cielo algún día el perdón de vuestras culpas; pues la virgen es don inestimable concedido por Dios al hogar, tesoro que enriquece a los padres, sacerdocio de la castidad, hostia de la madre, ofrecida perennemente en sacrificio aplacador de la indignación divina, prenda segura de bienestar para los que le engendraron, a quienes ni pide riquezas, ni niega el amor para darlo a otras personas, ni los agravia, ni entristece con pesares.

|p10 Mas con ser esto tan claro, hay muchos que no lo entienden, y engañados por la ambición de perpetuar sus nombres y aun por la triste vanidad de tener nietos, entregan los propios hijos a cambio de los ajenos, que es sacrificar los cierto; a la esperanza de los dudosos renunciando en un punto a los hijos y al hogar; porque a menudo acontece que los advenedizos, no satisfechos con la dote convenida en los desposorios, exigen ambiciosamente más y más, hasta arrancar a viva fuerza la fortuna a los abuelos, que nunca pensaron comprar tan cara la soñada sucesión, ni que con los hijos perderían juntamente la hacienda, para no recobrarla jamás.

Entonces son los ayes de la afligida madre, que volviéndose a la hija, exclama: ¿Y para esto te llevé nueve meses en mi seno? ¿Y así desprecias mis lágrimas y desoyendo mis quejas, te echas en brazos de un hombre, para ser propiedad suya? ¿Quién dijera que en esto habían de parar los afanes cariñosos de los padres, y que con tan dura crueldad han de abandonarlos las vírgenes, criadas por ellos en medio de tantos regalos? ¡Tristes de nosotros!

Tristes, sí, pero aunque me compadezco de sus lamentos, que no son sino quejas del egoísmo paterno, herido por tardío y doloroso desengaño, repruebo sus ayes, porque no condeno el Matrimonio, como hacían ciertos herejes, antes lo bendigo y aplaudo, condenando en cambio a sus detractores. ¿Quién negará haber sido actos de singular virtud, dignos de eterna loa, los matrimonios de Sara, de Rebeca, de Raquel y de otras santas mujeres, celebradas por las Escrituras Divinas en la Antigua Ley? Quien condena el Matrimonio, condena a los hijos, y por el mismo hecho, a la sociedad, que irremediablemente perecería faltando la generación, sin la cual se hubiera acabado el mundo, apenas nacido. Y para que no se acabase, puso el Creador sabiamente en nuestra naturaleza el estímulo del Matrimonio, ordenado en el plan de la Providencia a la procreación de los hijos. Por donde es celebrada la inocente obediencia del inmaculado Isaac, que se ofrece a Dios como víctima de la piedad paterna, y la de

lsrael, que viviendo en cuerpo mortal, gozó de la unión de Dios, sin que ello le estorbase dar nombre a su pueblo y ser padre de él.

¿Cómo he de negar yo la licitud del Matrimonio, admitida por todo hombre de sano juicio, ya sea sabio, ya ignorante, ya religioso, ya impío? Su condenación llevaría aparejada la de nuestro propio nacimiento, que no podría ser cosa buena, siendo malo su origen. Por eso no van contra él mis alabanzas a la santa virginidad, ni pretendo con ellas alejar del Matrimonio a los hombres, sino mostrarles un don precioso, que por ser desconocido de muchas almas tiene pocos devotos en el mundo, al revés el Matrimonio que nadie ignora, buscan muchos y a todos es lícito.

|p11 Pongo ante sus ojos la excelencia de la virginidad sobre el estado conyugal, para que juzguen por ciencia propia, fundada, no en mi humilde y falaz opinión, sino en la autoridad del Espíritu Santo, que por boca de su profeta dijo ser más noble la virginidad que se hermana con la virtud.

La mujer ligada en Matrimonio se debe al marido, y en honrarlo y darle gusto ha de poner todo su empeño, y no en consagrarse a los misterios divinos con la libertad de las vírgenes, las cuales aunque también tienen su esposo, no es de la tierra, sino del Cielo, y tan noble que de él dice la Escritura Santa, que es más bello que los hijos de los hombres, y en sus labios campea la gracia como la luz baña el firmamento.

El cual esposo rechaza los torpes obsequios de la carne y desprecia las deleznables riquezas de la tierra, porque tiene su trono en el Cielo, donde le hacen corte honrosa los hijos de los reyes, sentándose a su derecha la reina, vestida de oro y diamantes, adornada con todo linaje de virtudes. Con dulce voz dice a la esposa: "Oye, hija, y ve, e inclina tu oído a mi reclamo, y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre, porque el rey, que es tu Dios, está prendado de tu hermosura".

Son muy de notar estas cosas de que el Espíritu Santo te habla: el reino, el oro, la hermosura.

El reino, porque eres esposa del rey eterno y con ánimo varonil desprecias los halagos de la carne, señoreando como soberana los placeres. El oro, porque así como el precioso metal se purifica y abrillanta en el crisol, así la hermosura del cuerpo virginal, consagrado por el fuego del Divino Espíritu, resplandece y aumenta. ¿Y qué hermosura es comparable a aquella sobrehumana en que el rey pone sus amores, cuando, probada en la prueba del fuego, entrégase la virgen al Señor, conságrase a Dios mismo? Siempre esposa y siempre doncella, porque ni su amor se eclipsa, ni padece su pudor. Esta es la verdadera hermosura a quien nada falta. Y por eso le cuadra aquel magnífico elogio que en El Cantar de los Cantares le tributa el Señor, diciendo al alma: "Toda eres hermosa, amiga mía, sin sombra de fealdad. Ven aquí desde el Líbano, ven aquí desde el Líbano, pasarás y traspasarás desde el principio de la fe, desde la cumbre del Samir y del Hermón, atravesando las guaridas de los leones y las madrigueras de los leopardos".

Con lo que da a entender, que la perfecta hermosura del alma virginal, consagrada a los altares de Dios, aunque habite entre las bestias espirituales, que son los vicios, y ante entre sus feroces manadas, y pase por sus madrigueras, no caerá en sus mortíferas garras, ni serán parte a distraerla de los misterios divinos, ni a turbar su descanso en el amor del amado, que hinche de celestial alegría el corazón de la esposa; pues si dice la Sagrada Escritura que el vino alegra el corazón del hombre, añade a punto seguido, dirigiéndose a la esposa: "El olor de tus vestiduras es más exquisito que todos los aromas del mundo, como el perfume del fragante Líbano".

|p12 Escucha, ¡oh virgen!, el proceso de tu hermosura. Tu primera fragancia vence a todos los aromas, porque más suave que los derramados por las santas mujeres en el sepulcro del Salvador, purifica con su virtud las torpes inclinaciones de la carne y los deleites sensuales. Tu segundo olor, como el olor del Líbano, conserva la integridad del cuerpo del Señor, y de él brota la exquisita flor de la castidad virginal, cuyas obras se parecen a panal de rica miel fabricado por industriosas abejas. Como ellas es diligente, sobria y pudorosa la virginidad. Como ellas, apacentándose con el rocío de la mañana, se ocultan después en su celdilla, y a sus solas, sin testigos ni compañía de nadie, elaboran su manjar, así la virgen se apacienta con la palabra divina, que es rocío celestial enviado a su alma por el mismo Dios, se encierra en el secreto de la doctrina santa, lo guarda como inviolable tesoro, y con él fabrica el dulce panal de la pureza de su cuerpo, defendida por las murallas del pudor, para sacar más tarde a luz el fruto de su misterioso trabajo, tan libre de amarguras como rico en suavidad. Y como las abejas, asociadas amorosamente en el enjambre, juntan la labor de todas en una sola colmena, así las vírgenes, unidas en vida común, y lejos de la vista del mundo, aúnan el trabajo de sus virtudes, rivalizando unas con otras en santas obras, para elaborar el rico panal de la virginidad monástica.

¡Oh, quién me diera, hija mía, que fueses como la abejilla que se alimenta de flores, trabaja con la boca, y con la boca produce! Imítala, hija mía. Sea tu palabra, natural sin sombra de dolo; franca, sin engañoso artificio; pura y grave, engendradora de eterna posteridad, que te honre perdurablemente, ganando a la par méritos de vida eterna para ti, y para otros muchos, que movidos de tu ejemplo, entren por los senderos de la virtud.

¿Sabe por ventura el alma cuándo le arrebatarán los graneros que codiciosa amontonara en el mundo? ¿Ignora que en el trance supremo de la muerte no los podrá defender? Y aunque los retuviera, ¿de qué le servirían, acabándose esta vida? Y si aquí usó mal de ellos, ¿qué méritos le granjearán allá, donde la dicha no se compra con dinero terrenal?

Seas en buena hora rica, pero con los pobres, dándoles parte de tu tesoro, puesto que participan de tu naturaleza. En cambio de lo cual te brindo una preciosa flor, que no es sino el mismo que de sí dijo: "Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles", pero "lirio entre espinas"; porque en esta vida cercan a la virtud punzantes abrojos de malas pasiones, contra las que ha de ir muy prevenido quien aspire a conquistarla. Y pues a tan noble empresa te encaminas, alza el vuelo sobre los vicios en alas del

espíritu, para ganar la altura que Cristo habita, desde la cual asiste amoroso a las luchas de los humildes, defendiéndolos y animándolos con la esperanza del triunfo, cuyo premio les tiene preparado allá arriba, y no es otro sino la vista de la divina hermosura, al lado de la cual es como sombra la belleza del gigante del Líbano, que alza majestuoso la cabeza sobre los aires, para besar arrogantemente el Cielo. En el Cielo está el principio de Cristo, y sus pies en la tierra, y por eso sus frutos son más celestiales que terrenos.

|p13 Busca esta rica flor y plántala en los valles de tu espíritu, y embalsámalos con su inagotable y suave fragancia, porque esta flor es amiga de los huertos de la castidad, los huertos donde encontró a la casta Susana, dispuesta a sufrir la muerte antes que la violación; los huertos cantados por el Esposo en aquellos dulces requiebros que dice al alma exclamando: "Huerto cerrado, hermana y esposa mía, huerto cerrado y fuente sellada". Y así es la verdad, porque en este huerto brilla con fulgor inextinguible la imagen de Dios, en el alma santa, como en limpísima fuente no enturbiada por el cieno de las pasiones bestiales, tiranos que esclavizan al pecador; abatiéndolo hasta el nivel del cerdo, que se revuelca en asquerosa pocilga, y en ella come sus manjares mezclados con repugnante estiércol.

Este ameno huerto no lo asaltan los ladrones, porque lo defiende el muro infranqueable del pudor. Y como en la heredad cercada de recia valla rinden copiosos frutos la vid y el olivo, y difunde la rosa sus perfumes, así en este místico jardín abundan los frutos de la religión, simbolizados en la vid; reina la paz, representada en la oliva; y campea la rosa, emblema alegre de la pureza virginal, cuyo aroma es el olor exquisito de la santidad, que es aquel olor celestial que saliendo de Jacob, al recibir la bendición de su anciano padre, embriaga el alma de Isaac, y le hace exclamar: "¡Qué olor tan suave el de mi hijo; es como el olor de campo lleno!". Y, con efecto acertaba, porque el alma del anciano Patriarca era campo lleno de frutos de virtudes, alcanzadas a costa de muchos trabajos; y la del tierno niño, vergel de flores olorosas, de obras igualmente buenas, aun no probadas en el fuego la tribulación.

Anímate, ¡oh virgen!, y si quieres respirar esa fragancia en tu huerto, ciérralo con los mandatos proféticos. Pon guardianes a tu oído, y a tu labio el sello de la prudencia, para que tu alma pueda decir con verdad:

"Como la fruta oculta en la frondosa selva, así soy yo entre mis hermanos. Anhelé su sombra y debajo de ella descansé, y sus frutos endulzaron mi boca. Encontré al amado de mi alma y me abracé con él, y lo aprisioné en mi pecho para siempre con cadena de amor. Venga mi hermano a su huerto y coma los sabrosos frutos de sus manzanos. Ven conmigo, hermano mío, y salgamos al campo; ponme como sello en tu corazón y como señal sobre tu brazo. ¡Qué hermoso es mi hermano, blanco como la nieve y rubio como el oro!".

Pero ¿sabes quién es ese tu amado?...Aquel en quien se encierra el altísimo misterio de la unión de la divinidad ingénita con la humanidad encarnada en el vientre de una madre virgen, ostentando el color de ambas naturalezas; porque es blanco por ser

esplendor del Padre, y rubio por ser nacido de virgen; y su divinidad es anterior a su humanidad, porque Dios no tomó ser divino de la Virgen, sino que desde la eternidad vino a ella.

|p14 Aunque lo ves maltratado de sayones y atravesado en la cruz por una lanza, para curar nuestras llagas con la sangre de las suyas, te oirá si llamas a las puertas de su corazón que es manso y humilde. "Levántate, Aquilón y ven, ¡oh austro!, a refrescar mi huerto y extender por dondequiera sus aromas; y al olor de la religión sagrada surgirán de los cuatro ámbitos del mundo, como ejército bienhechor los hijos de la amada virginidad, sembradores de celestiales virtudes. ¡Hermosa es mi hermana como la buena opinión, y bella como Jerusalén!" En la frente de la virgen brilla la buena opinión, ganada en santas obras, como preciosa corona de fragantes rosas, que sobrevive a la deleznable hermosura del cuerpo, sin que la vejez le agoste ni la menoscaben los azares de la vida, antes goza de frescura eterna. Y puesto que no vives ya, ¡oh virgen!, para el mundo, sino para el cielo, aunque alentando en la tierra, has de ajustar la vida a los mandatos de tu Señor, repitiéndole: "Ponme como sello en tu corazón y como señal sobre tu brazo". Que es mostrarte imagen verdadera de la figura de Dios, Cristo Jesús, en cuyas obras resplandece la naturaleza divina consubstancial con la del Padre, como lo significó el Apóstol al decir que estamos sellados en el espíritu; porque tenemos en el Hijo la imagen del Padre y en el alma el sello del Hijo. Y sellados con esta marca de la Trinidad Santísima, ¿renegaremos ingratamente de ella, entregándonos al pecado, para perder locamente el tesoro de la gracia, depositado por la bondad del Señor en nuestro corazón?

Lejos de semejante locura habéis de poner ¡oh santas vírgenes!, vuestra suerte en manos de la Iglesia, que amorosa os cobijó desde niñas con su manto, haciendo de su pecho muro defensor de vuestra juventud, perseguida de muchos e implacables enemigos. Cual madre cariñosa vela por vosotras sin descanso, y no os abandonará hasta introduciros en los alcázares seguros de la virtud, donde reina aquella paz vaticinada por el Real Profeta al decir: "Sea la paz en tu virtud y la abundancia en tus moradas", que no son sino las del Señor de la paz, que con brazo invencible defiende su viñedo, y en apareciendo el brote anunciador del fruto, lo anima y recrea con las saludables auras del Esposo, y complaciéndose en su vista exclama: "Mi viña está delante de mí. Tus mil para Salomón y doscientos para los que guardan tus frutos".

Antes había dicho: "Sesenta fuertes guardan la vid, armados de flechas aceradas y diestros en la pelea"; y aquí añade hasta mil y doscientos, aumentando la defensa a medida del fruto, que es significar, que cuanto más santa es el alma, más segura está. Por donde si al Profeta Eliseo escoltaba numeroso ejército de ángeles, y a Jesús de Nave defendía el capitán de las milicias celestes, lo cual es claro argumento del amor con que Dios defiende nuestra hacienda, ¿no será razón que vosotras, intrépidos campeones que cubrís con el escudo de la pureza el sagrado lecho del Señor, esperéis más que nadie en la ayuda de los ángeles? ¿No se regocijan ellos en la vista de vuestra hermosura, que aunque unida a la carne frágil, es hermana de la suya? ¿Pues cómo os abandonarán siendo vuestros hermanos? Pero si queréis mayor alabanza de la castidad, os diré que hace ángeles, y con esto lo he dicho todo; pues quien guarda

es ángel, y quien la pierde, demonio; y por eso la religión llama virgen a la doncella que con Dios se desposa, y meretriz a la que se fabrica dioses.

|p15 ¿Y qué premio se les dará en la resurrección? Ya lo disfrutáis vosotras. Porque proclamando el evangelista Mateo que en la resurrección no se casarán ni tomarán mujeres, sino que serán como los ángeles en el Cielo, da bien claro a entender que lo que a nosotros promete, ya lo ha puesto en vuestras manos. Estáis en plena posesión de lo que aún es blanco de nuestros afanes. Sois de este mundo sin vivir en él, ni pertenecer a su dominio, aunque haya tenido la suerte de veros nacer en su seno.

¡Sublime espectáculo! Los ángeles cayeron del Cielo al mundo, arrastrados por su intemperancia, y, vosotras subís del mundo al Cielo en alas de la castidad. ¡Dichosas mil veces las vírgenes, que despreciando los halagos de la carne, viven en ella sin mancharse con sus impuros deleites!

La templanza en el comer, la abstinencia en el beber son preservativos del vicio, porque así como se libra de él quien de sus causas huye, así no es raro que caiga en sus redes, quien temerariamente con ellas juega.

Para escarmiento de lo cual refiere el Libro Santo el pecado del pueblo judío, que después de haber comido y bebido desordenadamente en el desierto, se levantó para negar a Dios; y el de Lot descuidado, que por ignorancia reprobable comete incesto con sus propias hijas; y el no menos doloroso de Noé, que embriagado incautamente, pone al desnudo sus vergüenzas, dando ocasión a que uno de sus hijos le escarneciera, hasta que la piedad de los otros vino en su defensa, con aquella respetuosa traza que la Santa Escritura les alaba. Ruborizados de la actitud indecorosa de su padre, y escandalizados a la vez de la crueldad del mal hijo, tomaron una capa, y andando vueltos de espaldas, se la echaron encima, para no ver su desnudez y evitarle la pena de hallarse deshonestamente ante ellos al volver en su sentido. En lo cual será bien que aprendamos a temer el vicio, viendo cómo el abuso del vino tuvo fuerza para derribar a aquel fuerte varón a quien habían respetado las aguas del diluvio; y cobremos ánimo contra las sugestiones de la carne, puestos los ojos en la dicha de poseer la virtud; y entendamos por último la lección de esta celestial Filosofía que nos manda escuchar benignamente los ruegos del pobre, cuando nos pide parte de la hacienda.

Porque como nos pide de lo que tenemos y no de lo que no tenemos, es razón que él piense hallar en el fruto de nuestros trabajos su tesoro, y que nosotros creamos que éste no se aprecia, como los terrenales, por el número de monedas, sino por la generosidad de quien las da, bastando una sola, si no hay más, para comprar el Reino de los Cielos.

En la consideración de estas cosas, hermana mía, aprenderás sin duda mejor que en los discursos, lo que te falta de virtud, pues aunque los míos fueran más elocuentes que de ángeles, y mejor tu voluntad de aprender la ciencia de los santos, poco

medraríamos con las palabras solas, como quiera que la virtud perfecta no nace de humana enseñanza, antes ella es la verdadera maestra de la santidad.

|p16 Las mujeres que aderezan sus cuerpos a manera de ídolos, para agradar a los hombres, se envilecen ante los mismos a quienes desean complacer, perdiendo en cambio el amor de sus maridos; porque aquellos las rechazan por vanas, y éstos por sospechosas de infidelidad, al verlas metidas en deshonestas liviandades. Pero vosotras, que abomináis tales adornos, os vestís el humilde hábito de la modestia, que es el mejor aderezo de la hermosura. No os taladráis las orejas, para colgarles brillantes arracadas, ni oprimís vuestras gargantas con los dorados collares, que aprisionan la cerviz de las mundanas como el férreo dogal aprisiona el cuello del esclavo, o la cadena, el pie del miserable galeote condenado a servidumbre por sus crímenes: que al fin la cadena es cadena, aunque dorada, y su brillo no hace menos dura la prisión del encadenado, ni es parte a suavizar en un punto su desgracia. ¿Qué más le da estar ligado con hierro que con oro, si de las dos maneras es igualmente prisionero? ¿Acaso el lazo precioso endulzará el cautiverio? ¿Acaso el grillete de oro hará menos infame a la servidumbre? Y ya que las infelices mundanas, presas en estas redes, se crean neciamente libres, ¿no las inquieta el miedo de perder sus amadas joyas?

Quizá repliquen que son libres, pero dando yo por buena su falsa libertad les arguyo: ¿Me negaréis que el secreto tribunal de vuestra conciencia os condena? ¿Y condenadas por él, sois dichosas? ¿Os hiere su fallo menos que el de la opinión ajena? Si tal pensaseis, me pareceríais más desgraciadas que los reos de la justicia pública, porque ellos, dolidos de su infortunio, anhelan la libertad, mientras vosotras, insensibilizadas por la torpeza, sois juguete del vicio sin esperanzas de redención. ¡Triste suerte la vuestra y digna de ser llorada con lágrimas de sangre! Vuestra incurable demencia os arrastra al mercado infame de la lujuria, en busca del mejor postor, con más vileza que los esclavos; porque ellos al fin merecen alguna alabanza por prestarse dóciles a la venta y la reventa en favor de sus amos, que se lo agradecen, mientras vosotras sois miserables de todos modos: si os vendéis, sois criminales, y si no os vendéis, infames, que fingiendo huir las miradas de los hombres, los deseáis ardientemente en vuestro corazón, abrasado por el fuego de la incontinencia. Os desvivís por ser apetecidas, y queriendo vender a buen precio la hermosura, teméis sin embargo que parezca muy cara al comprador. ¿Con qué seductores halagos no estimuláis su pasión? ¿Con qué reprobables asechanzas no lo sitiáis hasta rendirlo? Si es pobre, para que no defraude vuestras ilusiones; si rico, para que no se fastidie de vosotras; si galán, para que no os engañe; si noble, para que no os desprecie.

Bien sé que, a muchos parecerán vanos mis cantos a la virginidad, y perdido el tiempo que gasto en repetirlos a los oídos de las almas; pero no me apena su censura, ni entablo disputa con ellos, ni han de ser parte a cerrar mis labios, que seguirán encomiando las grandezas de esta preciosa virtud, de quien estoy enamorado con tan ferviente amor, que aunque a nadie convirtiese pregonándola, con pregonar su hermosura, se satisfaría mi alma, y recrearía con inefable gozo en la contemplación

de la angelical belleza de las vírgenes, lo cual por sí solo bastaría a recompensar cumplidamente mi trabajo, ya que otro fruto no alcanzase.

|p17 Mas por dicha mía sí lo alcanzo, porque de Plasencia, de Bolonia, y aun de la lejana Mauritania, responden a mi llamamiento las vírgenes, viniendo a pedirme el velo de esposas de Dios, con gran regocijo de mi espíritu, maravillado de que la voz de un humilde obispo salida de este rincón, halle eco en las almas de remotos países, las despierte, y las mueva, y las traiga aquí, como forzadas por secreto e irresistible impulso que sienten dentro de sí. ¿Cómo no ha de crecer mi entusiasmo ante el magnífico espectáculo, y cobrar nuevos bríos para seguir predicando y llamando a los de fuera? ¿Cómo no abrir el pecho a la esperanza de que la llegada de estas mueva a las de aquí, ya que no es razón, que siguiéndome las que no me oyen, me vuelvan la espalda indiferentes las que me escuchan?

Y porque sé de no pocas doncellas que deseosas de consagrar a Dios su virginidad, no lo consiguieron, por estorbárselo sus madres, y lo que es más extraño, las mismas viudas, a tales madres y viudas enderezo ahora mi discurso y pregunto: ¿No son libres vuestras hijas, para amar a los hombres y elegir marido entre ellos, amparándolas la ley en su derecho aun contra vuestra voluntad? Y las que pueden libremente desposarse con un hombre, ¿no han de ser libres para desposarse con Dios?

¡Oh frutos dulcísimos de la castidad, que por gozaros vienen las gentes bárbaras desde los últimos rincones del África! ¿Quién creyera que la Mauritania nos enviaría sus vírgenes, para consagrarlas a Dios, lejos del hogar donde nacieron? ¿Quién no admirará a estas tiernas doncellas, que rompiendo los vínculos de la carne, truecan el amor de sus familias por el de la castidad? Dignas son de reinar en la Gloria las que con tal valor se sacrifican en aras de la virtud.

¿Y qué diré de las nobles boloñesas, ejército esforzado de almas grandes, que despreciando los encantos de una sociedad brillante, vienen a ocultarse en el sagrario de las vírgenes?

Encerrada en este retiro, y olvidada del mundo, vive aquí una veintena de ellas, que vale por ciento, según los copiosos frutos de virtud que nos ofrecen, porque recogidas en los tabernáculos de Cristo, reparten la vida santamente; entre las divinas alabanzas y el trabajo manual con que ganan el sustento. Pero su retiro no es el del avaro egoísta, que se entrega al torpe amor de sus riquezas codicioso de gozarlas él solo a sus anchas, antes las generosas vírgenes enamoradas del divino Esposo, para quien viven, son celosísimas de la gloria de El, anhelando sin cesar traerle muchos amadores que le sirvan. Y para conquistarlos corren en pos de las almas como infatigables apóstoles, cantores de las excelencias de la virginidad, siguiéndolas con el afán del cazador que sigue la presa hasta cobrarla. Y conquistadas, las defienden valerosamente, porque si alguna intenta volver al mundo, en busca de la falsa libertad que en él dejó, al punto levantan todas las demás el vuelo y la rodean, hacen con sus alas amoroso cerco, enriscan sus plumas cual si fueran agudos puñales, arrecian en

sus cánticos para recrearla y tornar a su espíritu la perdida calma, y formando el armonioso coro de la castidad, la abrazan y estrechan, y no la abandonan hasta restituirla alegre y satisfecha, con sus blancas compañeras, al nido de la pureza, a la mansión apacible del pudor, donde viven vida santa, libre de las inquietudes mundanales y de los interesados afectos del hogar. ¡Dichosa la virgen que en el suyo aprendió el amor a la pureza, aspirándolo como aura saludable del Cielo; pero más dichosa aún la que lo aprende espontáneamente en su juventud, teniendo por maestro, en lugar de los padres carnales, al Esposo Divino, que como es rico en todo linaje de bienes, satisface las almas de suerte, que no echen de menos los regalos de la carne, porque ama la honesta pobreza más que los tesoros del mundo!

|p18 Hay padres, que contra razón desheredan a los hijos, que quieren consagrarse a Dios; pero no todos lo hacen de verdad, sino que algunos, aparentando rigor que no sienten, echan mano de esta traza, para probar la vocación de los jóvenes, deseando sin embargo ser vencidos por la constancia de ellos. Lo cual es ardid amoroso con que el mismo Dios alecciona a los que llama a su servicio, para que conozcan y venzan los obstáculos puestos por la carne a la vocación religiosa; y por eso, tomando a los padres por instrumento, permite que ora amenacen a los hijos con la privación de la herencia, ora los tienten con halagüeños placeres de bienestar temporal; y aun sobre estas asechanzas tolera otras mil suertes de enemigos salteadores del camino de la virtud perfecta.

Mas tú, oh virgen escogida, no les temas. Y cuando en el seno del hogar te presente el demonio la batalla, mostrándote a los padres suplicantes, con lágrimas en los ojos, anunciadoras del dolor que tu partida deja en sus corazones, no te rindas, sino puesta la mirada en Dios, asiste valerosamente, porque si alcanzas victoria en el ataque del amor paterno, no habrá ya amor del mundo capaz de volverte atrás.

¿Qué te importa del patrimonio? ¿Ni qué valen las riquezas de este mundo en comparación del Reino de los Cielos? ¿No se compensará la pérdida de estas con la ganancia de aquel?

Ha dicho la Sabiduría Eterna, que quien deja su casa, sus padres, sus hermanos, su mujer y sus hijos por el Reino de Dios, recibirá en el tiempo mucho más que dejó, y en el siglo futuro la vida perdurable. ¿Será razón desconfiar de Dios mientras confiamos en los hombres?

Pongamos nuestro caudal a ganancia en manos de Cristo, que es fidelísimo administrador, amigo de conservarlo y aumentarlo con usuras centuplicadas. El lo ha ofrecido, y no miente, porque es la verdad suma; no prevarica, porque es la justicia inflexible; ni se presta a engaño, porque es la virtud divina, cuyas obras son obras de vida, que enseñan más que todos los discursos del mundo.

Sé de una doncella que hasta hace poco figuraba entre los nobles del siglo y hoy figura con más honra entre los de Dios; la cual, acosada reciamente de sus padres y deudos, para que se casara contra lo que había determinado en su corazón, huyó del

hogar paterno, buscando en el templo defensa a su virginidad. Allí la persigue la familia, y ante las gradas del altar, sin respeto al lugar santo, la increpa y arguye con los discursos del amor, ya en tonos suaves, ya con acentos duros; pero ella, intrépida y varonil, y decidida a morir antes que ser infiel al Esposo Celestial, rechaza los ataques, desprecia riquezas y vanidades, ahoga en su pecho los gritos de la carne, y pisando el amor terreno, sube al altar hasta la cátedra del sacerdote, y allí postrada humildemente pide que la reciba por esposa de Cristo, a quien se consagra. El ministro del Señor la acoge, la bendice, y levantando las manos, ruega por ella e invita a los demás fieles a que también recen, y con esta solemnidad divina la recibe y la pasa a manos del Señor en presencia del pueblo.

|p19 Entonces ella, viendo cumplidos los fervientes anhelos de su vida, radiante de hermosura y rebosando alegría su rostro, alza la noble cabeza, coronada con la azucena de la castidad, y habla de esta manera a su madre: "¿Podrías, madre mía, haberme desposado en altar mejor que éste, donde los esposos se santifican cubriéndose con el rojo velo de la sangre de Cristo, cabeza de los fieles, sacrificado aquí diariamente por la salud de todos?" Y volviéndose a los parientes añade: "Perdéis el tiempo brindándome un desposorio que rechazo. ¿No veis que ya he celebrado mis bodas? Pero aunque todavía fuese libre, ¿qué esposo me ofrecéis? Yo quiero el mejor de todos. Si el que me preparáis es rico, poderoso y de noble condición, no lo será tanto como el que yo elegí, que en riquezas, poderío y dignidad vence a cuanto pueda imaginarse en lo creado".

"Mas si lo trajerais mejor que este, con él firmara los esponsales. Pero no lo presentaréis, porque no existe, y por eso vuestra porfía me agravia. Y ofendiéndome así, ¿cómo he de creer en vuestro amor? No me amáis, aunque otra cosa digan vuestros labios. No me amáis."

Con esta divina elocuencia confunde a sus enemigos de tal suerte que ni madre, ni parientes, ni allegados, ni deudos, juntos allí, para estorbar los santos propósitos de la esposa de Cristo, osa desplegar los labios, hasta que repuestos del asombro, uno más atrevido replica: "¿Y crees tú que viviendo tu padre te habría permitido abrazar la virginidad? No habrías profesado, aunque quisieras". A lo cual la heroína, inflamada del espíritu de Dios, contesta serenamente: "Creo que el Señor se lo llevó, para que no me lo estorbase". Y como si estas palabras fueran rayo del Cielo lanzado contra el osado interlocutor, cae éste sin vida a los pies de la doncella, estremeciendo el suceso a la muchedumbre, que en él creyó ver la mano de Dios, airada contra los enemigos de la virginidad. Con lo que al punto trocáronse las injurias en alabanza a la esposa de Cristo, cesando allí la persecución y quedando el hecho por testimonio de la gloriosa victoria, alcanzada por la santa virginidad allí donde menos se esperaba. Anime pues a las doncellas este triunfo de la devoción, y los padres que tienen hijas escarmienten en el ejemplar castigo que aquí ven.

FIN DEL CAPITULO PRIMERO

|C2

|p1 Porque es cosa tan alta y noble la virginidad, que no alcanza ingenio humano a explicarla dignamente, según creo, ceñí mi trabajo en el primer libro a cantar la virtud que la acompaña, creyéndome que así satisfaría al lector, mejor que con sutiles razonamientos, que aun siéndolo mucho y muy elevados, no llegarían a la excelencia del asunto, mientras que la imagen de la virtud, en que la virginidad se encarna, persuade más y habla más claro al alma que las palabras.

Conforme a lo cual, ofrezco en este libro el retrato de la virgen, dibujándolo con preceptos, en que a modo de magisterio, se le pueda admirar, y aprender y tomarla por modelo, que es la enseñanza más acomodada a la condición del alma en esta vida, durante la cual no puede ver las cosas si no es a través de los sentidos, que son como rejas de la cárcel corporal en que está encerrada. De donde las ideas venidas por este camino le llegan se le graban más, y aun las aprende mejor, naciendo de aquí la poderosa fuerza del ejemplo.

|p2 Por esto, y porque me falta autoridad para amonestar y ciencia para enseñar, y sé que el maestro debe aventajar al discípulo, siquiera en lo que intenta enseñarle, echo mano del ejemplo para proseguir la tarea comenzada, esperando que me atiendan los lectores, al ver que por mi boca hablan labios más autorizados; y sobre todo aprenderán las almas el amor a la virginidad en la propia imagen de ella, esforzándose a seguirla, como quiera que las cosas nos parecen menos difíciles cuando las vemos realizadas, y hay en nosotros cierta propensión a creer en la utilidad de lo que otros aprueban, y a venerar con religioso respeto lo que por herencia recibimos.

Y si todavía pareciese atrevido el intento, ruego al lector que mire al fin que me mueve de complacer a las vírgenes, pues con tales instancias me han pedido que esto escriba, que aun a trueque de dar en inmodesto, no pude ni supe rehusar mi ayuda a estas almas escogidas, que con sus cariñosos ruegos obligan al mismo Dios. Pero aunque este argumento les faltara, valdríales el empeño con que me prefieren a maestros más sabios, confiadas en que el amor entrañable que les profeso ha de suplir con creces lo que a mí falta de ciencia.

¿Y cómo podría negarme, viéndolas acercárseme adornadas con la sagrada aureola de los mártires, ganada en la vida religiosa?

Mi labor no será estéril, si logra hacerles amable la práctica de la virtud por medio de suaves discursos, encaminados más a encender el amor a ella, que a reprobar la fealdad del vicio y condenar severamente los pecados, que es misión que ahora cedo a otros predicadores, para consagrar la mía a las almas puras, amigas de la castidad. Pero como sean pocas las que oyen mi voz y muchas las que la desean, para éstas escribo, enviándoles mi humilde libro, con encargo de decirles mis exhortaciones y repetírselas sin enojo cuantas veces se las pidan.

Para que vaya mejor fundado, comenzaré presentándoos la imagen viva de la virginidad, personificada en la Virgen María, espejo de ella y dechado de virtud, digna de que la toméis por norma de vida; porque la de ella os enseña, como maestra divina de bondad, lo que habéis de corregir, lo que os conviene evitar y lo que debéis de practicar. Pues si, como dije arriba y enseñan los filósofos, es la virtud del maestro el primero y principal estímulo que mueve al discípulo a prestarle fe y seguirle, ¿qué maestro aventajará en dignidad a la Madre de Dios? ¿quién más esplendorosa que ella, a quien cobija el mismo esplendor?, ¿qué maestro de castidad será comparable a ella, que concibe sin contacto carnal?

|p3 ¿Y qué diré de las otras virtudes que le adornan? Es virgen en el cuerpo y virgen en el alma, limpia de desordenados afectos. Humilde de corazón, prudente en el juicio, grave y mesurada en el hablar, recatada en el trato, amiga del trabajo. Despreciadora de riquezas vanas, espera más de la pobreza, a quien Dios oye, que no del consejo humano, a menudo falaz y apasionado. A nadie ofende, a todos sirve; es respetuosa con los mayores y afable con los iguales.

Enemiga de honras mundanas, regula sus acciones con el dictado de la razón, moviéndose sólo por el amor de la virtud.

Jamás dio enojo a sus padres ni con un leve gesto. Jamás agravió a los parientes. Jamás afligió al humilde, ni menospreció al débil, ni volvió la espalda al necesitado, ni tuvo trato con hombres, fuera del que podía la misericordia y toleraba el pudor. Sus ojos no conocieron el fuego de la lujuria, ni en sus palabras sonaron acentos de procacidad, ni en su continente faltó nunca la decencia.

Ni movimiento indecoroso, ni andar descompuesto, ni voz presumida vióse jamás en ella, reflejando en cambio en su compostura la interior pureza del alma.

De donde es razonable concluir, que así como por la suntuosidad de la portada adivinamos las riquezas interiores del edificio, porque sería feo desorden que brillando la casa al exterior, estuviera pobre y obscura por dentro, así cuando el alma tiene el interior de su casa bien provisto de virtudes y libre de estorbos carnales, que la anublen, resplandece al exterior, transcendiendo de dentro afuera la luz en manifestación esplendente, que son las acciones virtuosas, como salen por las ventanas de un palacio iluminado, sin que nadie los pueda contener, los rayos de luz que emanan de los focos que adentro lucen.

Su continencia en la comida era sobrehumana, y su ocupación en obras manuales, continua; porque ayunaba diariamente, sin tomar más alimento que el indispensable para conservar la vida, y trabajaba sin descanso ni dar tregua a la ociosidad. Nunca usó manjar alguno para deleite del gusto, ni sueño por regalar a la carne, sino que en el breve reposo que le concedía, mientras descansaba el cuerpo, vigilaba el espíritu, y aun dormida repetía a menudo lo leído, interrumpiendo hartas veces el descanso, para reanudar la lectura, o entregarse a ejercicios piadosos, o a la preparación de lo que había de hacer después.

Enemiga de la calle, no sale de casa sino para visitar el templo, y siempre acompañada de sus padres o personas de la familia; no porque necesitase guardianes su honestidad, que en el recogimiento llevaba la mejor defensa, sino por mayor decoro y modestia, la cual resplandecía en sus movimientos y palabras con tal arte, que se granjeaba el respeto y veneración de cuantos la veían, alejada de las vanidades y entregada por entero a la virtud. Donde aprenderán las vírgenes a ser vigilantes de si mismas y guardadoras de su recato, si desean que las gentes las veneren. Tomen por maestras a las virtudes y sabrán ser virtuosas practicándolas, y esta práctica será lección viva y seductora enseñanza, que arrastre las almas hacia la santidad. Pero habéis de hacerlo con la humildad de María, que oye a todos como discípula y aprendiz de virtudes, aunque era doctora consumada en la difícil ciencia de ellas.

|p4 Tal nos la presenta el Evangelio, tal la encontró el Ángel, tal la eligió el Espíritu Santo. ¿A qué ahondar más en el piélago de aquella santidad, que robó el corazón de sus padres, mereció las alabanzas de los extraños, y sobre todo, fue digna de que Dios la escogiese por madre? Cuando el Ángel llega a visitarla la encuentra sola en su celda, sin compañía de nadie, porque a nadie comunicaba sus altos pensamientos, temiendo que se los estorbasen, o interrumpiesen la dulce conversación de su alma con los libros santos y los coros de ángeles y de profetas que la asistían, como familiares confidentes. ¡No es maravilla que se sintiera tanto más acompañada cuanto más se alejaba de las criaturas! Túrbale por un momento la presencia de Gabriel, pero al oír que la llama por su nombre, recobra la calma, reconociendo al mensajero celestial; y la que se inquietara al creerse sola ante un hombre, afronta ya serena la visita del Ángel, enseñando así a las vírgenes a ser recatadas en la comunicación con las criaturas. Por eso, aunque no replica al saludo, responde sin vacilar a la embajada del emisario divino y accede, por último, a lo que en nombre de Dios le pide.

Entonces fue cuando, segura de la elección con que el Señor le había favorecido, da magnífico ejemplo de piedad. Porque humillándose en sí misma, corre presurosa a través de los montes a comunicar la feliz nueva a su prima. Para alegrarla, mostrándole a los ojos lo que ya sabía por revelación divina. En viéndola, la estrecha en sus brazos y la saluda diciendo: "Dichosa eres por haber creído", permanece con ella tres meses, no para robustecer la fe de la santa anciana, que era acendradísima, sino por el amor que le tenía, y dar ocasión a que el niño que Isabel llevaba en su seno, manifestándose devoto antes que nacido, saltara de gozo en el claustro materno y saludara del modo que podía a la madre del Señor.

Numerosos portentos se suceden aquí: la estéril pare, la virgen concibe, habla el mudo, adoran los Magos, ve Simeón cumplida su esperanza, las estrellas anuncian al Mesías, y María, a quien antes turbara la presencia del Ángel, contempla serenamente ahora los milagros, y como dice el Evangelio, los conserva en su memoria, rumiándolos en su corazón; porque aun siendo madre de Dios, quiere cumplir los divinos preceptos, y aun habiéndole engendrado, anhela conocerle; ¿qué más? Todos los años sube al templo de Jerusalén a celebrar la Pascua, pero acompañada de José, su casto esposo, que es enseñar a las vírgenes a escuchar su virginidad con el pudor, amparo a que debe acogerse, quien quiera conservarla sin quebranto en esta vida.

Pongan sus ojos en este acabado modelo y escuela viva de todas las virtudes, y a él oigan e imiten si desean enderezar sus pasos por el camino de la gloria eterna.

Como flores en ameno jardín brillan en el alma de María las virtudes: en su vergüenza muéstrase el recato; en su fe, la firmeza y el valor; en su devoción, el amor obsequioso. Como virgen, ama el retiro de su casa y no sale de ella sin compañía; como madre, acude al templo a ofrecer su hijo a Dios.

|p5 Escuchad, ¡oh vírgenes, su voz. Os llama para estrecharos en su seno y llevaros de la mano a la presencia del Señor y recomendaros a El, con estas palabras de la Escritura Santa: "Estas son el lecho de mi hijo; éstas, las que defendieron con su honestidad inmaculada el tálamo nupcial del Divino Esposo". Y comentando al mismo Cristo, añadirá por su cuenta:

"Padre, os las encomiendo como mi Hijo os encomendaba sus discípulos cuando os decía: tuyos son y yo te los he guardado. Así te digo yo de mis vírgenes: tuyas son y yo te las guardé; en el pecho de ellas reclinó el Hijo del Hombre la divina cabeza buscando descanso, y lo encontró. Para ellas te pido que las coloques donde yo estoy, cerca de mí; y porque su alegría sea completa, extiendas el premio a sus padres y hermanos, que espiritualmente les acompañan en estos desposorios divinos, que si el mundo no me conoció, ellas sí me conocieron y no quisieron nada con el mundo".

¿Quién sabrá pintar el regocijo, la majestad, la gracia y el aplauso con que los ángeles recibirán en la mansión de la Gloria a las vírgenes que aquí vivieron vida celestial. Allí María, la hermana de Moisés, tomando en sus manos el tímpano, prorrumpirá con los virginales coros en divinas alabanzas al ver a sus compañeras entrar alegres en el puerto de la salud eterna, vencedoras del mundo, y del proceloso mar de esta vida, que atravesaron sin mancharse en sus cenagosas ondas.

Y cada virgen levantará su voz en dulce e inefable canción, de este modo: "entraré al altar de mi Dios; mi Dios, que alegró mi juventud".

Por eso yo, anticipándome a esta fiesta y gozándome en su visión dentro de mi alma, vengo a inmolar en el altar de las vuestras sacrificio de alabanza, y ofrecer mis votos al Altísimo; porque altares de Dios sois en que cada día recibe Cristo el sacrificio de vuestros cuerpos; templos vivos de Dios, perfumados por la santidad que sale de vuestras almas, como vapor del fuego divino encendido en ellas por la mano del sacerdote eterno.

¡Oh, dichosas vírgenes en quien tales gracias brillan como en huerto enriquecido con variedad de flores, como en templo animado por las solemnidades religiosas, y como en altar donde ofrece holocaustos el sacerdote augusto del Altísimo! ¡Y dichoso yo también por haberse servido de mí la misericordia divina para llamaros!

Pero aunque la norma de vuestra vida esté en la Madre de Dios, no holgará aquí el recuerdo de la gloriosa virgen Tecla, ejemplo elocuentísimo de sacrificio, que os invita a inmolaros en aras del Esposo.

Encendida en amor divino, rechaza valerosamente el matrimonio a que la querían forzar, y condenada por ello a ser pasto de las fieras, encamínase impávida al circo entre la algazara bestial de la muchedumbre, pero, ¡oh portento!, al verla los leones olvidan la fiereza, y postrándose a los pies de la mártir, se niegan a acometerle, como si su presencia los hubiera trocado en mansos corderos, adoradores de la virginidad, encarnada en la doncellita. Ya no asustan a Tecla como antes las miradas de los hombres, sino que las arrostra con dignidad, que asombra y contiene a los mismos lujuriosos, que habiéndola seguido hasta allí con intentos carnales, en aquel punto comienzan a respetarla a semejanza de las fieras. Porque ¡era de ver el cariño con que éstas echadas a sus plantas, se las lamían, y entre todas cercaban el sagrado cuerpo como quien defiende un tesoro precioso confiado a su custodia! ¡Era de admirar el contraste de la mansedumbre de las bestias con la ferocidad de los hombres! Estos, crueles como leopardos, y olvidados de su humanidad, las excitan. Ellas, amansada su natural fiereza, besan los pies de la Virgen, más piadosas que los racionales. ¡Tan admirable cosa es la virginidad, que los mismos leones la veneran!

Ni el hambre aumentada por largo ayuno, ni las voces del verdugo acompañadas del látigo, ni el hábito de acometer los enfurece contra la Virgen, ante quien siguen arrodillados como si en ella viesen a su dueño y señor. Se mostraron religiosos, adorándola; castos, besándole los pies; pudorosos, inclinando los ojos a la tierra por no ver la desnudez que no habían respetado los verdugos.

Pero si alguien me replica, que va fuera de camino mi discurso, porque de una parte ofrezco por modelo a la Madre de Dios, que es inimitable, y de otra el martirio de la virgen Tecla, propuesto por el Apóstol a las gentes y no a nosotros, responderé de antemano que el Apóstol dirige sus enseñanzas a todos los fieles, como maestro universal, sin excluir a nadie. Mas aunque así no fuera, tampoco andan nuestros tiempos tan desnudos de piedad, que no puedan ofrecer ejemplos semejantes a los de aquellos primeros discípulos de Cristo.

No ha mucho había en Antioquía una famosa virgen, tan celosa de su virginidad, que nunca se dejaba ver en público, lo cual era motivo de que creciese grandemente en los hombres el afán de conocer la belleza que le atribuía la fama; porque como sea tal la condición nuestra, que nos parece mayor la perfección sabida por referencias que la vista por los propios ojos, crece por aquí el apetito hacia ella, atizado por el doble estímulo del amor y de la fantasía, aconteciendo así a menudo, parecer a nuestro juicio más amable lo que en verdad es menos, por fingírnoslo la imaginación mejor de lo que es en el hecho, y conforme a la ficción lo amamos.

Así ocurrió con esta santa, que habiendo profesado castidad en escondido retiro, para desahuciar la concupiscencia de los amadores, que la perseguían, no le vale la soledad, antes la ausencia aviva el fuego en el corazón de los pretendientes, que la buscaron y por fuerza volvieron al mundo, metiéndola en cruel persecución y no menos crueles sufrimientos. Rudísimas batallas tuvo que librar con aquellos implacables enemigos de su virtud, empeñados por mil modos y maneras en despojarla de la virginidad y de la fe; pero de todos triunfa, porque resuelta a

defender varonilmente sus preciados tesoros, aun a costa de la vida, menos estimable para ella que la virginidad y la fe, espera el día de la corona, y en llegando, entra con esforzado corazón a la doble pelea, y firme como invencible roca, brillando en su frente el recato del pudor y en sus mejillas el carmín de la vergüenza, desafía el tormento, ofrécese al verdugo y alcanza gloriosa victoria de sus perseguidores, que no esperaban tanto valor en alma de mujer. Ellos, entonces, enfurecidos por la derrota, amenázanle con la prostitución del lupanar, creyendo que el temor de éste la inclinaría al matrimonio, y derribada en una virtud, sería menos difícil vencerla después en la otra. Pero fue vano empeño, del que también triunfa gloriosamente la mártir.

|p6 ¡Donosa manera de honrar a los dioses! ¡Les ofrecen pecados por dones, y quieren obligar a esta doncella a que los acompañe en sus abominables excesos!

Otra alma menos valerosa que nuestra mártir habría caído en el diabólico ardid; pero esta singular virgen, lejos de arredrarse en el peligroso trance, se afianza más y más en la fe, y alentándose con la esperanza de la victoria, vence al miedo que angustiaba a su castidad, puesta en riesgo. ¿qué haré?-se pregunta, entrando dentro de sí. Hoy he de ser mártir o renunciar a la virginidad. ¿Qué corona escojo? Si por conservarme virgen reniego del autor de la virginidad, ¿qué vale entonces la virtud? ¿Ni cómo ha de hermanarse ésta con el culto a una meretriz, ni con el amor de los adúlteros? ¿Podrá llamarse virgen quien se enreda en deleites carnales? ¿quién duda sino que son prendas riquísimas, dignas de superior estimación, la virginidad del cuerpo y la del alma, y que de entrambas debe adornarse la esposa de Cristo? Pero forzada a elegir, habiéndose de perder una de ellas, prefiero la del alma, con la que permaneceré casta a los ojos de Dios, aunque los hombres violen mi cuerpo, que no han de conseguirlo sino contra toda mi voluntad.

No estorbó a Rahab la condición de ramera, para alcanzar gracia cuando, abominando sus crímenes, se convierte a Dios. Judith adorna su frente con la mejor diadema, por agradar al licencioso Holofernes, no movida de la carne, sino de la causa de la religión, y así alcanza renombrada victoria sin menoscabo de la honestidad. Déme, pues, fuerzas el ejemplo de esta santa viuda, porque si ella, confiada en Dios, salva intrépida su honor y su patria, ¿no podré yo, favorecida del mismo auxilio, salvar a una mi fe y mi castidad? Si Judith cobardemente abandonara la causa del Señor por miedo a la lucha, no habría salvado a la patria ni a la religión, y su propia castidad fuera ultrajada por el sitiador de Bethulia.

Animada con el recuerdo de esta heroína, y trayendo a su memoria las palabras del Divino Maestro, que dijo: "Quien perdiere su alma por mí, la ganará", vierte copioso llanto en su soledad, recógese dentro de sí misma, afronta la prueba, y puesta su confianza en Cristo, apréstase a la lucha por la castidad y por la fe de esposa que le tiene jurada.

¿Y será posible que la inmundicia carnal manche el cuerpo de quien ni palabra impura pronunció? Mi lengua niégase avergonzada, a describir esta escena, y mi

entendimiento rehúsa coordinar este discurso. Cerrad vuestros oídos para no escucharlo, ¡oh vírgenes del Señor! La doncella de Dios es conducida al lupanar. Mas, ¿qué digo cerrad? No, no los cerréis, no, sino abridlos de par en par, para asistir al triunfo de la heroína, que podrá ser ultrajada por violencia, pero manchada, no; porque donde ella está, está el templo de Dios, y el lupanar no contaminará a la castidad, antes será purificado por ella, a despecho de los lujuriosos, que como manada de sucios puercos, luchan en la puerta disputándose la entrada. Admiraos, y aprended en los milagros de los mártires, ¡oh santas vírgenes! Huyan de vuestra memoria los repugnantes nombres de estos repugnantísimos lugares, y sustituidlos con otros alegres y lisonjeros. Otra escena venga a vuestros ojos.

|p7 Encierran en la inmunda cárcel a la inocente paloma, graznan revoloteando por fuera los gavilanes, en lucha encarnizada por alcanzar la presa; pero ella, elevadas sus manos al cielo, convierte en casa de oración la que lo era de pecado, y dirígese a Cristo, diciéndole: "Tú que domaste la fiereza de los leones ante tu virgen, puedes domar también a estas almas crueles que amenazan profanar mi castidad". Llovió fuego sobre los caldeos; el Mar Rojo abrió su seno para dar paso a los judíos, porque así lo quiso tu misericordia; Susana inocente, hincando su rodilla en el suplicio, triunfó de los viejos licenciosos que la calumniaran; tú secaste la mano del osado presuntuoso violador del templo. Pues heme aquí, templo vivo tuyo, cercado de fieros enemigos que lo asaltan, para cebar sus asquerosas lujurias en mi cuerpo, ¿permitirás la violación sacrílega de esta a quien libraste de manos de los ladrones? ¡Sea exaltado y bendecido aquí tu nombre, haciendo que la que vino a este lugar, para ser prostituida, salga de él sin mancha, luciendo en su frente la corona virginal con que entró! No había terminado su oración, cuando la presencia de un soldado de fiero aspecto pone nuevos temores en el ánimo de la inocente virgen, que al ver retirarse el pueblo concebía risueña esperanza de salvar su castidad. Con todo, no se arredra, antes más animosa vuelve !os ojos al Cielo y se exhorta con fervor creciente de esta manera: ¿Por ventura no acudió Daniel a defender a Susana, cuando la llevaban al cadalso? ¿Y no fue él solo quien la salva contra la sentencia del pueblo que la condenaba? ¿Quién sabe si debajo de esta piel de lobo se esconderá una oveja? No hay duda sino que Cristo tiene soldados y legiones para su defensa, y tal vez en obsequio de las almas, que le adoran, hace que el que se presenta como verdugo se torne mártir. ¡Oh virgen, tu fe te ha salvado!

Mientras revolvía en su corazón tales pensamientos, oye que el soldado le dice: "No temas, hermana mía; soy hermano tuyo, portador de tu libertad, aunque parezco verdugo. Soy tu hermano, y a cambio de la libertad que te traigo, has de ayudar a mi salvación, porque debajo de mis apariencias de adúltero, viene oculto un mártir, que confía en tu auxilio. Y continuando su extraño discurso, del que no sabía qué pensar la santa virgen, sobrecogida de espanto, añade el soldado: "Cambiemos nuestros trajes, que a los ojos de Cristo son ya iguales, porque los dos creemos en El, y de El están vestidas nuestras almas".

"Tus vestidos me trocarán a mí en verdadero soldado, y los míos salvarán tu virginidad, favoreciéndonos el cambio en un punto, porque mis arreos militares,

puestos sobre tu cuerpo, te franquearán la salida, y yo engalanado con los tuyos de doncella, no pareceré ya perseguidor. Cubra mi coraza a la virgen y dame en cambio la túnica que ha de consagrarme mártir; mi clámide tendrá a mucha honra cubrir tus formas virginales, defendiendo tu pudor, y mi casco ocultará con orgullo tu rostro y cabellera, para llevar adelante la traza de tu libertad."

|p8 "Sal presto de este afrentoso lugar en donde no puede morar la vergüenza, y alejándote presurosa, no vuelvas a él los ojos ni por leve curiosidad, no sea que Dios te castigue como castigó a la mujer de Lot, que siendo ella honesta, quiso mirar las deshonestidades de la ciudad nefanda que abandonaba por mandato divino, y mirando, perdió la vida en pena de su imprudencia. Ni temas que sea estéril tu sacrificio. Yo en ti ofrezco a Dios una hostia santa, y tú puedes ofrecerme a Cristo como soldado suyo, alistado en el brillante ejército de la castidad, que lucha por recompensas eternas. La coraza de la justicia es armadura que defiende espiritualmente al cuerpo, escudo de la fe en donde rebotan las lanzadas enemigas y celada de la salud, invulnerable a los ataques de la carne."

"Nuestra defensa y nuestra seguridad está donde está Cristo, porque El es cabeza de la virgen, como el varón es cabeza de la mujer". Y diciendo esto se despoja de la clámide el que aún parecía perseguidor y adúltero, ofreciendo aquí a Cristo, la virgen su cuello y el soldado sus insignias.

¡Qué espectáculo tan hermoso, qué gracia tan no vista! ¡Quién pensara que en el seno de un lupanar hediondo concertaran el martirio dos almas de tan diversa condición! ¡Un soldado y una virgen! Sólo la misericordia de Dios pudo hacer el milagro de juntarlos en la común aspiración de derramar la sangre por Cristo, para que se cumpliese el divino oráculo que dijo: "vendrá tiempo en que habite en amorosa compañía el feroz lobo con el manso corderillo". Porque venciendo el suceso al vaticinio, esta cordera, no sólo vivió con el lobo, sino que con él fue inmolada en una misma ara, después de salir de la prisión en alas del espíritu que la animaba, el cual hizo el milagro nunca visto de sacar del lenocinio a una virgen, para entregarla a Cristo, sin que los guardias que la custodiaban advirtieran la salida.

Mientras a la puerta del lupanar rondaban los libertinos como hambrientos lobos, que de antemano saborean la sangre del tierno corderillo que tienen seguro, disputándose todos la brutal primacía de ultrajar a la doncella, aquel soldado, más atrevido y deshonesto que los otros, se les adelanta bramando por saciar sus bestiales apetitos en la pudorosa y limpia virgen; pero al verla rodeada de la aureola del candor, se sobrecoge, la contempla atónito, y sintiéndose cambiado de improviso, comienza a descubrir con los ojos del espíritu lo que ni él ni sus feroces compañeros habían podido ver con los del cuerpo. Con el cambio nace en su alma la fe en el verdadero Dios, que le toma por instrumento de su gloria y defensor de su sierva; y el que entrara al prostíbulo persiguiendo a la virginidad, queda convertido en paladín y adorador de ella por obra de la omnipotente misericordia del Altísimo, y salva con la piadosa estratagema a la santa doncella, quedándose prisionero en lugar de la mártir. Entonces, vuelve en sí, y como asombrado del cambio, exclama: ¿Qué es esto? ¿No

era una doncella lo que había en este lugar? ¿Cómo ahora hay un hombre? ¿Por ventura se ha repetido aquí el prodigio de la fábula, convirtiéndose en cierva la virgen? Pero no es así, porque mis ojos la veían hace un momento aquí, donde ahora hay un soldado. Aunque lo había oído, nunca creí que Cristo convirtiese el agua en vino; pero aquí hizo más, porque cambió el sexo de las personas. Huiré antes que me cambie, si es que ya no estoy cambiado, viendo con mis propios ojos cosa tan distinta de lo que dice la razón, pues siendo yo el mismo que vine al lupanar, me siento muy otro del que entré. Entré adúltero y salgo honesto". Y declarándolo así al público, fue condenado en lugar de la virgen por quien quedara en rehenes. Sin duda, era digno de tal corona aquel glorioso atleta, que no satisfecho con librarla, sale dispuesto a acompañarla en el martirio.

|p9 Conducido al suplicio, allí acude la doncella y entablan los dos noble contienda sobre cuál derramaría primero la sangre.

"Yo - decía él - he sido sentenciado a muerte por mi voluntad, para salvar tu vida, y muriendo la salvo." A lo que ella replica: "No ha de ser así, porque no acepté la libertad a costa de tu vida, sino para salvar mi castidad. Si ésta peligra, mantengamos la ficción; pero si lo que piden es la sangre, no quiero fiador de ella, antes deseo derramarla. Caiga y ejecútese en mí la sentencia dictada por los tribunales. Si como recae sobre la vida recayese sobre mi hacienda, por haberla pignorado yo en garantía de tus deudas, es claro que me tocaría pagarlas, aunque el juez las adjudicase a un usurero sin mi consentimiento. Y si me negase al pago, todos me condenarían. Pues ¿qué usura mayor que la de la vida? Quiero morir inocente, antes que culpable, y no habrá fuerza humana que de este propósito me aparte, porque dándome la razón a elegir entre ser reo de tu sangre o morir mártir por mi voluntad, debo tomar lo segundo. Si yo quiero pagar, ¿quién podrá impedírmelo? Y si me niego, ¿quién se atreverá a absolverme? Más que las leyes, me obliga la conciencia a morir, para no ser juntamente responsable de mi fuga y de tu muerte. El cuerpo que rechazó el ultraje deshonesto está pronto a recibir la muerte, y la virgen que no consentía en la violación, se ofrece de grado al tormento. No quise sufrir el oprobio, pero me abrazo con el martirio, porque al cambiar de vestido no cambié de profesión, y has de saber que si me estorbases la muerte, no te miraría en adelante como hermano, sino como enemigo. No tuerzas mi propósito, ni lo contradigas, movido de falsa compasión, que aquí sería crueldad que me arrebatara de las manos el fruto de tu favor, al punto de recogerlo."

"Si por complacerte variase mi propósito, huyendo de la muerte, me condenarían segunda vez a la prostitución, forzándome a escoger, como al principio, entre ella y el tormento. Los dos seremos dichosos muriendo yo primero, porque a ti no te pueden quitar más de una vida, pero a mí pueden quitarme la vida y la virginidad. ¿Y no preferirás que muera virgen antes que verme ultrajada de libertinos, por librarme del martirio? ¿qué te detiene?"

Así disputaban entrambos sobre la próxima batalla, y al fin vencieron los dos, alcanzando juntamente sus coronas, tras rudo combate, iniciado por la doncella y consumado por el soldado.

En los fastos del Paganismo pondérase con grande encomio la virtud de Damón y Pitias, dos filósofos pitagóricos que alcanzaron gran renombre en su escuela por el culto fervoroso que rendían a la amistad. De ellos se cuenta, que habiendo sido condenado a muerte uno, el otro se quedó en rehenes, para que su condiscípulo fuese libremente a despedirse de los amigos; y como cumpliera el plazo señalado por el juez, el fiador presentó su cuello al acero con serenidad imperturbable, dispuesto a entregar la vida por el amigo, como con efecto la entregara, si aquel no se presentase. Pero se presentó, salvando con su fidelidad la vida de ambos; porque admirado el juez, y conmovido por tan raro ejemplo de virtud, los perdona, y demás de perdonarlos se alista en la escuela de aquella filosofía, engendradora de semejante heroísmo: que indudablemente eran dignos de admiración los que por tan noble manera sacrificaban la vida en aras de la amistad, dejando al mundo un ejemplo memorable del poder maravilloso de la virtud. Lo refiere Cicerón y Valerio Max.

|p10 No sería justo rebajar el mérito de esta noble acción, pero con ser muy digna de loa, no llega a la virtud de nuestros mártires, porque estos pitagóricos eran varones esforzados y cultos, y nuestros héroes una débil doncellita, que con su flaqueza triunfa del sexo fuerte, y un soldado egoísta y rudo sin más filosofía que la del pillaje. Los pitagóricos eran amigos, y nuestros mártires jamás se habían visto, hasta que se encontraron en el lupanar. Aquéllos se entregan a un tirano, éstos, a muchos y más crueles, que no perdonan, como el de los pitagóricos perdonó. Aquéllos iban al patíbulo forzados por la ley, contra su voluntad; éstos van libremente y porque quieren, siendo por ello cien veces más admirable y digno de alabanza el sacrificio de sus vidas, inmoladas, no por amor de la amistad natural, sino por el sobrenatural de la corona del martirio. Aquéllos lucharon por amor al hombre, éstos, por amor a Dios.

Y porque se entienda mejor, será bien comparar nuestro culto al verdadero Dios, Rey y Seuor de todo lo creado, con el de los gentiles a sus dioses falsos, a quienes desprecian y escarnecen en las mismas ceremonias religiosas.

Cuenta Cicerón en su tratado De la Naturaleza de los Dioses, que habiendo entrado un gentil en cierta ocasión al templo de Júpiter, y visto la estatua de él cubierta con rico manto de oro, mandó que se lo cambiaran por otro de lana, diciendo al llevarse el precioso: "El oro es frío para el invierno y pesado para el verano"; que fue burlarse del ídolo, declarándolo incapaz de sufrir los cambios del tiempo. A Esculapio despojó asimismo de la barba de oro, por parecerle que no debía ser barbado el hijo, cuando su padre Apolo era imberbe. Y a los demás ídolos, que tenían copas preciosas, se las tomó igualmente, alegando que a él pertenecían, mejor que a los dioses, estos dones; porque como se los ofrecen los hombres a cambio de los favores que de la clemencia divina esperan, y el oro es el más rico don, es claro que con ninguno mejor pueden favorecernos; y, finalmente, porque si el oro es cosa mala, no deben tenerlo los

dioses, y si buena, más conviene que la posean los hombres, que saben usar bien de él.

Con igual traza fue despojando de sus riquezas a todos, de suerte que ni Júpiter pudo defender su capa, ni Esculapio sus barbas, y el mismo Apolo perdiera las suyas, si las tuviese, como perdieron sus áureas copas los que las tenían, sin poderlo evitar. ¿Ni cómo habían de resistirse, siendo como eran esculturas inanimadas, sin vida ni conocimiento?

|p11 ¿Quién, pues, les rendirá culto al ver que ni se defienden como dioses, ni aciertan a huir como hombres? En cambio, recordad el caso del inicuo Jeroboán, que tomado de la avaricia, quiso robar al templo las joyas consagradas por su padre a Dios, y ofrecer sacrificio a los ídolos sobre el altar santo. Se le secó la mano, y seca la tuviera por siempre, si no hubiese vuelto su oración al Dios verdadero en demanda de perdón, para recobrar por virtud de la religión el movimiento del miembro aterido, como en verdad lo recobró gracias a la misericordia divina que pasada la indignación, restituye la vida al miembro del penitente arrepentido, con la misma celeridad con que la había quitado al audaz del sacrílego.

Este es, ¡oh vírgenes santas!, el humilde presente que os ofrece quien por ser novicio en el sagrado ministerio (apenas cuento en él tres años), nada sabe de virtudes, sino lo que vosotras le enseñasteis, que no ha sido poco, en tan breve tiempo. Por donde es justo; declarar, en honra vuestra, que si alguna flor presento aquí digna de aprecio, es vuestra, y cogida por mí en el jardín de vuestra santa vida, que esta y no otra es la razón que me mueve a ofrecer, no mandatos, sino ejemplos hermosísimos, tomados de la virtud viva de vuestras almas, en las que como en espejo refulgente brilla la imagen de la virginidad. Y si el exiguo fruto de mi pobrísimo ingenio os agradase, daríame yo por muy contento y bien servido, aunque su dulzura más sea de vuestra cosecha que de la mía.

Pero creo que por ser tan varias las opiniones y gustos de los hombres, a todos puedo ofrecer estos libros, con esperanza de que todos aprovechen lo que de bueno haya en ellos, pues a lo que entiendo, su limpieza agradará a la mayoría de los lectores, su brevedad parecerá bien a los juiciosos, su modestia les abrirá las puertas de los corazones nobles, aficionándolos a su lectura, y como no van enteramente desnudos de amenidad, los admitirá sin fastidio la bulliciosa juventud.

Me propuse encender el amor en el corazón de la esposa, repitiendo a sus oídos aquellas palabras del Libro Santo, "Amarás al Señor tu Dios", y obsequiarle al mismo tiempo en sus bodas con estas floridas guirnaldas, que adornen su cabellera, puesto que leo en Ezequiel: "Aplaudan las manos y bailen los pies". Vengo a cubrir de rosas el tálamo espiritual, a estilo de los desposorios carnales, en que es costumbre regalar flores a la desposada, para suavizar de antemano el yugo con las dulzuras del amor, las cuales cautivan y disponen e inclinan su alma a venerar dócilmente la autoridad del marido, cuando se apaguen los fuegos de la pasión; pues como el hábil domador amansa al potro bravío, acariciándole el cuello y silbándole al oído, antes de

imponerle el yugo, así nosotros amansamos la voluntad rebelde, más con la amonestación cariñosa, que con el duro mandato, sometiéndola a la ley para que imite al fogoso corcel, que cuando ha entregado la cerviz al yugo y la boca al freno, obedece y anda a gusto del jinete, y uncido a la yunta, arrastra el carro sin protesta.

Por análoga manera conviene que nuestra virgen sienta al principio los halagos del amor piadoso, y vea en sus bodas espirituales con el Rey celestial el lecho de oro, asentado sobre preciosas columnas engalanadas de flores, y aspire las delicias del coro que canta alegremente en lo secreto de la cámara nupcial, para que lejos de temer la pesadumbre del yugo divino, se incline a él gustosamente cuando le llamen, diciéndole: |p12 "Ven desde el Líbano, ¡oh esposa!; ven aquí desde el Líbano; pasarás y repasarás". Por eso os repito muchas veces estas palabras del Espíritu Santo, cuyo divino reclamo ha de moveros a tomar los caminos del Señor, si es que por dicha vuestra conserváis el corazón libre de amor mundano: que no es invención mía esta doctrina, sino recibida del autor del poema celestial, donde se lee: "¡Béseme con besos de su boca, porque las dulzuras de su pecho son más suaves que el vino, y el olor de sus ungüentos vence en fragancia a todos los aromas ; ungüento agotado es tu nombre!

En este delicioso lugar, rebosante de alegría, henchido de regocijo, provocaos a su amor el Esposo de las almas, diciendo: "¡Por eso las tiernas doncellitas te aman con predilección y te atraen!" Corramos, pues, tras el olor de sus ungüentos. "¡Me entró el rey en el secreto de su tienda!"

Empieza en los besos y acaba en el Tabernáculo, para daros a entender, que aquella paciente y ruda labor e incansable ejercicio de virtud por penetrar en lo secreto de la tienda del rey, y por salir al campo detrás de él y acompañarle en sus castillos, comienza en el olor de sus ungüentos, viene después al Tabernáculo y acaba mudando el ungüento en castillo, del cual sale al fin esta exclamación: "¡Si hay muro, edifiquemos sobre él torres de plata!"

La que se recreaba con los besos, ya levanta torres, que son las altas cumbres de la santidad, desde las cuales rechaza victoriosa los ataques del enemigo, asegurando allí, como en castillo invencible, las santas obras de la virtud.

FIN DEL CAPITULO SEGUNDO

|C3

|p1 En este tercer libro responderé a las consultas que me sueles dirigir sobre las enseñanzas de Liberio, aquel varón insigne venerado de cuantos le conocieron por su rara santidad, en la que mojaré la pluma para comunicar a mi discurso, de suyo seco y descaecido, la unción piadosa que de otra suerte no tendría.

¿Te acuerdas, ¡oh santa hermana!, del día en que cambiando las vestiduras mundanas por el hábito religioso, profesaste virginidad ante el altar de San Pedro?

Celebrábamos el natalicio del Salvador, fiesta adecuada a nuestro propósito, porque en ella se conmemora la fecundidad de la Virgen. Y cuando apareciste en medio de otras muchas doncellas, deseosas de seguir tu ejemplo, aquel santo varón te saludó diciendo: "Has hecho, hija mía, buenas bodas. ¿Ves cómo de esta copiosa muchedumbre, que viene a celebrar el nacimiento del Esposo, ninguno vuelve sin recompensa? Este esposo que invitado a las bodas de Caná, convirtió el agua en vino por mostrarse agradecido a su huésped, te dará el espíritu de la virginidad, a cambio de los placeres de la carne que despreciaste por seguirle".

|p2 El que alimentó con cinco panes y dos peces a cuatro mil personas en el desierto, y alimentara con la misma facilidad a muchos más, si muchos más hubiera, invita hoy a tus bodas a los fieles, para alimentarlos, no con pan de cebada, sino con su divino cuerpo, bajado del Cielo; pues aunque nació de virgen en el tiempo, y como hombre según la carne, es sin embargo eterna su generación, porque lo engendró el Padre antes que las cosas fueran hechas; y así, habiendo recibido de su madre la vida corporal, en la cual depende de ella, permanece, no obstante, unido al Padre por la virtud divina.

Es unigénito en la tierra y unigénito en el Cielo. Dios de Dios, pero nacido de virgen. Es la justicia del Padre, la virtud del Omnipotente, la luz de la luz. No es diverso de quien lo engendra, y tiene igual poder que él. No se confunde con el Padre ni forma con él un ser compuesto. Y porque es distinto del Padre en la generación, es también hermano tuyo este que rige con su cetro al Universo y señorea con igual autoridad al Cielo, a la tierra y a los mares.

Diciendo que el Verbo del Padre es el bien existente desde el principio, significa su eternidad. Diciendo que desde el principio estaba ante el Padre, significa que le iguala en poder inseparablemente. Añadiendo que Dios era el Verbo, significa la divinidad ingénita del mismo. Este es el compendio, en que has de leer, el manantial purísimo, noviciado, donde has de beber la fe. Amale pues, hija mía, porque es bueno por excelencia, como atestigua la Santa Escritura cuando dice que "solamente Dios es bueno". Y puesto que el Hijo es Dios, y Dios es bueno, síguese que Dios sea buen hijo y digno de nuestro amor. El fue engendrado por el Padre en la eternidad antes que tuviera ser el lucero de la mañana. Del vientre lo engendró como hijo, y del corazón lo produjo como Verbo.

En mirarlo se recrea, y es brazo que le sirvió para hacer todas las cosas. Es la sabiduría del Padre, porque de su boca procede; la virtud del Padre, porque en él habita corporalmente la plenitud de la divinidad, y lo ama el Padre de suerte, que lo lleva en su seno, lo sienta a su diestra, lo llama sabiduría y le reconoce virtud divina. Y siendo Cristo la virtud de Dios, ¿cómo podría tenerla sin ser Dios? ¿Ni cómo podría haber Padre sin Hijo coeterno? No lo hubo, sino que los dos han de existir siempre con igual eternidad, para que el Hijo sea verdadero y perfecto Hijo, y el Padre, verdadero y perfecto Padre suyo, como quiera que donde falta virtud no puede haber sujeto virtuoso, y en la divinidad perfecta no es posible la desigualdad. Por tanto, has de amar al amado del Padre, y honrar a quien el Padre honra, porque quien

no honra al Hijo, tampoco honra al Padre, y quien niega al Hijo, por el mismo hecho niega también al Padre.

Esto enseña la fe; pero como tal vez acontece que siendo ella segura no lo sea la. juventud, te recuerdo el consejo de San Pablo a Timoteo, que le manda usar un poco de vino, para conservar la salud, mas no tanto que despierte en el corazón la lujuria, a que fácilmente conducen este licor y los pocos años. Por donde conviene a la mocedad refrenar con ayunos y templanza las indómitas pasiones de la carne, dirigiéndolas con la razón, alentándolas con la esperanza y conteniéndolas con el temor, porque quien no sabe dominar sus concupiscencias es como caballo desbocado, que en su violenta carrera, atropella cuanto encuentra, y él mismo, en su desenfreno, se maltrata y hiere.

|p3 Esto quiso significar aquella mentirosa fábula de la Mitología sobre los amores de Diana, de los que cuenta el poeta gentil, que habiendo otorgado la diosa su favor a un joven, despreciando a Neptuno, éste enfurecido por el desaire, descargó la ira sobre los propios caballos, comunicándoles el furor que sentía en su pecho, para vencer así por el engaño y la astucia al rival que no había podido derrotar con la fuerza, y por eso se estableció un sacrificio anual en honor de Diana que consistía en inmolarle un caballo. Pero ¿qué virgen es ésta, pregunto yo, que entrega su amor a quien no le ama, cosa reprobada aun de las viles meretrices?

Mas dando a estas mentiras la fe que les conceden sus autores, los cuales, sin embargo, reprueban el delito de Neptuno y el de su rival, todavía me parecería menos culpable el joven, que abrasado por el amor de la adúltera es víctima de su propia pasión, que aquellos dioses (así los llaman ellos), que fraguan adulterios, como el que cuentan de Júpiter, que para calmar el dolor de su hija, violada en las selvas, le busca otro amante, no menos adúltero que el primero, y le manda que armada de cazadora salga por los bosques desnuda a caza de fieras, que era salir a caza de lujurias.

Digan en buen hora, por justificar el amor incestuoso de Neptuno, que él era señor de los mares. Digan en defensa de la adúltera Diana, que ella era la reina de las selvas. Alaben a Esculapio porque transformó a un muerto, mientras él no pudo librarse del rayo. Den finalmente a Júpiter el imperio de los elementos, para disculpar los crímenes que cometía. Todo ello es ridículo engaño, indigno de nuestra atención, el cual dejamos a sus poetas para volver nosotros a nuestro propósito. Y prosiguiendo en mi tema, te aconsejo usar sobriamente de los manjares, excitadores de la sensualidad, como hace el águila, que abandona la presa cogida, si le estorba para remontar el vuelo. Así aspirad vosotras a la virtud de aquella ave interior de quien dice el Real Profeta, que será renovada su juventud a modo de águila, porque puesta su mirada en lo alto, vuela con vuelo virginal en la región del espíritu, libre de pasiones carnales y de toda vanidad. Huid de reuniones deshonestas, de lisonjas mundanas y de visitas frecuentes, que si no son de los padres o de otras jóvenes, bajo la máscara de cortesía traen casi siempre oculto peligro, en las bromas atrevidas que a menudo se introducen con harto daño de la modestia y el pudor; pues si la joven no alterna en la conversación, parecerá niña torpe, y si alterna con charla vana y

descompuesta, difícilmente se contendrá en términos de prudencia. Por donde más quiero que las vírgenes pequen de silenciosas, que no de habladoras, conforme a lo que claramente enseña el Apóstol, negando la palabra a las mujeres en la iglesia, y mandándoles que aun en el seno del hogar oigan a sus maridos. Y si esto dice a las casadas, ¿cuánto más no recomendará la guarda de la lengua a las vírgenes, en quienes el pudor ha de ser ornamento precioso de la edad, y el silencio, predicador del pudor? ¿No os parece elocuentísimo el ejemplo de Rebeca, que cuando la llevaban a casar, al ver a su prometido, se cubre el hermoso rostro, y lo conserva cubierto hasta que se celebra el matrimonio?. Lo hizo así la recatada virgen, no por temor a ser injuriada de sus acompañantes, sino por mostrarse más pudorosa. ¿Y qué diré de Raquel, que al besarla, la primera vez su esposo, prorrumpe en amargo llanto y dolorosos gemidos, sin cesar en ellos hasta que le aseguraron que aquél era su pariente y prometido? Volvió por los fueros de la vergüenza sin menoscabo de la piedad. Si al varón dice la Escritura Santa: No mires el rostro de la virgen, para que no sufras escándalo, ¿qué no dirá a la virgen consagrada a Dios, la cual, si ama al hombre, peca en el pensamiento, y si se deja amar, peca en el hecho? Gran virtud es la de callar, mayormente en la iglesia. Si cierras tus oídos y pones candado a tus labios, reposará en ti el espíritu de la lección divina. No palabra de que tengas que arrepentirte, si no guarda escrupulosamente la lengua, porque en el mucho hablar no faltará pecado. Al homicida se dice: ya que pecaste, recógete, para que no caigas en nueva culpa; pero a la virgen recomienda la Santa Escritura este consejo: Descansa, para no pecar.

|p4 Como de María cuenta la misma Escritura que conservaba en su corazón todo lo que decían de su hijo, así tú cuando oigas leer algo de Cristo, ya sean las profecías que le anunciaron, ya la historia de su venida y hechos milagrosos, aplica el entendimiento a esta enseñanza sin interrumpirla con extraños discursos; porque está muy bien al alma devota escuchar humildemente la voz del oráculo divino, canal por donde viene el conocimiento de la fe y de la revelación del mismo, al revés de los indevotos, que a menudo turban los sacrificios y la oración del pueblo con ruidos y conversaciones impropias del lugar santo, desacreditando la devoción cristiana ante los mismos gentiles, amigos de practicar sus falsos cultos con recogimiento silencioso.

A propósito de lo cual cuenta Valerio Máximo que llegándose a sacrificar en cierta ocasión Alejandro Magno, rey de Macedonia, cayó fuego en el brazo de un tierno niño llamado Bárbaro, que se lo ofrecía, y éste permaneció inmóvil sin quejarse de la quemadura, sin exhalar un gemido, ni derramar una lágrima, porque era tanto y tan grande su respeto a la presencia del rey, que pudo más que la naturaleza. Pues si esto hizo por miedo al rey, ¿qué no temería a los dioses que veneraba, aunque ellos, siendo de palo, no habrían resistido al fuego? ¿Y qué diré de aquel otro muchacho presentado por Terencio en su Comedia, el cual, forzado a presenciar los obscenos convites de su padre con las meretrices, sufre en silencio tamaño agravio?

Donde debes aprender, ¡oh virgen!, a respetar mejor que los gentiles el ministerio divino sin interrumpirlo con quejidos, toses, palabras, risas y otras cosas poco

honestas. ¿Serás tú menos devota en las funciones sagradas que aquel joven en un convite profano y pecaminoso?

Manifiéstese la virginidad ante todo en las palabras; cierre el pudor los labios de la virgen; déle valor su religión, y el hábito engendre en ella una segunda naturaleza, de tal suerte que la gravedad de su continente, el pudor de su rostro, la sobriedad majestuosa de sus movimientos, la modestia de sus ojos sean pregoneros de las virtudes del alma, y despertadores de la veneración en quien las mire, porque no es recomendable la virgen, que otros sentimientos en los corazones.

|p5 A propósito de lo cual viene el recuerdo de un suceso admirable, que he leído, y me parece bien referir aquí para común edificación. Cuentan que hallándose congregados los fieles de un pueblo en su templo para orar, les molestaban las ranas de un estanque vecino con sus desagradables cantos, y advertido de ello el sacerdote, mandó callar a los importunos animalitos, que obedecieron al punto como si entendieran el discurso y alcanzaran la reverencia debida a la oración, que el pueblo elevaba al Señor. Así dieron muestra de respeto a los oficios divinos. Y lo que por instinto saben hacer las bestias, ¿no lo sabrá hacer el hombre por razón? ¿Seremos tan inmodestos y tan torpes, que rehusemos a la religión de las almas, lo que otorgamos al placer de los oídos?

A ti, en cambio, dice el santo Liberio: estas cosas, que a muchos parecen dignas de superior alabanza, son menos de lo que tú haces, porque no sólo ajustas la vida a la pauta de la virtud, sino que vences a la enseñanza con el ejemplo, añadiendo los ayunos voluntarios de la noche a los mandados en el día, sin tomar alimento en largas horas; y si te piden que interrumpas breve tiempo las lecturas, para tomarlo, respondes que no de solo pan vive el hombre, sino de la palabra de Dios.

Los convites frecuentes y la abundancia de manjares fastidian a las veces el paladar y son consejeros de la templanza, despertando el deseo de ayunar, como el agua cristalina de la fuente despierta la sed de beberla, como se apetece el llanto en la oración, el sueño sobre el libro, cosa no rara en la inexperta juventud antes de alcanzar la edad madura. Pero luego que la virgen ha señoreado los ímpetus de la carne, debe moderar el trabajo y regir serenamente sus potencias a tenor de los arios. No crecería vigorosa la vid, ni madrugaría a vestirse de ricos sarmientos cargados de frutos, si el podador no la castigase a tiempo y en sazón, porque la poda ataja el desarrollo vicioso, cortando los pámpanos inútiles, que consumen la savia en hojas y flores, con merma del racimo y daño de la vid misma, a quien agotan y arruinan a la postre si se les deja en libertad.

Como el buen labrador para defender su plantel de los tríos del crudo invierno, que lo hielan, y de los ardientes calores del verano, que lo sofocan, busca el sol del mediodía, que es al mismo tiempo suave y fecundante; y para que el suelo rinda más, varía los cultivos alternando diversas semillas, que no lo esquilman, ni lo cansan, ni lo dejan nunca ocioso, así tú, que eres ya virgen aguerrida en las luchas del espíritu, cultivas tu corazón variadamente, unas veces castigando la carne con escaso

alimento, otras con ayunos, otras dándote a lecciones piadosas, obras de manos o plegarias, para hallar descanso en la variedad del trabajo, pues no rinden igual fruto todos los campos, sino que en éste prospera la vid, en aquél la oliva, y en el otro luce la fragante rosa.

Y como los dedos del hortelano hacen tal vez el oficio del arado, para abrir el hoyo en que acomodar la raíz de tierna florecilla, y las manos callosas que rigen la yunta ordeñan a tiempos suavemente las hinchadas ubres de las mansas ovejas, porque el mejor campo es aquel que rinde más frutos, así tú, imitando su ejemplo, no surques siempre la tierra de tu espíritu con el arado del incesante ayuno, que sería mortificarla en demasía.

|p6 Florezcan en tu huerto la rosa del pudor, el lirio del alma; riegue tus violetas la fuente de la divina sangre, y sin olvidar el adagio que aconseja abstenernos alguna vez de lo que habitualmente hacemos, aumenta, si te place, alguna mortificación en la Cuaresma, mas no por parecer virtuosa, sino por amor a la piedad y a la religión, cuya observancia se traduce en la plegaria incesante aconsejada por Dios.

Si el Real Profeta, podía sin desatender el gobierno de su vasto reino, cantar las alabanzas divinas siete veces al día, ¿qué no deberemos hacer nosotros, a quienes exhorta el Evangelio a vigilar y orar para vencer la tentación?

Oremos solemnemente con acción de gracias al despuntar el nuevo día, al salir de casa, antes de comer y después de haber comido, a la hora de ofrecer incienso, y entregarnos al descanso. Y aun en la misma cama quiero que alternes los salmos con la oración dominical, ya antes que el sueño te domine, ya cuando despiertes, para que el sueño te coja libre de pensamientos mundanos y ocupada en los divinos.

De Pitágoras, inventor del nombre de la Filosofía, dicen, que para dormirse mandaba que le cantasen con la Asuta alguna canción suave, que le endulzara el corazón fatigado por el trabajo del día y los cuidados y negocios temporales. Pero si esto pudo quizá satisfacer las ansias de un alma pagana, no satisface las de la nuestra, porque la traza con que el filósofo pretendía calmar las inquietudes puestas en su alma por los negocios del mundo, es semejante a la de quien quisiera lavar un ladrillo, sin caer en la cuenta de que cuanto más lo lavase, más lo ensuciaría. Por donde buscando remedio en el placer, se enfangaba más y más con el lodo de la carne.

No hemos de hacer así nosotros, sino que limpia nuestra alma de la escoria de los vicios, y de toda mancha carnal, y armada del escudo de la fe, ha de elevar la mirada hacia Dios, madrugando en la oración, de suerte que antes que amanezca el día en el firmamento, luzca el sol de la gracia en nuestro pecho y salga de nuestros labios la confesión del Símbolo, como signo de defensa y amparo contra los peligros que rodean la vida, ¿qué soldado va a la guerra sin llevar su santo y seña?

No hay duda sino que rezan con las vírgenes aquellas palabras del Salmo 6 que dicen: "Lavaré mi lecho todas las noches con lágrimas y regaré con ellas mi celda", porque si tomada a la letra esta profecía, significa que David derramaba lágrimas en tanta

abundancia, que después de empapar el lecho corrían hasta el suelo, tomada en sentido alegórico quiere decir, que el alma ha de lavar sus pecados con lágrimas de penitencia, pues el llanto de los ojos en esta vida es mérito para la futura, como enseñó el mismo Cristo, diciendo a los que lloran: "Vendrá día en que vuestro llanto se trueque en risa".

El lecho que Salomón se mandó construir de rico Líbano con columnas de plata y cabecera de oro, esmaltado de brillante pedrería, representa a nuestro cuerpo, porque las piedras preciosas simbolizan al aire transparente, el oro al fuego, la plata al agua, la madera a la tierra, que son los cuatro elementos de la materia, y nuestro cuerpo es como lecho donde se acuesta el alma; la cual, si es cierto que mientras vive en la carne, sufre las asperezas del monte y las arideces de suelo seco, también es verdad que en este simbólico lecho que ofrece a Dios, puede reposar sin mancharse con la suciedad del vicio. Por eso dice David:

|p7 "Déle el Señor apoyo sobre el lecho de su dolor".

¿Y sería lecho de dolor si el espíritu no lo sintiera? Porque estamos sujetos a él como a la muerte, se lamentaba el Apóstol exclamando: "¡Infeliz de mí! ¿quién me librara de este cuerpo de muerte?"

Pero ya que aludí al del Señor, quiero prevenir los reparos de alguno que se escandalice al leer que el Hijo de Dios tomó cuerpo pasible, sintiendo con él no pocas veces los efectos del dolor; Porque lo sufre ante el sepulcro de Lázaro, afligiéndose y llorando; lo sufre en su pasión, recibiendo heridas incontables, de las que manó sangre y agua; y por último lo sufre exhalando su espíritu entre cruelísimos tormentos. Mas aquella agua sirvió, para lavar la sangre para apagar la sed, y la muerte para resucitar después, siendo Cristo para nosotros: esperanza que descansa en su resurrección, fe que se apoya en su bautismo y caridad que arde en el Sacramento del Amor. Se vistió de cuerpo pasible, para que su lecho fuese también mar de dolores, que redundaran en beneficio del hombre, curaran sus dolencias con el bálsamo la pasión divina, y fuese vencida su muerte por la gloriosa resurrección del Hijo de Dios. Por donde lejos de afligirnos las tristezas del mundo, han de alegrarnos en el Señor, de suerte, que andando tristes en la penitencia, vivamos regocijados en lo demás, y prontos a acudir al llamamiento de la gracia, conforme al saludable consejo del Apóstol, que nos invita a llorar con los que lloran y a reír con los que ríen.

Si de veras buscáis este saludable bálsamo restañador de las heridas del dolor, poned oídos al sermón del mismo Apóstol, que os dice: "Todo cuanto hagáis de palabra o de obra, hacedlo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, rindiendo gracias a Dios por mediación de él. Nuestras palabras y nuestras obras encaminemos a Cristo, que de la muerte sacó la vida y de las tinieblas la luz".

Porque así como aplicamos calor o frío al enfermo según la orden del médico, para curarle, buscando la salud en diversas medicinas, sin apartarnos un punto de su mandato, antes obedeciéndole ciegamente, como quien espera de sus manos la vida,

así hemos de entender de nuestro médico, que es Cristo, que lo que El manda es vida, y en desobedecerlo está nuestra mayor enfermedad. Mas vuestra alegría ha de ser prudente y no mezclada con pecaminosos convites ni con músicas de bodas, ni con danzas mundanas, ni placeres licenciosos en cuya compañía no está seguro el pudor. Por eso no quiero ver a las vírgenes del Señor en tales fiestas, que el mismo Orador romano, aun siendo gentil, condena cuando afirma no ser cosa fácil despojar de pecado a los bailes frecuentes.

Y si a los ojos de la humana sabiduría no falta la embriaguez o la locura en los bailes, ¿qué diremos de los ejemplos que traen las Santas Escrituras?

El Bautista Juan, precursor de Cristo, fue degollado para satisfacer el capricho de una bailarina, en cuyo nefando crimen parece más cruel la danza licenciosa, que la demencia del furor sacrílego, cebado diabólicamente en la inocencia de aquel varón esclarecido.

|p8 Es digno este ejemplo de ser grabado en nuestra memoria, y para que se entienda mejor, diré quién fue el Bautista, quiénes los que le mataron y la causa, y modo y ocasión de su inicua muerte. Era hombre justo, y por serlo le condenaron a pena capital sus enemigos los adúlteros, a petición de una infame que con ellos merecía más que nadie la muerte impuesta al inocente profeta, y ejecutada con inaudita crueldad, que los mismos bárbaros repugnarían; porque con desvergüenza inhumana en medio del banquete, a la vista de los mismos convidados publican el crimen horrendo, ofreciendo como plato escogido, para señalar el convite aquel triste trofeo, que desde la cárcel al festín y desde el festín a la cárcel es paseado con honores de victoria. ¡Abominable sacrificio! ¡Cuántos crímenes encierras en un solo delito!

En el momento más solemne de la fiesta y cuando mas numeroso era el concurso, sale a bailar la hija de la reina, aleccionada secretamente por su madre. ¡Qué lección le leería aquella escandalosa adúltera, maestra consumada en las artes infames de las malas mujeres para despertar la lujuria de los hombres! Harto sabía que entre las tales artes, ninguna la enciende tanto como la danza deshonesta, que con movimientos lascivos pone a la vista aquellas partes del cuerpo que la misma naturaleza esconde por decoro; y que las bailarinas excitan así la imaginación, mostrando a los ojos las sonrosadas carnes, lanzando por doquier miradas amorosas, y jugando voluptuosamente la cabeza, con la cabellera suelta al viento, que es hacer grande injuria a la Divinidad, demás de pisotear la vergüenza natural que no puede salir bien parada de los festines en que reina el desenfreno. Así aconteció en aquel nefando banquete en que Herodes, seducido por la desenvoltura de su hija, la ofrece con juramento darle cuanto le pida, aunque sea la mitad del reino en premio de lo bien que había bailado. ¡Despreciable rey y merecedor de eterna execración! ¿Y así arrojas tu corona a los pies de una infame bailarina, que la desdeña, pidiéndote encima la cabeza del Bautista, tu antiguo y leal confidente?

Entristecióse el rey, no sólo por el crimen de la petición, sino también porque al cumplir lo jurado confesaba su propia iniquidad, empezando a sentir el castigo de su

culpa, decretado por la Escritura Santa, cuando dice: "los que hacen impiedades condénanse a sí mismos con su propia confesión". Pero por no disgustar a los convidados, accede a los deseos de la hija, y accediendo sanciona un execrable homicidio, tanto más cruel cuanto más injusto, porque lo agravó con la hipócrita pretensión de escudarlo en el juramento, como si tal juramento obligase. ¡Nueva especie de religión inventada por el criminal! Menor fuera, inicuo rey, tu pecado si perjurases aquí. Porque condenando el Evangelio al perjuro y al que jura cosa mala, mereces implacable castigo, que por muy duro que fuese, nunca igualaría a la magnitud de tu culpa al degollar al inocente so pretexto de cumplir un juramento inicuo.

Tan odioso es el perjurio como el juramento injusto; pero con ser los dos a cual peor, comete mayor pecado quien cumple la iniquidad jurada, que quien simplemente perjura.

Al ver al emisario dirigirse hacia la cárcel por orden del rey, ¿quién dudaría que llevase la de la libertad del profeta? ¿quién no creyera que en la fiesta del natalicio de Herodes pediría su hija el indulto del Bautista, para celebrar el fausto suceso?

|p9 No fue así, sino el furor de la venganza, que no se satisfacía con menos que con la muerte del justo, la pide inhumanamente, y mezclando por tan extraña manera la crueldad con el regocijo, alcanza en el mismo banquete la sentencia fatal, y al punto traen al convite la cabeza de la víctima, ofreciendo el cruento presente en lujosa bandeja, a la infame bailarina, para saciar el rencor vengativo que anidaba en su pecho. ¡Contempla, rey ferocísimo, este horrendo espectáculo, digno de tu convite! Y para que nada falte a tu crueldad, alarga tu inicua mano y empapa tus dedos en la sangre inocente que mana de esa cabeza sagrada. Y puesto que los manjares del banquete no bastan a saciar tu hambre, ni los licores a apagar la sed de tu inaudita fiereza, bebe ese rojo licor que, hilo a hilo, desciende de las venas segadas por tu mandato. Los ojos de esa cabeza muerta son pregoneros de la enormidad de y tu crimen, pero están cerrados más por no ver tus lujurias, que por faltarles la vida. Exangüe está aquella áurea boca, condenadora inflexible de tu nefando adulterio en términos que no podías sufrir. Muerta y callada, te asusta su silencio y te hace temblar como criminal descubierto. Sus mudas palpitaciones, últimas señales de su aliento que se extingue, pronuncian la sentencia final de tu escandaloso incesto.

Llevan por orden del rey la cabeza a la impúdica Herodías, que implacable y vengativa se recrea contemplándola con infernal sonrisa. ¡Como si la sangre que chorreaba de aquel trofeo de iniquidad pudiera lavar los crímenes pasados! ¡Como si la muerte del juez fuera absolución de la adúltera!

¿Y qué pensáis de esto vosotras, oh madres cristianas? ¿Entendéis en esta lección lo que os toca enseñar a vuestras hijas? La adúltera enseña a su hija, bailar, pero la madre pudorosa y casta enseña las suyas a ser religiosas. Y no menos han de aprender a aquí los varones a ser graves y prudentes, huyendo de la amistad de los viciosos, cuyos festines son tan detestables como ellos.

Tornando ahora al sentido de mi discurso, puedes colegir de él, ¡oh piadosa hermana mía!, ser mucha la torpeza de los que por miedo a sus perseguidores se quitan la vida, precipitándose desde lo alto, o arrojándose a un río, contra la voluntad de Dios, que en la Escritura Santa condena el suicidio; porque hay otras armas mejores para defender la virginidad contra los enemigos que la asaltan en su camino.

El ejemplo elocuentísimo de Santa Pelagia, que por salvarla se entrega al martirio, os lo dice claramente. Era niña de quince años y habitaba en Antioquía con sus hermanas, vírgenes también, ajena a las cosas del mundo, cuando de pronto aparece el decreto imperial de una nueva persecución contra los cristianos, y antes que pudiera huir de su casa, donde se encontraba sola, la cercan los emisarios del Emperador resueltos a atropellar juntamente la fe y la honestidad de la tierna doncella, a quien suponían indefensa. Pero erraron aquí los planes de la iniquidad, porque la débil jovencita que nada esperaba del favor humano, vuelve animosa los ojos a Dios y entrando en cuentas consigo se dice: "¿qué haré sino defender a brazo partido mi virginidad cautiva?

De una parte está mi voto de guardarla, y de otra el temor de la muerte, que yo no busco, pero tampoco rechazo. ¿Qué haré, pues Morir, si es necesario. Y si me dijesen que no lo es, respondería que quiero entregar la vida, porque no ofendo a Dios con ello. Pero aunque hubiera ofensa, mi fe la borraría con la determinación de mi voluntad, a quien no es posible hacer violencia, ni hay fuerza capaz de torcer sus resoluciones, como ella no quiera. No me detiene la barrera de la muerte, porque no conozco mayor tormento, que querer morir y no poder. ¿quién dirá quiero morir y no puedo, habiendo tantos caminos abiertos a la muerte? Yo misma derribaré los altares sacrílegos, con mi sangre apagaré el fuego de las hogueras, sin temor de que mi mano vacilante o temblorosa yerre el golpe, o mi pecho, vencido por el dolor, desfallezca. Negaré a la carne toda ocasión de pecar, pero no me opondré a que la espada haga su oficio, si ella viene sin buscarla, aunque harto sé que podemos morir al filo de nuestras propias armas, ahorrando a los verdugos el trabajo de matarnos.

|p10 Y diciendo esto, adórnase con su mejor vestido y ricas joyas, de suerte que más parece esposa que va a las bodas, que no mártir dispuesta al sacrificio y, con este ardid escapa de las garras de sus perseguidores. Pero el noble arrojo con que logra su libertad, pone en grave riesgo la de su madre y hermanas, porque al encontrarse burlados los verdugos en el primer ataque, dirigen la persecución contra éstas, que temiendo ya ser descubiertas en el secreto retiro donde habían refugiado su castidad, emprenden nueva huida para no caer en manos de sus feroces enemigos.

Volaban presurosas, poniendo alas a sus pies la esperanza de salvación; pero cuando creían haberla asegurado lejos de los perseguidores, que las seguían con no menos ligereza, atizada por el afán de alcanzarlas, córtales el paso un enemigo mayor, un caudaloso río, como si quisiera anticiparles la ocasión de morir en su caudalosa corriente. Páranse ellas ante el nuevo peligro que les sorprende, y a la vista de las ondas que se atropellan en el inquieto seno del río, entran las mártires serenamente en juicio consigo mismas y se preguntan: "¿qué tememos? La ocasión no puede ser más

propicia. Puesto que aquí hay agua, ¿quién nos impide bautizarnos? Este es el bautismo que perdona los pecados y franquea los umbrales de la Patria Celestial; el bautismo que da salud y fuerzas para resistir al pecado. Arrojémonos al agua regeneradora, al agua que engendra vírgenes, al agua que allana la entrada de la Gloria, cierra la del Infierno, ahoga a la misma muerte y, torna mártires a las almas. A ti, ¡oh Dios Creador de todas las cosas!, acudimos. Vuelve tus ojos a nosotras, y no permitas que si la muerte nos alcanza aquí, se separen después de ella los cuerpos de tus siervas, estrechamente unidas en vida por un mismo espíritu.

Un solo funeral despida de esta vida a las que vivieron ella juntas en un solo amor. Permanezcan inseparables en igual constancia, sufran una misma muerte y recíbalas una misma sepultura". Y en diciendo esto, suspenden su oración, ciñen al honesto seno los vestidos, para caminar libremente sin menoscabo del pudor, y cogidas de las manos como formando coro, entran en el río, dirigiéndose hacia donde más profundo era el cauce y mayor el ímpetu de la corriente. Ninguna vuelve pie atrás, ninguna se para, ninguna vacila, sino que ansiosas de ganar la opuesta orilla, tientan sin miedo el vado y alegres van hacia ella, atadas por el nudo de las manos que la piadosa madre aprieta más y más, para salvar la amada prenda que en aquel coro llevaba, dándole para ello fuerzas, la alegría de llevarla y el temor de perderla. Y estrechado así el cerco, y sujetas sus hijas, segura ya de su triunfo vuélvese a Cristo diciendo: "Heme aquí que te inmolo estas hostias, príncipes de la virginidad, capitanes de la castidad, soldados del sufrimiento!"Y sin más, todas se entregan a la muerte, orgullosas de padecerla por El.

|p11 ¡Sublime espectáculo el de estas almas que, unidas en la pelea, sucumben inseparables en la muerte! Pero no es menos bello el de sus cuerpos, que obedientes al mandato del espíritu, siguen juntos después de muertos, y tan estrechamente, que no hubo fuerza capaz de desunirlos; porque el ímpetu de las olas no pudo deshacer el coro, ni descomponer siquiera los vestidos, ni mover de aquel lugar los sagrados cadáveres, que conserva abrazados estrechamente la madre, como si después de muerta quisiera arrullar a las hijas en su amoroso regazo, comunicándoles aquel espíritu de religión en que las criara para el Esposo Divino. Perdido el sentido, las estrecha todavía con el abrazo de caridad, que es el vínculo de la religión, más poderoso que la muerte; el cual como las uniera en vida, mantiénelas unidas en el suplicio, y unidas las inmola en aras de la fe, dando la insigne madre a sus gloriosas hijas la mejor prueba de amor inquebrantable, que sellan las mismas olas, al abrir su seno para encerrar en sepultura común a los cuerpos de aquellas almas sacrificadas en un mismo martirio.

Pero ¿a qué te traigo ejemplos de extraños, ¡oh hermana!, cuando los tienes en tus padres, que te legaron en uno el amor de la castidad y el del martirio? ¿dónde aprendiste lo que de esto sabes? Si ellos no te lo enseñaran, jamás habría llegado a tu noticia, viviendo sola en el campo, sin virgen compañera, ni maestro que te aleccionara en esta altísima ciencia de la santidad, la cual no aprendiste como discípula, pues no hay discípulo sin maestro, sino que recibiste por herencia que no podía negarte la que te había dado el ser; la que en los días de la persecución había

sufrido durísimo tormento de injurias en que ni su rostro fue respetado, pues apartándose los verdugos de la práctica común, le abofetearon, sufriéndolo ella con tal valor, que más parecía testigo que víctima, y resistiendo con tanta fortaleza, que antes se cansó el verdugo de herirla en sus tiernas mejillas, que ella de sufrir los golpes. No hurta el rostro, ni hace gestos de dolor, ni exhala un gemido, ni derrama una lágrima, sino que firme en la pelea, triunfa del tormento, y por último entrega la vida al filo de la espada, fin glorioso por el cual había suspirado tantos años. Este caudal de virtudes te dejó en herencia, y de ella has aprendido.

Fue celebérrimo en la antigüedad el juicio de Salomón en el pleito que le presentaron dos mujeres sobre un niño de quien ambas decían ser madre. La una había ahogado inopinadamente a su hijo durante el sueño y pretendía que le dieran el de su vecina, afirmando que era suyo, contra la resistencia de la verdadera madre, que se negaba a entregarlo. Perplejo el juez entre las afirmaciones de las dos mujeres, y sin medios de conocer cuál de ellas fuese la madre verdadera, porque no podía leer las intenciones en el fondo de sus almas, ocurriósele para descubrir la verdad el ingenioso ardid de mandar que dividieran el niño en dos partes, y entregaran una a cada litigante.

|p12 La falsa madre confórmase al punto con el fallo, sin dolerle de la muerte del niño, porque no pleiteaba por amor materno; pero la verdadera, al ver en peligro la vida del hijo de sus entrañas, sobrepónese a sí misma, rechaza la sentencia, y prefiriendo ser vencida en la demanda, antes que consentir en la muerte de su hijo, cuya vida anteponía a la satisfacción de la propia vanidad, exclama vivamente: "No dividan al niño, sino entréguenle vivo y entero a mi enemiga, que más quiero verlo vivo" en manos de lo cual por Salomón, bastóle, sin acudir a la revelación divina, para fallar que entregasen el niño a la que con la expresión de su dolor probaba harto claramente ser la verdadera madre, frente a la otra, que consintiendo en la muerte del niño sin asomos de misericordia, declaraba ser tan extraña al infante como a los sentimientos de maternal piedad.

Con tan sabia traza se descubrió la verdad, pero después de vacilar el juicio ante el engaño de la parte inicua, y haber padecido la verdadera madre angustiosa duda sobre la suerte del hijo, temiendo que le fuese contraria la sentencia.

Estos sucesos acaecidos en lo antiguo, como figura de lo que había de venir más tarde, se han escrito, dice San Pablo, para nuestra corrección y enseñanza, y son argumento claro de que ningún acontecimiento del mundo ha de quedar en secreto, sino que llegará día en que todos se publiquen a la faz del universo, para que todas las criaturas los conozcan y entiendan, aunque ahora parezcan misteriosos e inescrutables a nuestra mirada. Y puesto que de mujeres trato, será bien decir que estas dos que la Historia Santa presenta litigando en el tribunal de Salomón son, a mi juicio, figuras de la fe y de la tentación.

La que tuerce el juicio hacia el error desde el principio, pretendiendo que le den vivo el hijo ajeno a cambio del propio, a quien ella había ahogado con el vicio de sus tratos carnales y su indiscreto sueño, representa claramente a la tentación, que mueve

el pleito. La otra que sufre el riesgo de perder al hijo, representa a la fe, que dudosa por un momento, vacila hasta que la espada de Cristo pone separación entre la verdad y el error, distinguiendo los ocultos afectos del corazón. ¿Y qué espada es ésta? No otra sino aquella de la que dijo el mismo Divino Maestro: "Vine a introducir la espada en la tierra". Aquella a quien alude la Escritura Santa diciendo: "La espada traspasará tu alma". La cual espada no es sino la palabra aguda y poderosa y penetrante, más que el cuchillo, hasta la división del alma y del espíritu y de las coyunturas y de. los tuétanos. Y a fe que es buena espada la palabra de Dios, porque es escrutadora de los corazones y de los pechos, distingue entre la mentira y la verdad, y encierra tan peregrina virtud, que lejos de dañar a las almas que atraviesa, las preserva de la muerte.

Así lo cuenta el libro de los Reyes, que en esta narración pública es intérprete fiel de lo que a cada paso nos dice en secreto la misma conciencia, de lo que cuenta la Historia, de lo que significa la fe pronta y no perezosa.

Pero aún ofrece otros ejemplos la Escritura Santa en los libros de los Jueces, muy dignos de ser conocidos y meditados, porque no a humo de pajas y por leve curiosidad nos cuenta la relación de un parricidio. Hable, pues, la Historia.

Jefté, juez del pueblo judío, viéndose en grave aprieto y a punto de ser derrotado por el ejército enemigo, pide a Dios la victoria, prometiendo con voto, si se la concedía, sacrificarle en prueba de gratitud lo primero que topase al entrara su casa después de la campaña. Concedióle el Señor el triunfo, y cuando alegre y satisfecho torna a su hogar, preséntase en el umbral su propia hija, que deseosa de abrazarle, sale al encuentro, ignorando el ofrecimiento de su padre. Este recuerda su voto al verla, y anegado en amargo llanto, llora por la triste obligación que se había echado encima, y habla a su hija de esta manera: "Tu presencia me ha hecho infeliz, porque te ofrecí al Señor y eres deuda sagrada que tengo que pagar". A lo que la hija, no menos angustiada, replica: "No os aflijáis por eso, ¡oh padre mío! Si es así, entrega mi vida a Dios, como la ofreciste. Sólo pido una tregua de dos meses, para retirarme a llorar mi virginidad en el silencio de la montaña". Dicho esto, parte a su voluntario destierro, y cumplido el tiempo, vuelve al hogar paterno a que Jefté verificara su voto. Tal lo refiere la Santa Escritura, sin calificarlo de parricidio, y así lo reproduzco yo, sin apartarme de ella.

|p13 ¿Qué diré entonces? ¿Lo aprobaré? De ninguna manera. Pero aun apartando de Jefté la intención de parricidio, queda, sin embargo, la temeridad de haber pronunciado el voto con riesgo de prevaricar, lo cual es reprobable. Y si alguien me arguyera con el ejemplo de Abraham, a quien dijo Dios : "Ahora sé que amas al Señor tu Dios, pues por servirle no has perdonado a tu hijo único", le contestaría rechazando la caridad del caso muy diverso del de Jefté; porque en el sacrificio de Abraham el Señor enséñanos de una parte a regular con la prudencia las promesas, para no ofrecer temerariamente lo que no pueda cumplirse, y de otra condena el parricidio, prefiriendo la inmolación de una oveja a la de Isaac, hijo único del gran Patriarca.

En donde pudo aprender Jefté, que le desagradan los sacrificios de sangre humana, aunque le plazca ver a los padres, dispuestos como Abraham, a anteponer los deberes de la Religión al amor de los propios hijos, cuya vida deben ofrecerle, si se los pide, pero no degollándolos en holocausto divino, que esto ni lo pide, ni lo quiere el Señor.

Mas aun entregándose la hija a la cruenta promesa, ¿cómo no retrocede el padre ante el parricidio?. ¿Y cómo apareciendo ella tan solícita de la fidelidad de su padre, no mira éste por la vida de su hija? ¿Por qué Dios, que rechazara el parricidio en el sacrificio de lsaac, lo permite aquí? ¿Es, por ventura, aceptador de personas? No. Ante sus ojos sólo valen el mérito y la virtud. Pero entre el sacrificio de Isaac y de Jefté media profunda diferencia, porque en aquél fue necesario declarar por oráculo divino la voluntad de Dios, que Abraham no conocía clara, distintamente, para dejar el hecho como ejemplo y enseñanza en que la viesen las generaciones futuras sin nueva revelación. Y lo creo así por dos razones: la primera, que los sucesos antiguos referidos en las Sagradas Letras son por ordenación de Dios, como lección viva y norma indicadora de lo que debemos hacer, para agradarle; la segunda, que no ; siendo única ni exclusiva la forma y regla de los méritos, tampoco lo puede ser la de los acontecimientos que los engendran, y por eso Jefté y su hija lloran entrambos afligidos: él su doloroso voto, y ella su virginidad, desconfiando uno y otro de la misericordia de Dios, al revés de Abraham, que ni se duele de su resolución, ni para tomarla consulta a su corazón de padre, antes obediente a la voz del Señor, pone mano sin tardanza al sacrificio, para ofrecerlo generosamente, siguiéndole Isaac, con paso firme, monte arriba, para dejarse atar sobre el ara sin despegar sus labios, sin derramar una lágrima, sin pedir aplazamiento de la cruenta ofrenda. Por donde fue con él mayor la misericordia a medida de la largueza y prontitud de su fe. Y porque el acuerdo del padre tampoco afligió a este preclaro hijo, risueña esperanza de la madre que le concibiera, premia Dios la alegre devoción y rendida obediencia del mancebo, mandando que en lugar de él sea degollada una oveja, y ésta reciba la muerte que el joven aceptara, confiado en la bondad divina, al entregar su propia vida.

|p14 Nadie ataja los pasos al dolorido afecto del padre, que dócil a la voz de Dios va a cumplir su promesa. Inmólase un holocausto de sangre, y nadie lo estorba. Ofrécese un sacrificio de castidad, y tampoco lo prohíbe nadie. Un padre promete parricidio ignorándolo, y cumple la promesa; otro promete la vida del hijo a sabiendas, y ningún poder humano se opone al ofrecimiento. Allí la hija, llorando su desventura, ofrece su sangre, para cumplir el voto de su padre; aquí préstase la víctima a satisfacer una deuda que ni por herencia ni por voluntad propia le obligaba.

¿Por qué entonces me acusan? ¿Dónde está mi pecado? ¿En que condeno las bodas ilícitas? Acusen entonces de la misma culpa al Bautista; y pues ninguna otra cosa digna de loa puede hallarse en mis discursos, fuera de esto en que imito al Profeta, venga sobre mí la censura, si es por lo que en él merece alabanza, que en seguir a tal maestro cifro mi orgullo.

Día y noche recordad y tened presente en vuestra alma la causa del martirio de aquel insigne varón, que no fue otra sino la terrible acusación lanzada por él contra Herodes

a quien decía: "No te es lícito apropiarte la mujer de tu hermano". Y si esto decía de la esposa de un hombre, con cuánta mayor razón lo diremos nosotros a la virgen consagrada a Dios? Lo que se arguye al rey, ¿no se podrá argüir a una persona privada?

Aunque, gracias a Dios, no haya entre nosotros ningún Herodes ni Herodías, tampoco es inoportuno refrescar la memoria de estos ejemplos en bien de la virginidad. Antes paréceme que su recuerdo os aproveche, a tenor de lo que se lee en Isaías:

"Haced justicia al huérfano y defended a la viuda", y repite David, en su Salmo 17, llamando al Señor "padre de los huérfanos y juez de las viudas". ¿qué haremos entonces? Decidme. ¿Aplaudir o condenar a las almas enamoradas de la casta integridad?

Los mismos gentiles la veneran religiosamente a la par de sus sacrificios, y aunque a ello no les movía devoción, ni amor a la limpieza del alma, ni las suyas eran castas, admiraban, no obstante, la virginidad carnal como virtud extraordinaria. Por donde no es razonable que respetando ellos a las vírgenes en sus prácticas y ceremonias externas, nosotros, hijos de la Iglesia de Dios, estorbemos la profesión de esta virtud; antes el celo con que ellos la observan, sin tener precepto ni consejo que se lo mande, ha de avergonzar a los que la combaten entre nosotros, que debemos enseñarla. ¿Será lícito que mientras la gentilidad premia a las doncellas que se abstienen del matrimonio, lo impongan con injurias los cristianos las que quieran vivir vírgenes? Los paganos fueran a las suyas a guardar la fe prometida, ¿y nosotros hemos de apartar violentamente las nuestras de la virtud que anhelan? ¿quién duda sino que debe el sacerdote defender la integridad del sacrificio, aun con riesgo de la propia vida?.

|p15 Antes que los apóstoles, supieron las vírgenes la resurrección del Señor, como nota cuidadosamente la Sagrada Escritura, por boca de San Juan, cuando dice Evangelio, que el cuerpo muerto del Señor Jesús, fue depositado en un sepulcro nuevo, y por labios de San Mateo que declara haber hecho esto José "viéndolo las vírgenes". Ni es circunstancia despreciable que el evangelista llame nuevo al sepulcro, añadiendo que nadie había sido enterrado en él, antes con ella disipa las dudas sobre la resurrección de Jesús. Dice asimismo que el sepulcro era de un justo, para indicar que Cristo resucitó de entre los muertos con nuevo afecto de justo, hasta entonces desconocido del mundo. Y por último que era sepulcro ajeno, para darnos a entender que el Señor no buscaba su provecho, sino el de los hombres. Tengan en buen hora sepulcros propios en que reposar los esclavos de la muerte, que el vencedor de ella no lo necesitaba, porque había de abatirla gloriosamente.

Y no es menos de notar que al recibir María la noticia de la resurrección antes que nadie, creyese al punto en ella, mientras Magdalena, que también la recibió temprano, duda al principio: que es diverso modo de ver, en que os planteo una no leve cuestión, ya para asegurar vuestra fe en el estupendo milagro, ya para que entendáis que no consiste la virginidad en la sola integridad del cuerpo, sino en la del cuerpo y

el alma juntamente. Porque María Magdalena dudaba de la resurrección, no le permite el Señor que le toque, significando con ello que sólo toca verdaderamente a Cristo el alma que le toca con la fe; y lloraba a las puertas del sepulcro justamente porque estaba fuera, pues el que está dentro con Cristo no llora. Ella llora porque no ve el cuerpo de Cristo, y porque no lo ve, piensa que ha desaparecido.

Y mientras gime en la puerta, Pedro y Juan que habían acudido presurosos, se recrean dentro sin llanto, saliendo después, alegres y regocijados, a anunciar a los hermanos la fausta nueva, sin curarse de Magdalena que allí queda, fuera del sepulcro anegada en lágrimas, negando el milagro, pero creyendo, en cambio, que el cuerpo de Jesús había sido robado por profanas manos contra el testimonio de los ángeles que le aseguraban la resurrección. Por eso éstos le preguntan: "¿Por qué lloras, mujer? ¿A quién buscas?"

Mas porque la incrédula es simplemente mujer, al paso que la creyente tórnase por el mismo hecho en varón perfecto a la medida de la edad y plenitud de Cristo, llámanle mujer, más que por el sexo, por la incredulidad con que ofendía a Cristo, dudando como mujer la que antes había creído como virgen. Y añaden ¿por qué lloras? para indicarle, que en sí misma llevaba la causa de su llanto, el único principio de sus lágrimas, que no era otro que su propia infidelidad.

¿Lloras porque no le ves? Cree y, lo verás aquí presente y junto a ti, porque está pronto a acudir a los que le buscan. ¿Por qué lloras? Que fue decirle: No cuadran aquí las lágrimas, sino la fe pronta y decidida y como la merece Dios. Olvida las cosas mortales y cesará tu llanto; aleja de las perecederas tu consideración y se acabarán tus lágrimas, para no volver jamás. ¿Por qué a ti causa llanto lo que a otros alegría? ¿A quién buscas? ¿No ves que está Cristo delante de ti? ¿No ves que Cristo es la virtud de Dios, la sabiduría de Dios, la santidad, la castidad, la integridad; que Cristo nació de virgen y que procede del Padre y está en el Padre y ante el Padre siempre, como nacido de El, y no hecho ni mudable, sino siendo siempre Dios verdadero de Dios verdadero?

|p16 Y si me replicas diciendo que se llevaron del sepulcro el cuerpo, y no sabes dónde está, te contestare, que como mujer yerras pensando, que manos ajenas lo robaran, en vez de creer que Cristo lo haya resucitado por su virtud propia. Nadie puede arrebatar la virtud de Dios, nadie la sabiduría divina, nadie la castidad venerable. Nadie puede robar a Cristo del sepulcro del justo ni del corazón secreto; de su virgen, ni del alma piadosa, y quien lo intentase perdería el tiempo y la fatiga.

Entonces le dijo el Señor: "María, mírame". Cuando no era creyente la llamaba mujer; pero ahora que comienza a creer la llama por su nombre, María, el mismo nombre de la Madre de Dios, pues María es ya alma que espiritualmente ha dado a luz a Cristo. Mírame, le dice, mírame, porque quien mira a Cristo mejora de vida, corrigiendo sus defectos; pero quien no lo ve, yerra lastimosamente el camino.

Entonces abre los ojos de la fe Magdalena, y volviéndolos a Cristo, lo ve y exclama: Rabí que significa Maestro. Mirándole, se convierte; convertida, lo ve mejor, y viéndolo, adelanta en el camino de la perfección, encuentra al maestro que creía muerto, y habla con el que creía perdido.

Con todo, Cristo le dice: No me toques que aunque había comenzado la enmienda, todavía no era perfecta, aún vacilaba Magdalena, y el afecto vacilante no es digno de tocar a Cristo. No me toques, significa aquí: no toques a la virtud de Dios, no toques a la sabiduría de Dios, no toques la veneranda integridad, no toques la nobilísima castidad, sino ve antes a buscar a mis hermanos. Que fue decirle claramente: cesa ya en tu llanto. Ve a los elegidos, a los piadosos y observantes de la ley, mis sacerdotes, y diles que yo asciendo a mi padre y padre vuestro, mi Dios y vuestro Dios. Y si por tu cuenta no lo entiendes, tampoco lo discutas, sino aprende dócilmente de los más perfectos, que saben y te explicarán la distinción que digo entre mi padre y vuestro padre, porque es mío según la generación divina, nuestro por adopción."Diciendo padre mío, pone la diferencia que media entre El y nosotros; diciendo padre vuestro, significa la gracia de adopción espiritual concedida a los hombres.

Diciendo Dios mío, indica claramente el misterio de su Encarnación, en que da el nombre de Dios a su padre natural, no porque Cristo no fuese Dios, sino por razón del cuerpo que al encarnar había tomado. Y al decir Dios vuestro, significa el provecho que de la Encarnación divina había de reportar el hombre. Por eso desde que Cristo padeció decimos con verdad, que nuestro Dios se hace nuestro, siempre que por El padecemos, y singularmente cuando las vírgenes se muestran dispuestas a morir en defensa de su integridad virginal. Lo cual alcanza a todo linaje de personas, porque sin limitación puedo afirmar que allí donde está la gracia del Señor, allí está su paz.

No vengo a culpar a nadie, sino a defender mi causa contra mis detractores, que no son pocos, ni, por desgracia, faltan entre vosotros, y a todos quiero contestar con razones.

Compadezco y perdono a los envidiosos que condenan mis elogios a la castidad, porque en la censura que me lanzan está su mayor culpa. Pero a los que me acusan de conquistar con mis sermones muchos devotos de aquella hermosa virtud contesto, que ojalá fuera así, y yo me tendría por muy dichoso con que me probaran el delito. No temería yo a la envidia, si fueran copiosos los frutos de mi predicación, antes querría que en lugar de acusarme con discursos me acusaran con ejemplos, y así no me avergonzaran las alabanzas, con que otros me honran injustamente y a quienes temo más que a los acusadores. Prohíbes, me dicen éstos, el matrimonio a las doncellas iniciadas en los divinos misterios y consagradas a la castidad, y no lo niego, antes declaro ser éste mi deseo más ferviente, y si de algo me duelo es de no poder cambiar a todas el flamante velo nupcial por el piadoso de la virgen.

|p17 Pero ¿de dónde sabéis que es cosa indigna alejar del matrimonio a las doncellas consagradas al cuidado del altar? ¿quién os ha dicho que siendo libre para elegir esposo, no lo sea para consagrarse a Dios? ¿Tanto cambiaron las cosas, que haya

venido a ser culpa y agravio de la Religión la defensa de la integridad corporal, y la invitación a la virginidad, predicadas continuamente por el sacerdote santo como oficio propio de su sagrado ministerio? ¿Y habiendo merecido ellos eterno aplauso por cumplir este deber, he de merecer yo dura reprobación por imitarlos? Mas ¿por qué se me reprueba? Quiero saber si es por malo, si es por nuevo, o si es por inútil. Si se condena por malo, han de condenarse también los votos de los que los hacen y la vida de los ángeles, imagen de la Resurrección, puesto que está escrito que los que no se casan, ni toman esposa, serán como los ángeles del Cielo, y no es posible condenar estas cosas sin condenar por el mismo hecho la Resurrección. ¿Acaso puede el hombre renunciar al bien supremo que constituye el blanco último de los afanes de su alma, ni a la contemplación deleitosa de la hermosura de la verdad suma, que en cuanto lo permite esta vida se le da aquí como anticipo dulcísimo de la perfecta que alcanzarán en la otra los bienaventurados?

Y si no es cosa mala, ¿será novedad? Rechazo las novedades no enseñadas por Cristo, que es camino de los fieles, y si El no enseñó lo que yo enseño, desde este punto lo abomino y detesto. Pero veamos si Cristo enseñó la virginidad o si, por lo contrario, la reprueba.

Cuando dice que hay eunucos que a sí mismos se hicieron tales por el Reino de los Cielos, y una esclarecida milicia que lucha por el mismo fin, ¿qué da a entender? Que debe haber quien practique y observe castidad limpia no violada.

Por eso en oyendo los Apóstoles que el Maestro la anteponía a las demás virtudes replicaron:

"Si así ha de entenderse este negocio del matrimonio, no conviene casarse"; que fue reconocer en un punto las graves y peligrosas cargas de la vida conyugal, y la gracia amable de la integridad casta. Pero el mismo Señor, que exhortaba a todos a su observancia, sabiendo asimismo que tenía pocos seguidores, añadió: "No todos, sin embargo, entienden esta doctrina, sino aquellos a quienes por especial enseñanza les es manifestada". Como si dijera: no es la integridad corporal cosa común ni vulgar, n; concedida a hombres flacos, sino virtud excelsa, rara y nobilísima, según reza aquella sentencia: "Hay eunucos que a sí mismos se hicieron tales por amor al Reino de los Cielos", en la cual se envolvía un sentido figurado, oculto a muchos de los que le escuchaban, y por eso añadió el Maestro: "Quien sea capaz de entenderlo, que lo entienda".

|p18 Sin embargo, lo declara de algún modo en este mismo lugar, cuando al terminar su discurso le presentaron los niños para que los bendijera, y señalando con su dedo aquellos ejemplos vivos de inocencia pura y limpieza inmaculada libre de toda inmundicia carnal exclama: "de éstos es el Reino de los Cielos", como si dijera: por la puerta que ellos entren en la bienaventuranza, entrarán todos los que vivan en el mundo vida limpia como de niño, sin impureza terrena.

De donde concluyo, que pareciendo poco al Señor In alabanza de la castidad, la preceptúa, cuando después de establecer la indisolubilidad del vínculo conyugal si no es por causa de fornicación, explica a renglón seguido la gracia y don de la integridad, prefiriéndola al matrimonio; aunque sin condenarlo, porque es sacramento; pero el serlo, no le libra de las graves y pesadísimas cargas que trae aparejadas.

La mujer soltera y virgen entrégase libremente a la meditación de las cosas celestiales, para ser santa en cl cuerpo y en el espíritu; pero la casada ha de pensar en los negocios del mundo y estudiar continuamente el modo de agradar a su marido, que no es poca molestia. Y aunque no peque casándose, vivirá esclava de los trabajos comunes de la carne y de otros mayores que le vendrán con el doloroso parto de los hijos y los penosos cuidados de la crianza y educación de los mismos. Por eso el Apóstol los anuncia de antemano a los que tratan de casarse, para que no les cojan desprevenidos, cuando se les venían encima, ni hagan como las mujeres débiles, que en sintiendo la pesadumbre de ellos, reniegan del matrimonio doliéndose de haberlo contraído y de no poder romperlo; o como no pocos hombres, que pareciéndose a ellas, sacuden las cargas conyugales negando el amor a sus esposas que se las trajeron. Oigan, pues, al Apóstol, que se les adelanta con estas palabras: "Pues te casaste vinculando tu vida a la de tu esposa, no pretendas desligarte de ella". Y con mucha razón dice vinculando, porque los esposos quedan unidos con el vínculo estrecho del amor, que es como enlazarse recíprocamente con cuerdas anudadas, que ninguno de los dos puede romper. Sin duda es buena cosa este vínculo de amor, ¿cómo negarlo?, pero vínculo al fin, y no menos bueno el yugo matrimonial, pero yugo al fin, y yugo del mundo, porque la casada más piensa en agradar al marido, que en dar gusto a Dios.

¿Y habrá, en cambio, quien niegue ser también cosa buena las heridas de la caridad? Para mí, son tanto, que las prefiero a los besos, porque las del verdadero amigo aprovechan más que los ósculos del enemigo: díganlo sino Pedro y Judas. El primero fue herido y le salvaron sus heridas. El segundo besó y le condenaron sus besos, porque los besos de Judas ocultaban el veneno de la traición, mientras las lágrimas de Pedro venían endulzadas con el bálsamo saludable del arrepentimiento, digno de perdón, que es lo que declara proféticamente la Iglesia al interpretar aquellas palabras del

Cantar de los Cantares: "Estoy herida con heridas de caridad", concluyendo, que ni el casado debe condenar al que profesa castidad, ni éste al que se casa, pues ella anatematiza por herejes a los enemigos de la indisolubilidad del matrimonio. Oíd cómo canta sus excelencias este libro: "Ven, hermano mío, dice, salgamos al campo, descansemos en los castillos, marchemos presurosos a las viñas a ver si ya han florecido". Hay muchos campos con frutos, pero es mejor el que más tiene; y a los frutos añade las flores, porque es la Iglesia como campo fecundísimo, enriquecido con variedad de ellos: los de la virginidad, perpetuamente fresca como graciosa flor de primavera; los de la grave viudez, que vive sosegada como en. apacibles campos de selva; la copiosa mies, fruta del santo matrimonio, que hinche las trojes del

mundo, y los lagares de Cristo Jesús, con las maduras uvas de la viña desposada, representantes de loa numerosos hijos nacidos a tu sombra de aquel sacramento en el seno de la Iglesia.

Y siendo así, ¿cómo hay quien sé atreva a condenar por mala ni por nueva en la Iglesia la profesión de castidad? Pero si es buena y antigua, ¿es por ventura útil?

|p19 Oigo decir a algunos, que mis continuas endechas a sus excelencias sobre los enojosos trabajos de la vida conyugal, alejarán de ésta a los hombres, poniendo en riesgo la conservación de la especie humana y aun de la misma sociedad. Vanos temores; pero respetándolos yo, querría que me mostrasen algún hombre condenado a perpetuo celibato, por no hallar mujer con quien casarse; o siquiera me señalaran la época de la Historia en que hayan luchado por guardar virginidad.

¿Saben acaso de alguno que arrostrara la muerte por negarse a ser virgen? En cambio están llenas las historias de tristísimos ejemplos de muertes desastrosas causadas por el matrimonio. ¿Qué tan rara cosa es el adulterio y la muerte deshonrosa del adúltero? Sé de luchas entre el raptor y el esposo o las familias de las mujeres robadas, escándalo harto común en numerosas ciudades; pero no sé que haya sido condenado nadie por culpa de una virgen sagrada. Nunca ocurrió, porque sobre la castidad no pesa ningún castigo, sino que la religión la aumenta, y la conserva la fe. Y a los que todavía insistan en su irracional temor por la disminución del género humano, invito a que paren mientes en el curiosísimo fenómeno social de ser más numerosos los hombres: donde más abundan las vírgenes, y menos, donde éstas escasean.

En la iglesia de Alejandría, en las de todo el Oriente y en África, conságranse al Señor cada año muchas más que en las nuestras, y yo sé que entre nosotros hay menos hombres que allí vírgenes. Y por lo que toca al provecho reportado al mundo de la práctica de 1a virginidad, ¿quién lo desconocerá? ¿quién se atreverá a desdeñar por inútil esta nobilísima profesión, que fue como espíritu saludable purificador de las costumbres del pueblo romano, medicina celestial de aquella corrupción pestilente que como cáncer mortífero le roía las entrañas? Mas si quieren que esta razón valga, si quieren prohibir a las vírgenes la profesión de castidad, comiencen prohibiendo a las casadas ser honestas, porque cohibidas por la honestidad conyugal, podrán parecer a menudo incontinentes, si no son libres para quebrar la fidelidad jurada a sus maridos. Autoricen, en fin, a las esposas, para que en las ausencias del esposo se den trazas de no suspender la generación, antes que pase la frescura de la edad, ni disminuir la frecuencia de los partos, necesaria para multiplicar la especie, aunque sufra en cambio horrible injuria la santidad del matrimonio.

Pero quizá me repliquen que consagrándose a Dios muchas vírgenes tórnase difícil a los jóvenes conseguirlo. ¿Y qué? ¿Lo conseguirían mejor dándoles más facilidades? Tengo para mí que no.

|p20 Y respondiendo últimamente con argumento común los numerosos enemigos de la virginidad, niego a todos razón para combatirla, porque si son casados no deben

temerla, pues tienen mujer que no puede ya ser virgen; si solteros, cometerán gran torpeza, con daño de su propia dignidad, ligándose a una mujer enemiga del matrimonio; si padres de familia que, demasiado solícitos de la suerte temporal de sus hijas, las alejan de aquella virtud, tampoco aciertan, porque siendo pocas las doncellas que la profesan, encontrarán en el seno de la religión apoyo más firme y seguro que el que tendrían en el mundo. Déjenlas, pues, ir a ella si Dios las llama, que El sabe cuidar de sus escogidos.

Otros dilatan la profesión de las vírgenes a la edad madura, y con ellos estoy yo bien, porque es contra razón conceder imprudentemente el velo en los años juveniles.

Espere en buen hora, espere el sacerdote la edad para concedérselo, pero la edad de la fe, la edad del pudor. Espere la madurez de la vergüenza, la discreción del juicio, la ancianidad de las costumbres, los años de la honestidad, el ánimo de la castidad. Y si entonces aparece la doncella cuidadosa como una madre, y desligada de afectos, no necesita más edad para que la reciban. Pero si estas cualidades le faltan, suspéndasele la profesión, porque aunque parezca madura en años, es joven en costumbres, el sacerdote no ha de mirar tanto a la edad como a las prendas del alma, que ha de asemejarse a la de la virgen Tecla, que siendo joven en años era sin embargo anciana en virtudes. ¿Y a que más razonamientos, sino decir que en cualquier edad, puede servir a Dios y ser perfecta para consagrarse a Cristo?

Mas nadie entienda que pido la virtud por complemento de los años, para admitir a la doncella a profesión de virgen, sino al revés: la edad por complemento de la virtud, que no es maravilla que profesen castidad las jóvenes, cuando los niños se entregan al martirio, cumpliendo la profecía del Salmo que dijo: "De la boca de los infantes y de los niños de pecho recibiste perfecta alabanza". Y si la niñez alaba al Señor, muriendo por El, ¿no será conforme a razón que las jóvenes le obsequien con su castidad? ¿No está bien que las doncellas casaderas sigan a Cristo hasta su reino, cuando los niños le siguen hasta el desierto? En el desierto fueron alimentados con cinco panes cuatro mil hombres, sin contar mujeres y niños. No alejéis de Cristo a los niños, ya que por honra de El fueron martirizados, y dice que de ellos es el Reino de los Cielos. Si el Señor les llama, ¿quién osará impedirles que acudan al llamamiento?

"Dejad, dice Cristo, que los niños se me acerquen."Y yo añado a mi vez: no alejéis a los jovencillos, pues de ellos dice la Escritura Santa: "por eso los jovencitos te aman efusivamente y te introdujeron en la casa de su madre". No apartéis de la caridad de Cristo a los niños, que desde el claustro materno. e confesaron -con profética alegría. En los principios de la Iglesia le buscaban las turbas. ¿Y por qué? Porque, imponiéndoles las manos, las curaba, y daba salud en cualquier tiempo y lugar que se la pedían, enseñándonos así a prodigar la medicina al enfermo que la pide. Dentro de casa fue bendecida María por el Ángel, y dentro de casa fue ungido David como profeta ; pero Jesús cura en todas partes, distribuyendo en dondequiera a manos llenas sus mercedes: en las calles, en las casas, en el desierto. En la calle cura a la hemorroísa, que en silencio y llena de fe le tocó la vestidura; en la casa resucita a la hija del Archisinagogo; en el desierto alimenta y da salud a la turba que le sigue; y a

la puesta del sol recibe a cuantos enfermos le llevan, de cualquier enfermedad que fuese, e imponiéndoles las manos, los libra de sus dolencias.

|p21 En donde son de notar las circunstancias de curar en el desierto, y a la puesta del sol, y por la imposición de las manos, porque así demostraba que era Dios y hombre. Ni carece de misterio este buscarle las turbas durante el día y los enfermos al morir el sol, antes brilla aquí la sabiduría divina, enseñándonos. Porque dice el Evangelio que puesto el sol llevaban a Cristo los enfermos, y durante el día le seguían y buscaban las turbas, y ello era así, para significar que los fieles han de buscarlo durante el día de la luz y no en las tinieblas, porque el que anda en la luz no se aparta de Cristo. Por eso las turbas le siguen en el día, al revés de los enfermos, que le buscaban de noche, para ocultar en las tinieblas sus dolorosas llagas. La noche encubría los gemidos de éstos, y el día manifestaba la fe del pueblo y la alegría de los sanos, cumpliéndose el vaticinio que había dicho: "A las vísperas sonará el llanto y a la mañana reirá la alegría". ¿qué mayor dicha para las turbas que seguir a Cristo, aunque fuera en el desierto?

Donde aprenderá también el varón perfecto a huir de la mundana ostentación, a semejanza de Cristo, que recibe a los enfermos sin tasar número ni condiciones, y los cura en el secreto de la noche, sin ruido ni aparato de gentes, traza divina en que al alma virtuosa aprende a conservar la salud, apartándose de toda lujuria, de toda comodidad, como Cristo, que despreciando los regalos, padece en el desierto de esta vida hambre, sed y fatigas de todo linaje. Sigámosle en el día, ya que tenemos la dicha de vivir en el de la Iglesia corporalmente, más afortunados que el mismo Abraham, que sólo en anuncio profético pudo verle, y con esta vista se alegró grandemente.

Sigamos a Cristo en el día, pues no se le encuentra en la noche. "En mi casa busqué, dice la Escritura Santa, durante la noche al que ama mi alma: le busqué y no le encontré, le llamé y no me oyó."No busquemos a Cristo donde no está. No es callejero ni amigo de plazas. El es la paz, y en la calle no hay sino guerras. El es la justicia, y en (as calles reina la iniquidad. El es trabajador, y en las calles vive el ocio. El es caridad, y en la calle impera la malicia. El es fe, y en la calle no hay sino engaño y perfidia. El vive en la Iglesia, y en la calle habitan los ídolos. Lo cual digo, para que aquella viuda a quien aludí en el libro anterior, más por noble deseo de corregirla, que por afán de discutir, no vea en la aspereza de mis palabras otro fin, y perdone el rigor de mi discurso, porque la viuda se santifica en la Iglesia y no en la calle, en donde corre grave peligro de perderse. Huya, por tanto, de calles y de plazas.

|p22 Y porque los demás no estamos libres de iguales flaquezas, armémonos de prudencia contra la mujer ajena, que desde las ventanas de su casa nos busca con su mirada incitante y con ella puede herirnos en la misma calle, dándonos traidora muerte, allí donde incautos buscábamos la vida, porque frecuentar las casas de los malos que n sí mismos se declaran maestros, es meterse incautamente en el peligro.

Escarmentemos en el ejemplo de aquella, para que no nos sorprendan como vagabundos los guardias que rondan la ciudad. "Me encontraron, dice el alma en el Cantar de los Cantares, me encontraron los guardias vigilantes de la ciudad, me golpearon, me hirieron, y me robaron mi manto estos guardianes de los muros. "No en sí misma, sino en nosotros, sus miembros vivos, recibe la Iglesia las heridas, y por eso hemos de procurar no afligirla con nuestras caídas, para que nadie nos arrebate el manto de la prudencia, de la insigne paciencia, engañando nuestra ambición con la falaz promesa de una vestidura más suave. Los que habitan en los palacios de los reyes se adornan con vestidos suaves, pero a nosotros nos dio Cristo el manto que El se vistió a sí mismo y a sus apóstoles. Y cuando te manda, hija mía, que a quien te pida la túnica des también la capa, te lee lección de la alta filosofía del Evangelio, para que a tu vez enseñes a vestir el hábito de la prudencia al desnudo de ella. Busquemos, hija mía, a Cristo donde le busca la Iglesia: en los montes del buen olor, que es el olor de vida exhalado por los grandes santos en las cumbres de sus méritos, el cual no encontrarás en las plazas ni en los estrepitosos concursos, abominados par la escritura en las palabras: "Huye, hermano mío, a semejanza del ciervo y del cervatillo, a las montañas de los aromas". Y dice así, porque a estos montes no sube el engaño y falacias de las rastreras serpientes de la tierra, sino que están reservados a las virtudes y sólo pueden habitarlos aquellas hijas de la Iglesia que dicen con verdad: "Somos buen olor de Cristo a Dios ", pero olor que para unos es muerte que mata, y para otros vida que vivifica, porque aspiran con viva fe el olor de la resurrección del Señor. Estos son los montes de aromas que recibieron al cuerpo de Jesús y lo envolvieron es sábanas embalsamadas de ellos, y por haber creído primero en la muerte y sepultura y después en la resurrección del Salvador, llegaron a la excelsa cumbre de la fe y a las cimas de la virtud, claro argumento de que a Cristo ha de buscarse en el pecho del varón prudente, que es el sacerdote.

Nos invita al desierto, para que allí le busquemos, y declara su deseo diciendo: "Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles, como lirio entre espinas"; Porque El se recrea en el campo, y no rara vez, sino a menudo, buscando la paz y agradable soledad. Es flor del campo, porque frecuenta las visitas al alma sencilla y sin dolo; es el lirio de los valles, porque es la flor de la humildad, no de !a lujuria, ni del placer, ni de la lascivia, sino de la sencillez humilde; y añade que es como lirio entre espinas, porque la flor del buen olor de santidad se abre entre las espinas de los trabajos e infortunios del alma, moviéndola a contrición, arma eficacísima que vence al corazón de Dios y aplaca a la justicia divina airada contra el pecador. Este es el desierto de la hija donde está el camino del reino, el desierto que florece como lirio, a tenor de lo que dice la Escritura Santa "Alégrate, ¡oh estéril!, y regocíjate, ¡oh desierto!, y florezca tu esterilidad como lirio". En el centro de él se levanta aquel árbol, rico en buenos frutos, extendiendo los brazos de sus santos hasta el trono de la divinidad, a cuya semejanza fructificarán también los, árboles de nuestra huerta. Aquel símbolo del Cantar de los Cantares que dice: "Como fructifica el manzano en la selva, así mi hermano entre los hijos"; aplica la Iglesia a sí misma, y viéndolo en visión profética, se alegra, y regocijada exclama con las palabras de la misma Escritura Santa: "Anhelé cobijarme con su nombre, y debajo de ella descansé, y fueron sus frutos muy

sabrosos a mi boca". Y cuando el deseo se convierta en realidad y el anhelo en satisfacción, al contemplar nuestra fe añadirá en transportes de alegría:

|p23 "Llevadme a la bodega de los vinos y ordenad en mí la caridad"; la caridad que con sus inseparables hermanas la fe y la esperanza, es el sostén de la Iglesia y la noble ejecutoria que la acredita a la faz del mundo. Pero sólo cuando se llega a la esperanza, y la fe es segura y firme es cuando se ordena la caridad y aparece la Iglesia desposadla con su esposo. Este es el camino para buscar a Cristo.

Si entonces el alma quiere hacerse digna de que Cristo la busque, llame al Espíritu Santo, diciéndole: "Levánte, Aquilón, y ven, ¡oh Austro!, a orear mi huerto y extender los aromas que exhala. Venga mi hermano a mi huerto y coma el fruto de sus manzanos". El huerto de la palabra es como afecto de alma primaveral, y su fruto, los manzanos de la virtud. Vendrá, pues, y ya comas, ya bebas, si invocas a Cristo, acudirá diciendo: "Venid a comer mis panes y a beber mi vino"; pues aunque te duermas, El llamará a tu puerta. Vendrá, digo, frecuentemente, y por, el ventanillo meterá su mano, aunque no siempre ni en todas las casas, sino en la del alma que pueda decir con verdad: "en la noche me desnudé mi túnica"; porque en la noche de este siglo lo primero de que ha de hacer el alma justa es desnudarse de la vida corporal, como el Señor se desnudó de su carne para vencer a las potestades de este mundo. ¿Y tú sigues vestida de ella? El Señor deja los usos y prácticas mundanas con renuncia tan completa, que ni voluntad reserva para tomarlos de nuevo. ¿Y seguirás tú entregada a ellos? ¿Con qué cara? ¿Con qué pudor? Con qué memoria los conservarás? La costumbre de obrar bien sustituyó a la vieja de obrar mal. Si lavé mis pies, ¿por qué me los ensucio de nuevo? En aquella memorable cena en que Cristo lava los de sus apóstoles, ocúltase un doble misterio de fe, y de humildad significada en las palabras del Maestro, que dijo: "Si yo, siendo Señor y Maestro, he lavado vuestros pies, con mayor razón debéis vosotros lavároslos unos a otros"; lo cual toca a la humildad.

Pero la misteriosa enseñanza, pasa adelante, significando que debe lavar sus pies quien quiera tener parte con Cristo, como lo manifiesta a Pedro al decirle: "Si no te lavo, no tendrás parte conmigo", y en la persona de Pedro a nosotros, para que entendamos que aun habiendo limpiado los nuestros, necesitaríamos nuevo lavatorio si de nuevo nos los manchásemos. La Iglesia Santa en cambio dice: lavé mis pies, y no pregunta si tendrá que lavarlos segunda vez, ni duda si se los manchará nuevamente, porque segura de conservarlos limpios, olvida la mancha antigua y no teme nuevo contagio, dándonos así regla de vida espiritual, para que entendamos que quien fue lavado en las aguas de la fuente eterna y purificado por el Sacramento, ha de huir de las impurezas de la carne y de los placeres de la sensualidad. Estos son los pies que David lavó en espíritu y nos exhorta a. conservar limpios, cuando dice : ` Fijos estaban nuestros pies, ¡oh Jerusalén!, en tus atrios" no los pies del cuerpo sino los del alma para caminar por el camino del Reino de los Cielos, donde está la Jerusalén que él veía. Y no otra cosa enseña San: Pablo cuando manda, que pongamos nuestra conversación en los Cielos, para que sea conversación de costumbres, conversación de actos, conversación de fe, pues sólo quien en ella vive

puede exclamar: "Mi hermano metió su mano por el ventanillo y se estremeció mi corazón a su contactó y me levanté para abrirle": que no es maravilla que se conmuevan las entrañas del alma a la llegada del Señor, habiéndose conmovido las de María a la llegada del ángel.. ¿Y recibiremos nosotros fríamente la amorosa visita de Cristo?

|p24 La amistad que con Dios traba el alma por medio de la gracia no se compadece con el afecto carnal, antes son incompatibles, porque en viniendo Dios al espíritu, acaba el hombre exterior, y surge al punto otro nuevo con nueva vida, que es la del varón interior. Muévete, ¡oh alma!, y aligera, porque sólo los diligentes comen el manjar del cordero. Levántate y abre tus puertas a Cristo, que está llamando. Si le abres, entrará, y porque no viene solo, sino acompañado de su padre, bien merece que las abras de par en par a tal bienhechor, que para ganarte el corazón te envía como heraldo lluvia de divinos favores.

Aun está el alma conmovida, aun palpa las paredes de su casa, aun busca la puerta donde Cristo espera, aun le sujetan los vínculos de la carne y las ligaduras del cuerpo, aun llama Cristo desde fuera, y llamando dice: "Mis manos destilan mirra, y mis dedos llenos, en las manillas de la prisión". ¿Y qué mirra es ésta que destilan las manos del alma, sino la ofrecida por aquel justo Nicodemus, maestro en Israel, y digno por su piedad de recibir antes que nadie las aguas del bautismo, y oír el misterio encerrado en ellas, y ungir con la mezcla de mirra de casi cien libras el cuerpo de Jesús? Como el olor perfecto de fe, llevado por aquel justo, es el que exhala el alma que empieza a abriese a Cristo, de quien recibe primero el de su milagrosa sepultura, y más tarde el de su carne divina, libre de toda corrupción, embriagándose con este aroma que no es olor de muerte, sino de vida, y vida inmortal, como de flor de eterna e inmarcesible frescura; porque no es posible que la carne marchite al que tiene por nombre ungüento agotado. Lo agotó para que tú lo respirases, ¡oh alma!, trayéndolo del Cielo, donde estaba escondido desde la eternidad ante el Padre y en el Padre, aspirándolo solamente los ángeles y arcángeles en vaso celestial. Mas el Padre abrió sus labios y dijo: "He aquí que te pongo por testamento del mi pueblo, por luz de las gentes, para que les des salud hasta el fin del mundo", y descendiendo el Hijo, llenó todas las cosas con el nuevo olor de su palabra. El corazón del Padre sacó de sí la buena palabra, el Hijo exhaló su aroma y el Espíritu Santo lo extiende entre los hombres, según el oráculo divino, que afirma que la caridad de Dios fue difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo. El mismo Hijo de Dios guarda encerrado este aroma en el vaso de su cuerpo, para manifestarlo al llegar la plenitud de los tiempos, ensalzada por el Apóstol con estas palabras: "El Señor me ha instruido para que sepa predicar cuando convenga"(1), y vaticinada por Isaías con estas otras: "Llegó la hora, abrió su boca y derramó su ungüento que salía de él juntamente con la virtud".

|p25 Mas porque los judíos no supieron recoger este precioso licor, derramado sobre ellos para su salud, lo recogieron y aprovecharon los gentiles, más discretos que el pueblo de Israel de cuyo seno se extendió a toda redondez de la tierra. Con él fue ungida María, y por él concibió la Virgen y parió este buen olor, que es el hijo de

Dios. Lo derraman sobre las aguas y las santifica; con él ungen a los tres mancebos en el horno de Babilonia y las llamas los respetan; con él es ungido Daniel y cierra las bocas de los leones y suaviza su fiereza. Continuamente fluye y nunca se extingue. Toma, ¡oh virgen!, tu vaso y acércate a llenarlo de este ungüento que, aunque apreciado en trescientos denarios, se da de balde, y no vendido, a cuantos lo quieran. Úngete con él, y no temas como Judas derramarlo, sino sepúltate en Cristo. Pero cierra bien cerrado tu vaso para que lo conserve. Ciérralo con la llave de la integridad, con el recato de la lengua, con la huida de la alabanza propia, para que poseyéndolo recibas a Cristo según aquella letra de la Escritura Santa que dice: "Abrí la puerta a mi hermano y mi hermano entró". ¿Y cómo entró? Llegando al interior del alma, al modo que en la de María, cuando le anunciaron que sería atravesada por la espada, porque la palabra de Dios es viva y como espada penetrante, que pasando la corteza de los pensamientos carnales, llega hasta el fondo del corazón. Y puesto que Cristo desprecia las dignidades terrenas, y los áureos vestidos, y las joyas preciosas, y las guirnaldas brillantes buscadas por los mundanos para su propio mal, que está en las odiosas enemistades que de aquí les vienen por la ambición pueril que en las almas frívolas se despierta y las impulsa desaforadamente hacia los puestos elevados, tú que aunque hija del pueblo humilde, realzas la belleza corporal con el esplendor de la del alma, tú digo, encerrada en tu retiro, medita día y noche en Cristo, firme como roca en la esperanza de su venida. Y si te pareciese que tarda, levántate a buscarlo y lo encontrarás, pues tarda sólo para los dormidos, para los flojos en la oración, para los que abandonan los salmos, mas no para los madrugadores que se levantan a consagrarle las primicias de sus vigilias y las primeras flores de las buenas obras del día. Conságraselas tú, abierto siempre el oído a su llamamiento, que te dice: "Ven del Líbano, esposa, ven del Líbano.

Pasarás y traspasarás desde el principio de la fe". Pasarás por el mundo luchando, pero traspasarás hasta Cristo, con cuyo auxilio lo vencerás. El prometió librarte de los leones y de los leopardos, que son los asaltos de la maldad y los enemigos espirituales. El te dijo que le agrada la hermosura de tus virtudes, que prefiere los aromas de tus vestidos, el buen olor de la virginidad a todos los perfumes del mundo, y que eres huerta cerrado, enriquecido con los dulces frutos de los manzanos. Ruégale, que te infunda el Espíritu Santo y llene de su gracia tu retiro, embalsamándolo con el olor del alma piadosa y oirás que te responde: "Yo duermo, pero mi corazón vigila". Oirás la voz a la puerta con este dulce reclamo: "Ábreme, hermana mía, unida a mí, paloma mía, perfecta mía -unida por la caridad, paloma por la sencillez, perfecta por la virtud-, porque mi cabeza está cubierta de rocío". Así como el del Cielo refresca las sequedades de la noche, así el rocío de Nuestro Señor Jesucristo destilará agua de vida eterna en las tinieblas del siglo. Esta es la cabeza a quien no agostará el calor del mundo, y por eso dice en su Evangelio:

|p26 "Si en lo húmedo hacen así, ¿qué no harán en lo seco?",. y no sin razón, porque esta cabeza rocía a las demás, de la abundancia que en sí misma lleva. Cristo es cabeza siempre llena, y tesoro inagotable, abierto a todos los hombres, magnífica con magnificencia infinita, que nadie puede limitar, hermosa y soberana a quien no

trasquila el hierro, odioso instrumento de guerra y de discordia. Medita ahora sobre este rocío de cuyas gotas dice el alma del Cantar, que están cubiertos los rizos en la noche. No es este rocío como el material...; No te adornes, amiga mía, con los rizos de los cabellos corporales, que más que adornos son pecaminoso disfraz de vergonzante lujuria, redes puestas a la honesta sencillez de la virtud. Sino mira los rizos del Nazareno, que no entregados el hierro, ni cortados jamás por la tijera, ni ensortijados por la tenacilla, ni compuestos por arte alguno resplandecen en su natural desorden, que es gracioso encanto de la sencillez. Así eran los rizos de los nazarenos, y cuenta la historia; que mientras Sansón los conservó de esta suerte fue invencible, y cuando los perdió, con ellos se le fue el poder de su virtud. Ya que dócil al llamamiento divino, te despojaste en la noche, de la túnica mundana, no la vuelvas a vestir como hacen, para desgracia suya muchos, antes echándola lejos de ti y dándola al olvido, como si jamás la conocieras, levántate hacia el Señor, asistida de El; y cuando despiertes del sueño, puestos a un lado los cuidados temporales, entrega la mente a la oración interior, elevándote de la bajeza de la tierra a las alturas del Cielo, y abre las puertas del corazón, para que mientras las manos se dirigen a Cristo, exhalen las obras olor suave de santidad. El cual conocerás aplicando el olfato del alma a las obras y examinándolas con infatigable diligencia, para que si lo exhalan, te regocijes en el perfume de tu diestra, y tus miembros derramen fragancia de resurrección, y tus dedos destilen mirra, que es el aroma exquisito de la gracia, de la fe verdadera, alma y vida de las santas y buenas obras del espíritu. Mas porque enfrente surgirá de lo más íntimo de tu corazón la voz halagadora del placer, brindándote engañosas dulzuras, que son lazo seductor donde perecen a menudo las almas que a(principio no rechazan estos silbos de sirena, te advierto que no los escuches, si quieres triunfar de ellos y la victoria te alegrará, y te placerá más la sencillez honesta, que no (a vestida con disfraces corporales.

Así te desea Cristo y así te eligió, y te invita a que le abras de par en par la puerta para entrar por ella según te ha prometido. Ábrele pues, y en entrando, abrázale, que El es el que buscabas, estréchalo contra tu pecho y te iluminará; átalo con el amor para que no vaya de prisa su visita, sino que repose contigo, para que tu alma aleccionada por la palabra de Dios, camine confiada en ella y siga las sendas que le traza la celestial enseñanza que aunque es pasajera y corre, quiere que la recibamos con agrado y cumplamos con diligencia.

No temas porque dice: "Lo busqué y no lo encontré, lo llamé y no me oyó". No lo dice para alejarte, yo te lo aseguro. No te despreciará aquel a quien llamaste y rogaste y abriste, aunque pase de corrida. No te desprecia, sino que a las veces permite la tentación, aparentando abandono, como hizo Cristo cuando las turbas le rogaban, que permaneciese con ellas, y les contestó: "Tengo que evangelizar el Reino de Dios en otras ciudades, porque mi padre me envió a eso". Mas si todavía el alma consagrada a El se creyese a tiempos abandonada del Esposo, no le abandone ella, sino sígale de cerca con sus ruegos, sin miedo a los enemigos exteriores que la cercan como guardias sitiadores de la ciudad; no tema sus ataques, ni le arredren sus lanzas, que no le han de herir, porque no hay enemigo capaz de dañar a los amigos de Cristo.

Aunque mataran tu cuerpo, arrancándote la vida, Cristo continuaría a tu lado. Por donde, ya que lo encontraste, dale buen aposento para que esté a gusto contigo, y no se marche fastidiado de tu desamor, este dulce huésped, que no quiere trato con los negligentes.

|p27 ¿Y quién sino la Iglesia Santa te enseñará el modo de retenerlo en tu casa? Mejor dicho, ya te lo tiene enseñado, si entendiste lo que lees.

"¡Qué poco tiempo estuve cuando pasé por ellos hasta encontrar al que ama mi alma y tenerlo para no abandonarlo jamás!"Así leo en la Escritura: Mas ¿con qué artes se retiene a Cristo? No con lazos de lujuria, no con cuerdas materiales, sino con vínculos de caridad, con cuerdas de amor, con el afecto del alma. Si quieres tener a Cristo, búscalo día y noche, sin reparar en molestias, bien advertida de que mejor que en parte ninguna le hallarás entre los dolores del cuerpo, entre las manos de los perseguidores. ¡Qué poco fue lo que estuve cuando pasé por ellos!; dice y repite.

No te aflija la persecución, porque El acudirá presto a tu ayuda y te consolará y aliviará en la tentación, dándote la victoria sobre las asechanzas del mundo. Feliz el alma que así busca a Cristo y lo encuentra, porque se gloriará diciendo: "Lo tendré conmigo y no lo dejaré ir, y lo obligaré a entrar en la casa de mi madre y en el lecho en que fui engendrada". Pero ¿cuál es esa casa de tu madre, ese lecho en que te engendraron, sino el interior más secreto de tu alma? Conserva esta casa, purifica su interior, limpiándolo de pensamientos torpes, para: que surja el templo espiritual que, levantado como en sacerdocio santo, sea digna morada en que con gozo repose el Espíritu Divino. La que así busca a Cristo, la que así le ruega, lo encuentra y es recreada con sus frecuentes visitas, habiendo El prometido que estará con nosotros hasta la consumación del mundo. Le encuentra, y lo posee a su sabor, y todos podemos encontrar sin duda al que dijo: "Metí mi mano por tu ventana".

Pero ¿qué ventana es ésta por donde vemos las obras de Cristo sino el ojo del alma, la mirada de la mente? Por ella has de procurar, ¡oh virgen!, que Cristo entre, que meta por ella su mano, que venga a ti por el amor de su palabra, no por el del cuerpo; y así será, y el Verbo divino meterá la mano sin reparo por ella, si tú la dispones cuidadosamente, limpiándola del polvo de la culpa, siquiera sea leve, porque en la ventana de la virgen nada ha de haber obscuro ni sucio, ni parecido a los arreos con que las almas mundanas engalanan sus cuerpos, para lucir la hermosura terrenal, vendida a los seductores halagos de la carne. Lo mismo digo de los oídos, que lejos de colgarles ricas joyas, inútiles al alma, has de abrirlos muy atentos a las enseñanzas del espíritu, que son el mejor ornamento y el único provechoso. Cierta, en fin, tu puerta durante la noche, y que nadie la vea abierta, para que el esposo la encuentre cerrada, como a él le gusta.

Nuestra puerta es nuestra boca, que a ninguno debe abrirse sino a Cristo, ni antes que El llame, pues está escrito: "Huerto cenado es mi hermana y esposa, huerto cerrado y fuente sellada", para que aprenda la virgen a regir su lengua de suerte, que ni aun de las cosas divinas hable, si no es preguntada por el Señor.

|p28 ¿Qué te importan las criaturas? Con Cristo solamente ha de ser tu conversación, y sólo de El te has de acompañar; pues si el Apóstol prohíbe a las mujeres hablar en la Iglesia ¿cuánto más convendrá que las vírgenes tengan sellados sus labios y las viudas guarden silencio? El tentador, enemigo de la castidad, que acecha a la puerta, se meterá arteramente por ella si la encuentra abierta, y presuroso te cogerá la palabra, que después de pronunciada no podrás retirar. Si la puerta de Eva hubiese estado cerrada no habría caído Adán en el engaño, ni su esposa trabara conversación con la serpiente. Pues como se entró la muerte por la ventana de Eva, que fue su puerta, así entrará por la tuya, si hablas mentiras, torpezas o procacidades; si hablas a destiempo y cuando conviene callar. En cambio medrará mucho el espíritu si guardas cerrados tus labios y silenciosa tu voz, hasta oír la de Dios, cuando te hable e invite a hablar, porque entonces destilará mirra para ti, y te bañará la gracia del bautismo, enseñándote a morir con Cristo a las cosas del mundo, para resucitar después con El.

Y puesto que ni son vivas ni duraderas, antes llevan en su seno la corrupción y la muerte, despreciadlas y no os contaminéis con ellas, no las gustéis ni la: toquen vuestras castas manos, no hechas para las inmundicias carnales, como vuestras almas tampoco fueron creadas para los cuidados del mundo, que debéis enterrar en la sepultura del olvido. Los que resucitasteis con Cristo, buscad las cosas que están arriba, donde Cristo habita, pues buscando a El veréis también a su Padre, a cuya diestra se sienta. Pero no le encontrará el alma amiga de vulgaridades, ni la amante de calles y plazas, ni la habladora desenvuelta y entrometida y de plebeyo trato: que a tales rechaza el Apóstol, mientras convida a las justas a levantar el vuelo sobre la propia naturaleza hacia los confines de la Gloria con las alas del espíritu, diciéndoles: "Saboread las cosas de arriba, no las que están abajo en la tierra". Mas porque este sabor no puede gozarse aquí donde el alma está encerrada en la cárcel del cuerpo y sujeta a él por ley de naturaleza, dilata el Apóstol la elevación para después de la muerte, aunque adelantando la promesa con estas palabras: "Muertos estáis y vuestra vida escondida está con Cristo en Dios". De donde concluyo, que si está escondida con Cristo en Dios, no vive la vida del mundo, a la cual Cristo está muerto, viviendo sólo para Dios; para que entiendas, hermana, que aunque quiere ser deseado fervorosamente, aborrece en cambio la vana palabrería.

Abrió la virgen sus puertas a la palabra de Dios y "pasó, dice, y salió mi alma en su palabra". Salió del mundo, salió del siglo, y descansó en Cristo. Lo busqué añade no lo encontré."Es Cristo amigo de que le busquen mucho. "La encontraron a ella los guardias de las murallas."Pero quizá haya otros guardianes que nos convenga conocer más. Hay una ciudad cuyos muros están abiertos, y de cuyas puertas, dice la Escritura Santa que : no se cierran nunca, porque en ella luce perpetuo día, sin haber noche, y las gentes que la habitan gozan de gloria y honor". Esta es la ciudad de Jerusalén, puesta en el Cielo, y dentro de la cual casi estás ya segura, perfecta e inmaculada; pero así como no entra en ella la virtud corriente y ordinaria, tampoco serán escritas en el libro de la vida la castidad y honestidad comunes, sino la extraordinaria y rara. Entremos pues en esta la ciudad, tomemos asiento en ella gocemos de su luz,

admiremos sus muros, examinamos los fundamentos en que descansan, veamos sus guardias.

Mas ¿cómo entrar? Siguiendo a Cristo. ¿No habita en ella la vida? Pues Cristo es el camino que a la vida nos conduce, convidándonos por boca de su Evangelista Juan, que después de pintar la ciudad en las alturas del Cielo, ofrece la escala para subir, diciendo: "Y me tomó el espíritu, llevándome a un monte grande y elevado, y me manifestó la ciudad santa de Jerusalén, que descendía del Cielo", Elevémonos pues a ella en alas del espíritu, que a la carne no se concede este honor. Elevémonos al Cielo, y descenderá a nosotros la ciudad feliz, cuyo brillo es semejante al de piedras preciosísimas y, su limpieza como la del jaspe y el cristal, y la rodea grande y elevado muro. Esta es la luz y el muro de la ciudad, ¿quieres ahora buscar las puertas, y los guardias?

|p29 "Tiene, dice el Evangelista, doce puertas y en cada una un ángel, y en los frontispicios de ellas el nombre de una tribu de las doce de Israel, con los de sus Patriarcas, y en el muro los de los Apóstoles, que son a la vez fundamentos de la ciudad, y Cristo la piedra angular sobre quien toda la fábrica descansa. Dios por fuera, Dios por dentro, Dios en toda la ciudad, llena de la majestad del Señor, que la habita". Pues vosotras, ¡oh santas vírgenes!, y vosotros, ¡oh justos!, guardadores de la castidad inmaculada del alma, sois cortesanos familiares del Señor y ciudadanos de esta ciudad. Pero entended bien que no gozaréis sus delicias, si no buscáis a Cristo amorosamente en el seno de ella, entrando por la puerta de la fe, subiendo por la escala de la virtud, a la luz de los Patriarcas, y apoyados en la virtud de los Apóstoles y familiarizados en vuestra vida con los ángeles. ¿Entonces, me replicaréis, qué ángeles son éstos que despojan del manto al alma casta? No es el manto de la Virgen como el de la joven que anda por fuera. Esta busca a Cristo en el mundo neciamente y en el mundo pierde el manto que tenía, porque la prudencia no habita en las calles ni en las plazas, sino en la Iglesia; y si tal vez acontece que lo conserve, por ser Dios misericordioso con todos, y no negarse Cristo a nuestros requerimientos, el manto que así conserva será el del cuerpo, que es el bienestar temporal.

Mas quien busca a Cristo en el retiro con el espíritu del Profeta, que decía: "Así me acordé de ti sobre mi lecho"; quien lo busca de noche, oyendo a David, que clama: "Durante la noche levantad vuestras manos en el lugar santo"; quien lo busca en las calles y plazas de la ciudad del Señor Nuestro, que son las calles donde se siente el Juez Divino, y las plazas donde se reclutan los convidados que faltaban a la cena del Señor, en ellas encontrará a los celestiales guardianes de la ciudad santa, que se la franquearán y pasearán por las calles celestiales de la justicia sempiterna, regadas por las aguas de aquella misteriosa fuente de quien dice la Escritura Santa:

"Derrámense sobre ti las aguas de tu fuente y sobre tus plazas extiéndanse las tus aguas". Quien así busca a Cristo encuentra a los ángeles.

Pero si las buenas obras nos elevan a la mansión de ellos, ¿cómo puede ser herido allí quien logró alcanzarla? Hay un linaje de espadas que hieren sin dañar, antes danos

salud, y son la palabra divina; como hay heridas de amor bueno, que son las de caridad, a las cuales se refiere la esposa cuando dice "yo soy la caridad herida", en quien el alma santa cifra su perfección. Por eso son saludables las heridas de la palabra y las del amante, y las del amigo estimamos en más que los besos del enemigo.

Herida de la caridad sentíase Rebeca, cuando dejó a sus padres para buscar al esposo. Herida de la caridad andaba Raquel, cuando los celos de su hermana le atenazaban el alma por amor del marido.

|p30 Envidia los hijos a su hermana, gimiendo en la esterilidad, porque era tipo de la Iglesia, de quien dijo más tarde Isaías: "Alégrate, estéril, que no pares, y clama, porque no tienes numerosos hijos".

"La encontraron los guardias y la hirieron, y le robaron el manto", que fue despojarla de las aficiones carnales, para que aprendiese a buscar a Cristo con mente sencilla. Porque como la vana filosofía y ciencia mundanas no sirven al alma para tan altos menesteres, le conviene despojarse de ellas, que es prevenir los asaltos del enemigo malo, quitándole la ocasión de robar lo demás, y limpiarse de afectos carnales que desvían de Cristo, camino seguro de la dicha prometida a los limpios de corazón, que consistirá en ver a Dios cara a cara.

"Finalmente, cuando se limpia, encuentra la palabra y ve a Cristo. Búscalo, ¡oh virgen!, y busquémosle todos, puesto que el alma no tiene sexo, sino que acaso se le dio nombre femenino, para significar que es más poderosa que el cuerpo, y sabe dominar los mismos ímpetus feroces de la carne, endulzándolos con el amor de sí.

Por donde es bueno rogar y suplicar al Señor, que sople nuestro entendimiento con el espíritu celestial de la divina palabra, como sopla el viento los árboles, acariciándolo blandamente con el aura mansa y vivificante, significada en aquella frase de la Santa Escritura: "El carro de Aminadab me puso", que simboliza a nuestra alma que va en el cuerpo como en carro tirado por caballos bravíos, necesitados de cochero. Aminadab, padre de Nassón, príncipe de Judá, figuró a Cristo, verdadero príncipe del pueblo, que sube al alma del justo como sobre carro, y le gobierna con las riendas de la palabra, y enfrena los corceles apartándolos del vicio en que se despeñarían, si nadie los contuviera; porque la ira, la concupiscencia, el placer y el temor son a manera de caballos, que cuando rompen el freno desconciertan al alma, le anublan el entendimiento, y aun la esclavizan de suerte, que sometiéndola a la materia, la arrastran contra su voluntad, como los brutos desenfrenados arrastran en su vertiginosa huida el carro, dando tumbos, hasta que el conductor los amansa con palabras suaves.

En el diestro jinete, que con su palabra domina los corceles, hemos de aprender nosotros a dominar el cuerpo en que vaga nuestro espíritu, de arte que lo inferior y mortal no dañe a la parte superior e inmortal, que es el alma, antes ella se adelante a los impulsos de la carne, sujetándolos al dictamen de la razón a la vez que a sí misma

se enfrena y mantiene serenamente en la región del orden, para practicar libremente el bien y contribuir a que los demás lo practiquen con la misma libertad. Brama el caballo de la malicia, y desconcertando la marcha, da en el suelo con el carro, aumentando el trabajo de su compañero; pero si es hábil la mano que lo rige, domínalo con dulzura y lo lleva al campo de la verdad sin topar en los escollos sofísticos del error. Y porque el amor de las cosas superiores está libre de los peligros que rodean al de las cosas bajas, las almas que recibieron bien el yugo de la palabra, llegan cargadas de méritos al Pesebre del Señor, en donde la comida no es heno, sino pan venido del Cielo.

|p31 Por eso aludiendo David a las ruedas de este misterioso carro, dijo: "Y el espíritu de la vida estaba en las ruedas", porque sobre ellas va el carro del alma, rápida y seguramente, con gran provecho de ella, atraída por la palabra de Dios que la llama al huerto de los nogales, para coger el fruto de la lección profética y sacerdotal, que es la gracia; la cual, si tal vez llega acompañada de amargas tentaciones y duros trabajos, es siempre fecundísima en virtudes interiores, como se vio en la misteriosa vara de Aarón, que siendo de nogal seco floreció, no por su naturaleza, sino por secreta virtud divina.

Descienda, pues, a su huerto para vendimiar la fe, y aspirar los aromas, y alimentarse con el manjar celestial, y regalarse con la suavidad de nuestra miel, pues no en vano dice: "Vendimié la mirra mía con mis aromas y comí mi pan con mi miel", que sacada de flores de virtudes por el trabajo incesante de las abejas, predicadoras de la sabiduría, las ofrece después la Iglesia en ricos panales, como manjar exquisito a Cristo, en cuyo pecho está el tesoro de todas nuestras riquezas.

Lléguense a El las almas, cualesquiera que ellas sean, ora padezcan enfermedad corporal, ora las aflija la ambición mundana, ora sean imperfectas y deseosas de aprovechar en la meditación, ora perfectas en virtudes, porque todas están en manos del Señor, y Cristo es para nosotros todas las cosas. Si deseas curar de tus heridas, El es médico. Si te abrasa la fiebre, El es fuente. Si te oprime la iniquidad, El es justicia. Si necesitas ayuda, El es la fortaleza. Si temes la muerte, El es la vida. Si deseas el Cielo, El es el camino. Si te cercan las tinieblas, El es la luz. Si buscas alimento, El es la comida. Gustad pues, y ved que es suave el Señor. Dichoso el varón que en El espera.

En El esperó aquella mujer de quien el Evangelio cuenta que padecía flujo de sangre, y al tocar a Cristo sanó, porque le tocó con fe. Eso has de hacer tú, hija mía, tocar con fe las fimbrias de su divina vestidura. El flujo de placeres mundanos que nos seduce y arrastra como torrente desbordado, se calmará al son de la palabra de vida, si acudes a oír con fe, e inclinando el entendimiento a la enseñanza divina, tocas siquiera el borde de la túnica, y humilde y temblorosa como la cananea te postras a los pies del Señor, porque los pies de la palabra están donde está el cuerpo de Cristo. ¡Oh fe, más rica que todos los tesoros, más fuerte que todas las virtudes corporales, más saludable que todas las medicinas! Apenas se acerca la mujer enferma, siente su virtud y recobra la salud, y como el ojo abierto a la luz es iluminado por ella antes que la

sienta, anticipándose la iluminación al movimiento del sentido, así aquella inveterada dolencia, rebelde a todos los esfuerzos de la ciencia y a todo humano remedio, es curada repentinamente por el solo contacto de la túnica de Jesús. Aprende, ¡oh virgen!, en el recato de esta mujer al acercarse a Cristo, en la fe, en la devoción, en la confianza con que le toca, pues de todo ello ofrece elocuente enseñanza. ¡Qué gracia no recibiría la infeliz, para trocarse de tal suerte, que temiendo al principio ser vista de las gentes, acabó confesando la dolencia que antes le avergonzaba! ¿Por qué hemos de ocultar nuestras caídas a aquel que ya las conoce? Y si por ventura te avergüenzas de lo que no se avergonzaron los profetas, pon oídos a esta exclamación de Jeremías: "Sálvame, Señor, y seré sanado", que es lo que aquella dijo al tocar los vestidos del Maestro:

|p32 "Sáname, y seré sanada. Salvadme, Señor, y seré salva", porque tú eres mi gloria y solamente puede sanar la que tú sanes. No imites a los que preguntan: "¿Dónde está la palabra de Dios? Porque esto mismo decían en el Calvario ante Cristo crucificado: "Baje de la cruz y creeremos en El. Líbrele Dios, pues en El confía". Si con tales engaños fueses tentada no respondas, pues Cristo tampoco respondió a los que así le injuriaban, porque, sabía que aunque les contestase, no le creerían y, si les preguntase, tampoco recibiría respuesta. Y si esto acaeció a Cristo ¿serás tú más afortunada que El? Sólo a Cristo has de volver tus ojos, y a El decirle: "No me costó trabajo seguirte, ni ambicioné el día del hombre", que no fue otro el sermón con que aquella mujer afortunada cortó el río de sangre que se le escapaba. Aunque fatigada por la enfermedad y el cansancio de correr en pos de Cristo largo rato, decía: "No me cuesta trabajo seguirte", y así era la verdad, porque es dulce cosa seguir a Cristo cuando El nos llama al descanso. Sigámosle, que en seguirle no hay fatiga, como vemos en la vida de Jacob, y declara el mismo Dios por boca de Isaías diciendo: "Los que esperan al Señor, correrán y no se cansarán". Conforme a lo cual, cuando Cristo, vuelto hacia la enferma, pregunta quién le había tocado, como si lo ignorase, ella replica: "¿Por qué preguntas, Señor, si tú sabes mejor que yo lo que he de contestar? No me confunde la confesión de mis pecados. Confúndanse los enemigos que me persiguen, pero no yo, pues no se confundió Pedro por decir: "Sal de mí, Señor, porque soy pecador".

Aquel insigne Apóstol, que había de ser fundamento de la Iglesia y magisterio universal de costumbres, adelantándose con la prudencia a la vanidad tentadora, al ver en visión profética la excelsa gloria de su obra, dijo al Señor: "Sal de mí", no para que le abandonara, sino para que le librase de la soberbia. Y San Pablo se alegra de padecer los bajos estímulos de la carne, mirándolos como bienhechores maestros, encargados de mantenerle vivo el recuerdo de la miseria humana, con la que cierra el paso a los ataques de la vanidad. Porque como esta bajeza puede engendrar de un lado loca presunción; y por eso se avergüenza de ella, y de otro es ocasionada a deshonestidades, la combate sin piedad, temeroso de que las frecuentes revelaciones le envanezcan. Mas por dicha no es el Apóstol débil caña, movible a todo viento de doctrina, sino esforzado y animoso campeón, atleta invencible, que no teme al hierro enemigo porque sabe que con las heridas del cuerpo se compra la salud del alma.

Esto has de aprender tú, para que si favoreciese el Señor tu alma con dones y regalos celestiales, sepas agradecerlos, atribuyéndolos a su bondad infinita y no a tu cosecha mezquina y despreciable; y puestos los ojos en tu débil poquedad tienes todas las fuerzas en la encarnizada guerra que el cuerpo te ha de hacer, y sepas navegar como nave bien lastrada por los mares del mundo, donde toda precaución es poca contra las arteras asechanzas del Demonio.

El instinto de la industriosa abeja nos da admirable lección de estrategia espiritual, en la traza con que se defiende del huracán, este incansable insectillo. Al presentirlo toma con sus débiles patas alguna piedrecita, y llevándola suspendida mientras vuela, contrarresta con su peso el ímpetu furioso del Aquilón, que no resistiría con el flaco poder de las alitas. Pero lastrada por modo tan ingenioso, vence al embravecido elemento, restituyéndose feliz y victoriosa a su colmena.

|p33 A Pablo y Bernabé sonaban a agravio las alabanzas de las gentes que los querían adorar (!)` y tú, ¡oh Virgen!, has de tomar lección de la abejita, para que las vanas auras mundanas no te arrastren, pues tiene el alma sus vuelos propios, que ensalza la Escritura Santa cuando dice : "¿quiénes son estos que vuelan como nubes y como palomas con sus polluelos?"Vuela el alma vuelos espirituales, recorriendo en un momento el orbe del uno al otro confín, porque es libre el pensamiento de los prudentes; y cuanto más se levanta hacia las cosas altas y divinas, menos le embarazan las ligaduras carnales que atan sus alas en esta vida. Por eso cuando se une a Dios y recibe en su frente el sello de la imagen celestial, sosiégase, y enfrenando a la pasión turbulenta, señoréala y sube en alas del espíritu a las regiones de la Gloria, donde reina la pureza, y nada valen los bienes terrenos, ni nadie los quiere, porque allí viven los seres vida superior a la del mundo, animada por la incesante aspiración a mayores virtudes, que no pueden florecer en el corrompido albañal de aquí bajo. Sobre la región terrena y en más alta esfera que ella, reina la justicia, derrama sus efluvios la caridad, exhala sus aromas la castidad, se asienta el bien y resplandece la sabiduría, y por eso el alma que con ellas se enriquece sale de la vida del mundo, aunque habite en él, entrando en otra más alta, más noble, más pura: la vida de la virtud. Lo cual dio Cristo a entender cuando tentado del Demonio a que le adorase a cambio de los reinos del mundo, con su gloria, despreció aquellas grandezas y a quien se las brindaba, porque todo ello vale menos que la justicia y es indigno del amor de Jesús, que de sí había dicho: "Vino el príncipe de este mundo y no encontró en mí nada suyo".

Aprended de El a vivir en este mundo sin contagiaros de su maldad. Aprended a vivir la vida del espíritu dentro de cuerpo mortal, porque sobre el mundo vive y vuela quien lleva a Dios en su pecho.. Y puesto que no sea dable a la humana flaqueza imitar perfectamente a Dios, sigamos a los apóstoles, que incurrieron en el odio del mundo porque no eran del mundo. En ellos tenéis maestros que oír y modelos que imitar, para librar gloriosamente las batallas de la virtud, aunque os parezca ardua y superior a vuestra flaqueza, a ejemplo de aquellos insignes varones que triunfaron del mundo, siguiendo al Señor, no como compañeros, sino como discípulos.

A su gloriosa escuela te llaman, hermana mía, con las puertas abiertas de par en par. Entra pues, a rivalizar con los discípulos en la imitación del Maestro Divino, para que El ruegue por ti como rogó por ellos en aquella oración que hizo tan consoladora para nosotros, diciendo: "No ruego solamente por los apóstoles, sino por todos los que creen en mí por la palabra de ellos, para que todos sean una misma cosa". Que fue manifestar claramente su voluntad de unirnos a todos como un solo individuo, y que vivamos sobre la tierra en una sola caridad, una sola aspiración, una sola bondad y una sola gracia, nutriendo nuestras almas con estos manjares que fortifican al espíritu, para remontar el vuelo hacia lo alto. Sacudamos la pereza, dando de mano a las cosas terrenales, y volemos a regiones más puras, pues volando se adiestran las alas, y el vuelo se torna fácil cuanto más agrada al alma, la cual cuando busca a Dios, deseosa de habitar en la casa del Señor y apacentarse en los deleites divinos, despójase de la envidia, desconocida en el coro de los ángeles, y dé las concupiscencias, que estorban la entrada al santuario de la Divinidad. Si somos templos de Dios, arranquemos de nuestro corazón todo linaje de ambiciones.

|p34 Aquí me parece oír las censuras de algún lector melindroso que tacha de profano mi lenguaje, por introducir en el discurso espiritual nombres de cosas materiales, robados a la ciencia y arte profanos. Y como no es así la verdad, sino al revés, quiero deshacer el error en su fuente, declarando que ni los robé ni los pedí a las letras humanas, sino que las he imitado, tomándolos como ellas de los libros de los Profetas, que los emplearon y manejaron. Por donde lejos de tomarles nada prestado, uso de estas figuras como de cosa propia. Oíd a Ezequiel en su primer capítulo: "Y la mano del Señor vino allí hacia mí y, vi, y he aquí que un viento fuerte venía desde el Aquilón, y había una gran nube en él, y un fuego resplandeciente, y luz en él, y en el centro como una luz de electro en medio del fuego, y luz en él, y en medio una imagen como de cuatro animales". Los cuales describe de este modo: "La semejanza de su aspecto es así: cada uno tiene cuatro caras, a saber: de hombre y de león a la derecha, de buey a la izquierda y de águila en la parte superior de cada uno, y todos con sus alas extendidas". ¿Y qué es esta visión sino un símbolo del alma, en donde los cuatro animales representan cuatro afecciones de ella? Pero el alma representada aquí no es la que yo he presentado en medio del mundo, y pendiente de la enseñanza mientras le dura la vida, sino que el profeta simboliza a las que habitan en el Cielo, ilustradas con la ciencia divina que allí les comunica el Verbo de Dios, con quien viven.

Hay en el alma cuatro afectos e inclinaciones, comparables a las figuras de estos cuatro animales, asimismo simbolizados propiamente en los cuatro Evangelios; porque la cara de hombre representa la racionalidad; la de león, la fuerza; la de buey, el apetito; y la del águila, la visión, que son las cuatro virtudes que a juicio de los filósofos griegos había de reunir el varón, para merecer el honroso título de sabio. Las mismas que con otros nombres llaman los latinos prudencia, fortaleza, templanza y justicia, cuyos oficios son: el de la prudencia, moderar la razón humana; el de la fortaleza, dar energía a la virtud, para afrontar la adversidad con desprecio de la. muerte; el de la templanza, refrenar los placeres sensibles, disponiendo al alma a la

unión de la caridad sagrada y contemplación de los misterios celestiales; el de la justicia colocada encima como en elevada cátedra, ver y escudriñar todas las cosas, mirando más al bien de los demás que al propio, y a la utilidad común, más que a la privada. Por esto el águila representa al alma justa, como dando a entender que se alza sobre el mundo, a la sublime contemplación de los misterios celestiales, y compra la gloria de la resurrección por su justo precio, diciendo de ella el salmo: "Será renovada tu juventud como de águila". Y porque en la inspirada imaginación el Real Profeta aparece cabalgando en alas espirituales, al verla exclama: "Nuestra alma como pájaro se libró del lazo del cazador""Confío en el Señor, ¿cómo dices a mi alma vete al monte como pájaro?".

Tiene pues el alma sus alas, para volar libremente por encima de lo terreno; pero ni ellas son hechas de plumas, ni su vuelo se cierne en las regiones del aire, sino en la espiritual de las buenas obras, discurriendo de unas a otras según aquellas palabras del Libro Santo: "Esperaré bajo la sombra de tus alas".

No sólo las manos de Cristo elevadas en la cruz y extendidas como alas de ave voladora, sino también las obras celestiales sirven para templar, cual sombra benéfica de eterna salud, el incendio de placeres en que se abrasa el mundo. De donde es razón que habiéndonos favorecido el Señor con este vuelo espiritual, excitemos en nuestra alma la gracia divina, y olvidando las cosas bajas de la tierra, pongamos la mirada y el deseo en las altas de allá arriba, para las que fuimos creados.

|p35 Lejos de nosotros los honores de la milicia, y las ambiciones mundanas, que nos llevarían a la desgracia que cuenta la fábula de Ícaro, de quien dice, que cuando volaba por alto, e) Sol le derritió la cera con que se había pegado las alas, y perdidas éstas, dio con su cuerpo en tierra, concluyendo de aquí el poeta, que sólo a los prudentes es dable remontar el vuelo en alas del maduro juicio, y no a la inquieta juventud, que incluida de los engaños de la carne, lo tuerce frecuentemente, y tomando por méritos verdaderos los falsos, se le derrite la soldadura de las alas y viene al suelo con mayor daño.

¿Cómo ha de ser cosa fácil volar por las alturas, cuando apenas si acertamos a encaminar derechamente nuestros pasos en el bajo suelo? Pero si se ajustasen al orden, descubrirá en nosotros el Profeta aquella rueda sola que vio moverse unida a los cuatro animales sobre la tierra. La verá de nuevo, pues la g, ve todavía se mueve y se moverá. Vera, di o la rueda en medio de otra rueda moverse sobre la tierra en orden y concierto. Porque la rueda sobre la tierra es la vida corporal, ordenada por la virtud del alma, que inspira sus actos en el precepto evangélico; y la rueda en medio de otra rueda es como una vida dentro de otra, y significa la virtud de los Santos, constante sin variación, y perseverante a través del tiempo y las edades, y siempre como al principio, de arte que esta vida ¿temporal es como presagio de la eterna que les espera en el Cielo.

En medio de este concierto se oirá la voz divina, y aparecerá sobre el trono la imagen del hombre, que no es otro sino el Verbo hecho carne, verdadero animador de las

simbólicas bestias, y celoso regidor de nuestras costumbres, que por granjearnos méritos sube unas veces al carro, otras al monte, otras a la nave de los Apóstoles, barco afortunado en que tiende Pedro sus redes, y boga mar adentro alejándose de los incrédulos.

En él sube Cristo y pone su cátedra para enseñar a las turbas, simbolizando a la Iglesia que como nave despliega su vela, que es la cruz, para recibir el soplo del Espíritu Santo y surcar empujada por las auras divinas el océano de este mundo. En la misma nave embarca Pedro y obedeciendo al Señor, echa unas veces la red y otras el anzuelo, para la misteriosa pesca espiritual, que consiste en arrojar al mar del mundo el anzuelo de la doctrina en que son cogidas las almas, como lo fue la del protomártir Esteban, en cuyo seno se escondía la moneda de Cristo, porque el mártir es tesoro de la Iglesia. Este glorioso campeón, que adelantándose a todos sube desde el mar al Cielo, fue cogido por Pedro, ministro del altar, no con red, sino con anzuelo, y de él prendido remonta la corriente en el río de su propia sangre hasta el trono de Dios, llevando en sus labios el tesoro de la confesión de Cristo, que es la palabra divina. Con todo, la pesca perfecta combina ingeniosamente la malla, con el anzuelo para coger con la primera a las turbas numerosas y con el segundo a los peces sueltos. ¡oh, si yo fuese tan afortunado que picara esté anzuelo, y él me cogiese por la boca y con leve herida me diera la salud!

|p36 Entrad pues, hijas mías, en las redes de los Apóstoles, que las echan, no por autoridad humana, sino divina. La red de la sabiduría y ciencia espiritual es el Reino de los Cielos, según declara el mismo Evangelio, al compararlo a las que echan al mar los pescadores. ¿Oísteis a Cristo Señor decir a Pedro: "Toma rumbo hacia adentro y echad vuestras redes?"No se dirigía Pedro a alta mar cuando pescaba en el lago, porque en este no hay mar alto, ni la Escritura Santa habla de él. Entonces, ¿qué significan estas palabras? ¿Qué significa decirle dirígete a lo alto? Agua alta es la discreción del hombre, porque es alto el corazón del varón donde reina la tranquilidad, y por eso a lo alto has de dirigir la proa de tus pensamientos y de tu fe, con varonil entusiasmo, animada por el ejemplo de Pedro a quien llama hacia la Iglesia, valiéndose de la parábola, después de haberle llamado con simple llamamiento, común a los demás Apóstoles, cuando les dijo :

"Venid y os haré pescadores de hombres". Dirígete a lo alto significa también, que Pedro debía. abandonar las playas de la Sinagoga, no simbolizada por las aguas altas a que aludió la Samaritana, cuando decía a Jesús: "¿De dónde me puedes dar agua viva siendo tan alto este pozo?". Y así era la verdad, porque con efecto no sería elevada ella a, lo alto mientras no aventajara su fe a la de los judíos, que tampoco podían sacar agua del pozo. Mandar a Pedro que se encamine a lo alto, es llamarle Cristo hacia sí mismo verdaderamente alto, según vaticinó Zacarías diciendo que su hijo Juan sería llamado profeta del Altísimo. Dirígete a Cristo, que es verdaderamente alto, y la altura de las riquezas, de la sabiduría y ciencia de Dios. Dirígete a lo alto, porque a los altos guardará El en las alturas después de haberlos exaltado. Las aguas altas están donde está Cristo: en la fe, y son las almas temerosas de Dios, de quienes dijo la Escritura Santa: "Y vieron, ¡oh Dios!, las aguas y temieron".

Para los judíos no era Cristo agua alta, porque no le tenían en su corazón, y por esto El desconfiaba de ellos diciendo: "Este pueblo me honra con los labios pero su corazón está lejos de mi". Pero como quiere habitar en el corazón, se encerrará en el de la tierra durante tres días y tres noches, de la misma manera que Jonás estuvo en el vientre de la ballena ese mismo tiempo. Lo cual confirma San Pedro que ha de entenderse de la fe, cuando mandándole el Maestro dirigir la nave a lo alto, replica: "Toda la noche, Señor, hemos trabajado sin provecho; pero en tu nombre echaré de nuevo la red ", pues con efecto, en la noche estuvo Pedro hasta que conoció a Cristo. Y no le había amanecido, porque hallándose aún en la Sinagoga, que es noche, no percibían sus ojos la verdadera luz de la Iglesia, aunque se acercaba a más andar y resplandeciendo de suerte que San Pablo la muestra a los fieles de Roma: con estas palabras: "Ha pasado la noche y se aproxima el día".

|p37 De esta buena luz, que disipa las tinieblas de la perfidia, nace el día de la fe, en que Pedro y Pafilo son hechos día, mereciendo entrambos que la Iglesia los celebre con aquella alabanza divina: "El día del día anuncia la palabra, por haber predicado la fe de Cristo, sacándola del tesoro oculto del corazón, y siendo para nosotros, tanto el uno como el otro, día esplendoroso y portadores de la verdadera luz, anunciada por el Evangelio. ¡Ojalá en el Cielo hablen así de nosotros Cristo y Pedro hoy! Día y noche tiene Pedro tendida su red, obediente a la exhortación incesante de Jesús que le dice: "Dirígete a lo alto ", y si es cierto que al expirar la vigilia se vuelve entristecido al Maestro, diciéndole: "hemos trabajado en vano toda la noche", esto dice, porque en verdad era noche entonces que había pocos que acudiesen a velar, pero hoy no es así, porque con nosotros trabajan él y Pablo sosteniendo nuestra devoción. "¿Por ventura enfermó alguno, dice el Apóstol, sin que yo enfermara con él?"Pues si esta es la verdad, no carguéis a los Apóstoles el trabajo que a vosotros corresponde, ni digáis como los envidiosos: "Hemos trabajado durante toda la noche sin pescar nada, mientras los ricos logran cómodamente cuanto, quieren". Antes poned oído a las palabras de Pedro, que os dice: "Vivid en buen hora con temor el tiempo de vuestro destierro, pero bien advertidos que no fuisteis redimidos de vuestros tratos mundanos por precio de plata u oro, metales corruptibles, sino por la preciosa sangre del Cordero Inmaculado Cristo Jesús. No os redimieron con oro ni con plata, sino por la prueba de la fe, mucho más preciosa que el oro deleznable". Y si, como sierva agradecida deseas pagar a tu libertador el precio del rescate, no busques, hija mía, esos metales para satisfacerle, que no te redimió Cristo con ellos. Págale en otra moneda, pero págale, porque aunque El no te lo exija, debes confesarte su deudora y es muy justo que le pagues el precio de tu libertad. "Pues como nuestras culpas nos tenían sometidos a un acreedor inicuo, y condenados a pena de sangre, de todo lo cual nos libró Jesús, dando la suya por la nuestra, es cosa clara que se la debemos, y que no siéndonos posible restituírsela, nos conviene imitar al siervo fiel alabado del Evangelio, que al verse sin dinero con que pagar su rescate en el día señalado, reconoce la deuda, la agradece al libertador, y pone palabra de satisfacer en la manera que pueda, mostrándose así del favor que recibiera.

Esto has de hacer, hermana mía, para que cuando venga tu redentor y libertador Cristo, te halle limpia de pecado, y no le duela la sangre que derramó por ti, ni tenga que arrepentirse del sacrificio que hizo vistiéndose de las miserias de la carne, para salvar tu alma. Y si no entiendes cómo pudo humillarse a tanto, habiendo dicho la profecía que la carne del Redentor no vería la corrupción, te diré que ni mintió el profeta ni Cristo, porque aunque Jesús descendió a los infiernos, asiento de toda corrupción, ésta no llegó a su divina carne.

Y volviendo yo ahora en mi sentido, ruego a todas que pidáis al Maestro que me diga a mí también: "Dirígete a lo alto; arroja tus redes a la pesca".

Porque ¿quién será tan vano que presuma sin la ayuda de Dios pescar a este pueblo, metido en el tormentoso mar del mundo? No llega a tanto la humana habilidad ni el ingenio creado. Pero cuando el Señor quiere, manda echar las redes, y es entonces tan grande la pesca, que no bastan las naves a. contenerla, y se llenan las iglesias de numeroso pueblo fiel, como veis aquí, donde Dios ha bendecido mi trabajo, enviándome compañeros tan celosos como el pescador de la Iglesia de Bolonia, diestrísimo en este linaje de pesquería. Vengan, ¡oh Señor!, peces, ya que me has enviado el pescador, y las redes con que trabajo no son mías, sino las sedes apostólicas, de las enseñanzas divinas, en cuyos senos ha de reclutarse la venturosa familia de estas hijas. Anímeos Pedro, dichosas doncellas, pues si rogó por una viuda, ¿con cuánta más razón rogará por una virgen él, que enternecido por el llanto de las viudas, les dio quien las remediara? Anímeos Pablo, que tan altamente os honró cuando dijo: "Bien harán si permanecen como yo". Os llama con el honor, os enseña con su magisterio, os invita con su ejemplo.

|p38 Anímeos aquel que abandonando cuanto tenía se fue en pos del Señor.

Al Señor siguen Pedro y Juan. Pero admiraos de la dichosa suerte de este pescador, que buscando en la mar el mezquino pan del cuerpo, halló la vida eterna. Deja la barca y encuentra a Dios deja el remo y encuentra la palabra, rompe las jarcias y se liga a la fe, abandona las redes y sin ellas pesca a los hombres, desprecia el mar y escala el Cielo. Y mientras lucha con las revueltas y encrespadas olas, asegura como sobre piedra firme a las almas flacas que abandonadas a sus fuerzas naufragarían sin remedio en las aguas de la vida. Miremos sin parpadear el arte que despliega, y crecerá nuestra fe en su poder. Humillándose en su oficio, fue exaltado al rango sublime de evangelista; haciéndose pobre y necesitado, fue enriquecido con sobrenatural virtud; mostróse vil y sin honor, y en cambio, fue ennoblecido por la fe. A medida que se aleja del antiguo oficio, más crédito cobra en el nuevo, porque no enseña cosas suyas, sino divinas. Cuanto más se oculta bajo su humilde aspecto y huye de la ciencia humana, más crece su opinión de sabiduría espiritual, porque sin haber estudiado la ley la practica, siendo en sí mismo ley viva; y sin haberla aprendido, la explica sabiamente, como quien la recibe mano a mano del mismo que la dictó. ¿de dónde proviene tan levantada como repentina dignidad? Dos pescadores aparecen en el monte del Señor, el uno dador de la ley, el otro ejecutor de ella, y cada cual ostenta su prerrogativa. Moisés, elevándose sobre todo lo terreno en alas de la

inspiración divina, salva los confines de la ciencia humana, penetra con la mirada de su mente los arcanos de los Cielos, dominando las estrellas, ve las cosas por encima de las nubes y a través de los tiempos, descorre el velo de los misterios; y pisando la materia corporal, contempla al Verbo en la presencia de Dios y entiende que Dios es el mismo Verbo.

Pedro, en cambio, aunque sólo ve a Cristo con los ojos corporales, le confesa sin vacilar, descubriendo a Dios en el hombre, para que la Encarnación, que uniera la carne a la Divinidad, llevase el nombre de su autor. Cuando Moisés escribe: "Y dijo Dios e hizo Dios", significa al Padre y al Hijo, a los cuales él conocía y yo no. Pero después de publicada la ley por el Caudillo de Israel, yerra el pueblo, y después del Evangelio cree. Grande y poderosa es la gracia del Señor, y se manifiesta en variedad de virtudes: en Moisés cuando describe con altísima sabiduría la creación; en Pedro, cuando ignorante, rudo y sin letras habla, y le entienden hombres de diversas lenguas.

FIN DEL TERCERO Y ULTIMO CAPITULO